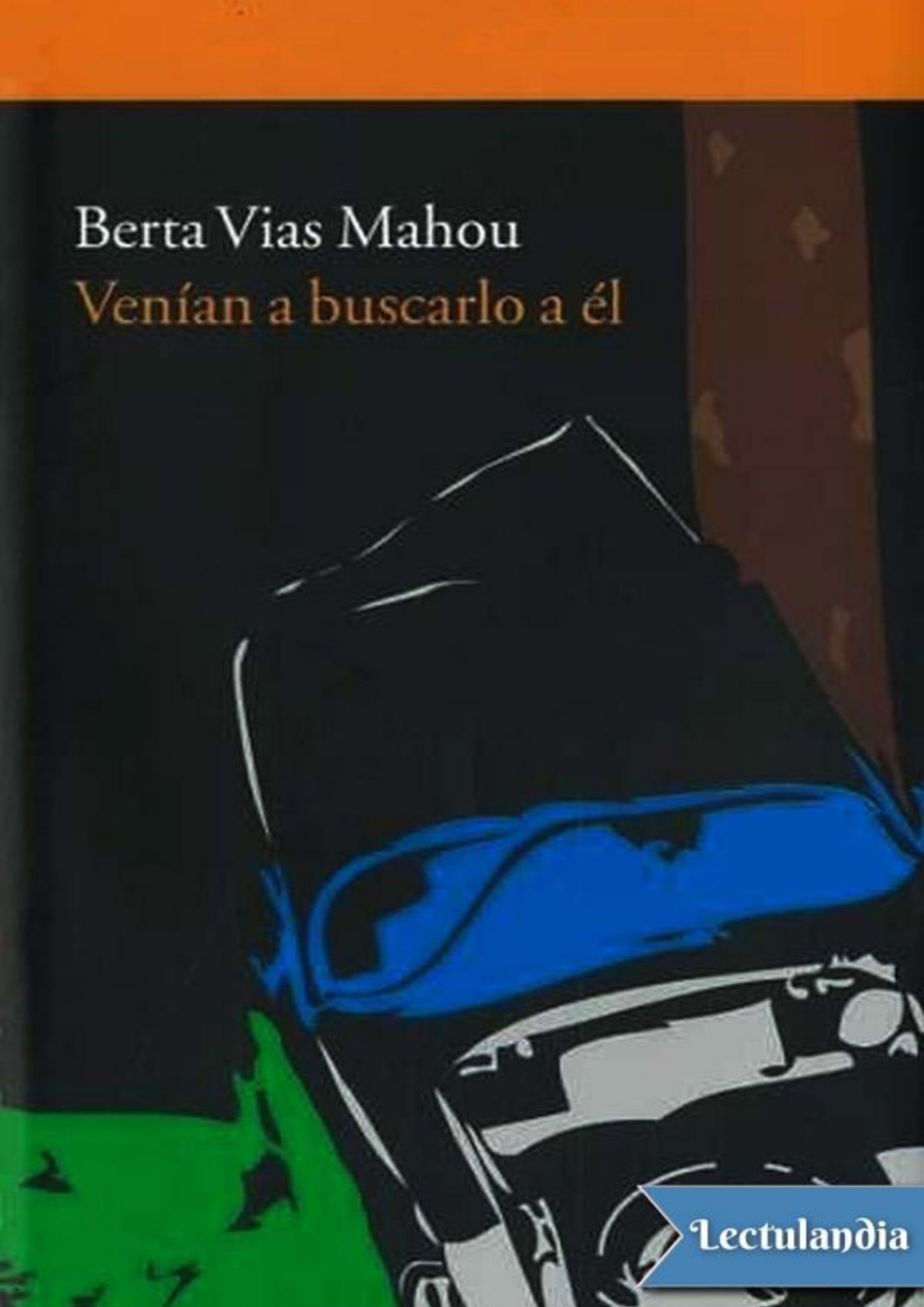


Berta Vias Mahou
Venían a buscarlo a él



Lectulandia

Jacques, áter ego de Albert Camus, recrea los últimos años de su vida. Significado por su oposición a cualquier forma de violencia, no sólo a la pena de muerte, sino también al terrorismo, que surgió en su patria como reacción al régimen colonial francés, se enfrentó asimismo a la idea de que el fin justifica los medios, lo que le granjeó la antipatía de la mayor parte de los intelectuales de su época y amenazas de muerte en reiteradas ocasiones. El escritor nacido en Argel se vio perseguido, como él mismo confesó en su novela *El primer hombre*, por una pesadilla que le visitó con regularidad bajo formas diferentes, pero con un motivo recurrente: venían a buscarlo a él para asesinarlo.

Lectulandia

Berta Vias Mahou

Venían a buscarlo a él

ePub r1.0

Yorik 06.11.13

Berta Vias Mahou, 2010

Editor digital: Yorik
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*Para A.C.,
mi A.C.*

Pero llega siempre un momento en la historia
en el que quien osa decir que dos y dos son
cuatro es condenado a muerte.

ALBERT CAMUS, *La peste*.

UNA MEMORIA EN SOMBRAS

Decía sí, tal vez fuera no, había que remontar el tiempo a través de una memoria en sombras, nada era seguro. La memoria de los pobres está menos alimentada que la de los ricos, tiene menos puntos de referencia en el espacio, puesto que rara vez dejan el lugar donde viven, y también menos puntos de referencia en el tiempo de una vida uniforme y gris. Tienen, claro está, la memoria del corazón, que es la más segura, dicen, pero el corazón se gasta con la pena y el trabajo, olvida más rápido bajo el peso de la fatiga. El tiempo perdido sólo lo recuperan los ricos.

¿Sí? ¿Era así? Tampoco los ricos parecían tener mucha memoria. Tan sólo más documentos con los que apoyarla. Jacques dejó la pluma, paseó la mirada por la habitación, y por unos instantes contempló los retratos de Nietzsche y de Dostoievsky, que desde hacía tiempo le acompañaban. Sus maestros. En el dolor y en la escritura, en la superación del sufrimiento. Para él, que no era creyente, que no tenía más religión que la de la libertad, la lucha por la justicia y el respeto a la vida, aquéllos eran sus santos tutelares. Se apartó de la mesa, una mesa alta con el tablero inclinado y abatible, dio unos pasos y, al llegar junto a la ventana, se apoyó en el marco. Allí fuera reinaba un silencio atroz, como de otro mundo. La nieve caía cada vez con más fuerza y el viento hacía que aquellas espumas volantes, en lugar de descender tranquilamente, despacio, se cruzaran entre sí delante del cristal, enrabiadas. Los tejados a su alrededor se encontraban ya cubiertos por una espesa capa, y el mundo entero parecía haberse detenido.

De color naranja, o rojos, en España. En Argel eran terrazas, pintadas a la cal, en las que se colgaba la ropa. Durante el verano el sol allí abrasaba las casas secas. No se podía vivir más que a la sombra de las persianas cerradas, en una penumbra llena de partículas que competían en brillo y colores. En París, en cambio, los tejados eran negros o de un gris tan sombrío como los cielos invernales que cubrían la ciudad durante buena parte del año. Inaccesibles, sin respuesta. Las pizarras habían amanecido húmedas y ahora estaban blancas. Envueltos en aquella luz, los pájaros parecían aún más oscuros. Pasaban como proyectiles que se perdían en busca de un objetivo invisible, remotísimo. París es una ciudad sucia, llena de palomas y de patios negros, había escrito hacía unos años. La gente aquí tiene la piel blanca. Y, cuando cae la noche, se meten en sus casas. En mi tierra, cuando anochece, uno se apresura a salir. Se decía que aquélla era una de las ciudades más hermosas del mundo, pero a él le fatigaba, y su deseo más hondo hubiera sido volver a su tierra, un país de hombres, rudo, inolvidable. Pero, por diferentes razones, no era posible.

Si no conseguía huir cuanto antes, aquella ciudad acabaría con él. Terminaría por aplastarle. Y al no poder volver a Argel, Jacques soñaba con la zona del Luberon, la montaña de Lure, Lauris, Lourmarin. Con poder marcharse allí algún día. Con ver la primera estrella en el silencio de la noche. Con el olor de la albahaca, del romero, del tomillo, de la lavanda en flor. Soñaba con una casa sencilla, amplia y cómoda. Y un paisaje que se pudiera contemplar desde sus ventanas como se contempla el mar desde un acantilado. Abandonar París. Un deseo que pocos compartían, que muchos ni siquiera eran capaces de entender. Tal vez tan sólo su amigo René. Uno de los amigos que aún le quedaban. A él, que tanta importancia había dado siempre a la amistad. Pero René pasaba buena parte del tiempo en la Provenza, mientras Jacques seguía atrapado en aquella capital que detestaba. Tal vez porque era un monstruo, un bárbaro. Al menos él siempre se había visto así, como alguien que había traicionado a los suyos, dejándolos atrás, en aquel país cada vez más devorado por el cáncer de la violencia.

El tiempo perdido sólo lo recuperan los ricos, sí. Él mismo había acabado por convertirse en un buen ejemplo. Pero ¿qué habría sido de él sin el apoyo de su profesor de instituto, de aquella mano tendida entonces, a cambio de nada, sólo porque pensaba que él lo merecía más que otros, que lo iba a aprovechar mejor? No se habría dedicado a recuperar el tiempo. Lo más probable es que se hubiera limitado a perderlo, con resignación, con paciencia, como tantos hombres y mujeres a lo largo de los siglos, en tantos lugares del mundo. Como su madre. Y, sin embargo, entonces había sabido lo que era la felicidad. La miseria le había impedido creer que todo estaba bien bajo el sol y en la historia, mientras que el sol le había enseñado que la historia no lo era todo. Entonces había vivido en el presente. Descalzo. Casi desnudo. Jugando con otros niños por las calles llenas de polvo y en la playa. Ahora el pasado crecía a sus espaldas, el futuro parecía encogerse en proporción inversa, y el presente se escapaba.

Allí le habían bastado pocas cosas, que ni siquiera había poseído. El sol, el mar, el viento, las estrellas. Y recordó a los nómadas de Djelfa. Pobres, miserables, ofreciéndolo todo al huésped. Sí, había crecido junto al mar, lejos de aquella ciudad que ahora veía por la ventana, de aquella capital agazapada en el interior del continente más pequeño del mundo, y la miseria nunca le había resultado penosa. Jamás había escuchado quejas ni reivindicaciones a su alrededor. Aquella vida les parecía natural. Después, lo había perdido, había perdido el mar. Y el sol. Desde entonces todos los lujos se le habían antojado grises. La pobreza, intolerable. Él no pertenecía a aquella raza que ahora le rodeaba, aquella raza que tanto se preocupaba por el dinero y se aburría de corazón. Que convertía su mesa en este o aquel cafetín de la orilla izquierda en el estrado de un juez implacable con algunas víctimas y magnánimo con ciertos verdugos, para dictar sentencias sobre lo que desconocía,

entre sorbos de whisky o de café y comentarios frívolos pretendidamente libertinos.

Qué lejos, en cambio, el sol, el mar, la vida sencilla de las playas. Y qué inalcanzable la paz. Añoraba la soledad de una columna de piedra. La de un olivo bajo un cielo de verano. Esa lección de amor y de paciencia que le habían dado los parajes desolados del desierto. Sabía que acabaría por comprarse una casa. Y muebles. Y se convertiría en un esclavo, aunque llevara una vida de rico, dedicado a recuperar el tiempo. Como Proust, al que imaginó dando vueltas en la cama en una habitación con las paredes forradas de corcho de arriba abajo, tratando de protegerse del ruido, del mundo entero, en busca de las palabras, como él. Buscando nada. O casi nada. Un trocito de inmortalidad. Imaginó también al que en otro tiempo fuera su amigo, a Jean Paul, cuyo padre había muerto, como el suyo, siendo joven. Otro muerto que no había tenido tiempo de ser padre y que en aquel preciso instante habría podido ser ya el hijo de su hijo. Una de las coincidencias que aún existían entre ellos. Como la de la literatura.

Ya ni siquiera era el mismo su compromiso con los pobres, con los perseguidos, con los que no tienen voz, desde que, hacía unos años, Jean Paul, monsieur Néant, como él le llamaba ahora, se había atrevido a decir, con todo el equipo de su flamante revista, que si la clase obrera quería dejar el Partido tan sólo disponía de un medio: morder el polvo. Siempre recurriendo a la amenaza cuando el otro se atreve a disentir lo más mínimo de la doctrina que se quiere imponer. Todo anticomunista es un perro, ladraba. Era lo más suave que podía llegar a decir. Y Jacques tratando de adoptar la naturalidad y la paciencia de las vacas, sin conseguirlo, porque lo que necesitaba, lo que allí seguía haciendo falta, era una revolución. La revolución, urgente y paulatina, de las almas. No tengo tiempo de escribir para las revistas, se decía, ni siquiera para arrebatarse un argumento a Jean Paul... Me queda poco y quiero aprovecharlo para el nuevo libro.

También Jean Paul, también monsieur Néant, en su devoción por los libros, se había encerrado desde pequeño en aquel mundo imaginario, el de las palabras, las que leía en los libros, las que después él mismo había escrito, las que aún habría de escribir. En cambio, él llevaba tanto sin hacerlo, sin escribir apenas. Se sentía vacío, cansado. Aunque sabía que a veces era necesario un periodo de silencio para poder escribir luego más e incluso tal vez mejor. Y ahora, y desde hacía muy poco, los recuerdos parecía que por fin tiraban de él, el peso del tiempo perdido, y entre sus manos empezaba a crecer un nuevo libro, una novela, aunque, como siempre, eran tantas las dudas. No, no como siempre. Las dudas ahora eran incluso mayores. El oficio de escritor no parecía tener nada de oficio. Resultaba cada vez más doloroso, más difícil, más solitario aún. Mayor el desasosiego, los escrúpulos. Y más numerosos los periodos de esterilidad, que cada vez que se anunciaban, cada vez que se implantaban, amenazaban con ser definitivos y le sumían en una crisis de ansiedad,

aunque acabaran por revelarse como pasajeros, cuando aquella fuente misteriosa al fin volvía a manar.

Si tuviera que escribir un libro de moral, había anotado en una ocasión al principio de su carrera, tendría cien páginas y noventa y nueve estarían en blanco. En la última escribiría: No conozco más que un deber y es el de amar. No había avanzado mucho desde entonces. Y siempre, en lo más hondo, seguía sintiendo la tentación de renunciar a aquel esfuerzo incesante. A pesar del reconocimiento. O tal vez por eso. Por la responsabilidad, cada vez mayor. Por el mucho ruido que se hacía en torno a él y en torno a sus libros. Por la vergüenza. ¿De qué? ¿De qué podía un hombre tener vergüenza? ¿De su empeño en decir la verdad? ¿De su empecinamiento en ser feliz? Para él, aquélla era una obligación del ser humano. Tal vez también fuera el miedo. El miedo a hacer daño a otros seres, precisamente a aquellos a los que más quería. Porque ¿cómo disminuir lo que las palabras tantas veces tenían de mentira e incluso de odio, de injusticia? Y ¿cómo dar un nuevo empleo a las de todo el mundo, a las de todos los días? ¿Cómo expresar todo el amor que sentía y que le dolía hasta sumirle en un mutismo insoportable, cada vez mayor?

Sí, era, sin duda alguna, un camino hacia el silencio. Y, sin embargo, una vez más tiró de sí mismo con todas sus fuerzas y abandonó su observatorio en la ventana, la vista de aquella ciudad que cada día se le mostraba más hostil, y volvió al escritorio, para seguir transcribiendo las palabras que por primera vez desde hacía mucho tiempo bullían en su interior. Para los pobres el tiempo sólo marca los vagos rastros del camino de la muerte. Y además, para poder soportar, no hay que recordar demasiado, hay que estar pegado a los días, hora tras hora, como lo hacía su madre... Jacques volvió a levantar la cabeza del papel y perdió la mirada en sus recuerdos. Cuando su madre vivía en una habitación no dejaba ninguna huella, todo lo más un pañuelo con el que solía jugar entre sus manos y que de cuando en cuando abandonaba en su regazo mientras esperaba a que pasara el tiempo, a que llegara la hora de comer. O la de dormir. O una visita. Estaba seguro de que a su muerte, la huella de su paso por el mundo no sería mucho mayor. Unos zapatos. Algo de ropa.

O alguna página de periódico en la que apareciera su hijo, el más pequeño de los dos. Simples trozos de papel de los que ahora se sentía tan orgullosa, aun cuando no pudiera descifrarlos y tuviera que esperar a que se los leyera alguien. Los acariciaba, fingiendo que los quería alisar, que se habían arrugado o tenían algo de polvo, y de vez en cuando se los mostraba a alguna vecina. Ufana, con una admiración discreta, inocente. La recordaba en el patio, a la puerta de la casa, calentando sus huesos al sol, sentada en una silla con el periódico sobre las piernas. En sus manos parecía una sábana, no sólo por el tamaño de las hojas, también por la indefensión que se adivinaba en cada uno de sus gestos, en su mirada, en su sonrisa, el desamparo frente a todas aquellas letras que no comprendía, aunque le gustaba pasar el dedo por

encima, contemplar las imágenes.

También sus libros eran un misterio para ella. No podía leerlos. Y tampoco podría leer el que estaba escribiendo ahora, un libro que había decidido dedicarle. A ti, que nunca podrás leer este libro, había escrito Jacques en la primera página. Él, sin embargo, dejaría tras de sí una infinidad de papeles. Huellas que no eran como las de nuestros zapatos o las de nuestros pies en la arena de una playa. Rastros que sin duda era más difícil que algún día llegaran a desaparecer, aunque alguien podía tratar de hacerlo. Empeñarse en borrar las marcas de su paso por la vida. Lo que él había escrito. Todas aquellas páginas que ahora crecían bajo su mirada. Todas aquellas páginas llenas de anotaciones, de ideas que aún se proponía desarrollar, detalles que tendría que investigar más a fondo, preguntando a sus amigos, a su madre y a otras personas que habían vivido aquellos mismos hechos, consultando libros, releendo periódicos, pasquines, proclamas. Llenas también de tachaduras. Caminos por los que se había aventurado, para abandonarlos poco después.

Hermanos musulmanes, todos los partisanos del FLN deben exterminar a todos los europeos, incluidos los niños. Sin hacer diferencias. Cuando lo había leído, Jacques se había quedado sin respiración. Era un comunicado del 17 de enero que ponía sello oficial a una brutal estrategia de atentados indiscriminados. Nada nuevo, en realidad, puesto que en decenas de explosiones en lugares públicos, de tiroteos en autobuses o de asaltos a granjas e incendios de escuelas e iglesias, habían matado a niños sin pestañear siquiera. Pero sí había algo diferente. Ahora se proclamaba a los cuatro vientos, escrito y rubricado en la octavilla, y se cerraba definitivamente la puerta de las disculpas, del recurso a la retórica del accidente no deseado, pero inevitable, de la culpabilización de las víctimas. Era una auténtica declaración de guerra sin cuartel. Y enseguida el mecanismo de la violencia se había vuelto a poner en marcha.

En abril, tras el asesinato de dos paracaidistas franceses, sus compañeros habían entrado a sangre y fuego en unos baños árabes, disparando contra todo lo que encontraban y causando veinte muertos y otros tantos heridos. Sin duda mataron a algunos de los terroristas que habían ido allí a refugiarse, perseguidos por la policía, pero los baños servían cada noche como dormitorio para muchos vagabundos. Y no hubo misericordia para los pobres. Ninguna misericordia y ni un solo gramo de cerebro. Como no lo tenían aquellos colonos que hacían *raids* en coche por los altos de Argel, disparando contra las *mechtas* de los campesinos árabes. O los militares, al generalizar las ejecuciones sumarias bajo el amparo de una muy laxa Ley de Fugas. Y hacía tan sólo unos días se había producido una nueva matanza. En Melouza, trescientos treinta y ocho civiles musulmanes habían sido masacrados a manos de otros musulmanes. A tiros y cuchilladas, habían cortado la garganta y emasculado a todos los hombres del pueblo, partidarios de Messali Hadj, el fundador de la Estrella Norteafricana, germen de todo el movimiento antiimperialista, ahora sentenciado por

sus cachorros, más radicales.

El aparato de propaganda del FLN intentaría achacar aquella carnicería al ejército francés. Durante mucho tiempo lo conseguiría, y no era de extrañar. La tortura y la brutalidad no eran patrimonio exclusivo de ningún bando. El odio se alimenta de odio en cualquier cultura. Y cuando ya ha crecido bastante, se llama nacionalismo. A veces, como ahora, Jacques sentía en su interior la tentación de dejar de hacerlo, para siempre. Dejar de escribir y limitarse a vivir, a amar, una tarea de titanes, para compensar el miedo y el dolor, el sufrimiento y la angustia, tan presentes en tantas vidas, en tantos puntos de la tierra, pero el impulso de escribir, de luchar contra la mentira y la violencia, contra el totalitarismo y la injusticia, acababa siempre por vencer. Y una vez más volvió a apoderarse de él.

Sí, para poder soportar, no había que recordar demasiado, había que estar pegado a los días, hora tras hora, como lo hacía su madre... El también era mudo delante de ella e, inválido a su modo, tenía que renunciar a saber algo por boca de ella. Incluso aquel detalle que de niño le había impresionado tanto y que le había perseguido durante toda su vida hasta en sueños. Su padre levantándose a las tres de la mañana para asistir a la ejecución de un criminal famoso. Lo supo por la abuela. Pirette era un obrero agrícola en una finca del Sahel, bastante próxima a Argel. Había matado a martillazos a sus patrones y a los tres niños de la casa.

EL BACILO DE LA PESTE

La mañana del 3 de junio, el doctor Bernard Rieux, al salir de su casa, tropezó con una rata muerta en medio del rellano de la escalera. No se lo comentaría al portero. Sospechaba lo que iba a decir. Que en la casa no había ratas. Alguien tenía que haberla traído de fuera. Debía de tratarse de una broma. Es lo que le había asegurado el portero del edificio en el que había vivido en Orán años atrás. Sin embargo, aquella misma tarde, de vuelta en el pasillo del inmueble, después de haber tomado su café vespertino en el Metropole, mientras buscaba sus llaves antes de subir a su casa, el doctor Rieux vio surgir del fondo oscuro del corredor otra rata de gran tamaño. El animal echó a correr en dirección contraria y él se quedó contemplándolo un instante. Después, subió la escalera. Al menos no sangraba y no se había muerto a sus pies, delante de sus narices. ¿Una vez más iba a tener que enfrentarse a una plaga?

Pero no. En la casa no había ratas... Siempre aquel afán cobarde por negar la realidad, por aplazar el momento en el que no queda más remedio que encarar un peligro que desde hace tiempo se nos viene encima. A la misma hora, aquella en la que las oficinas y las casas de Argel vierten en las calles una multitud charlatana que acaba deslizándose hasta los bulevares, Marie Cardona se encontraba como cada tarde sentada con las manos sobre el regazo, sin moverse, junto al balcón. No dormía, atenta a cada uno de los ruidos de la calle. Los del café de enfrente. Los de los niños al salir del colegio. Los del tranvía aproximándose a la parada. O alejándose. Unas veces, vacío. Otras, abarrotado. Como también a los olores, a los cambios que se producían en el cielo, en el aire, en la luz. Al sonido de las voces de la gente que paseaba por allí o se detenía a la sombra de alguno de los ficus.

El pobre, cuando tiene tiempo, se dedica a ver pasar la vida. En una casa en la que apenas se veían muebles ni enseres, tampoco había mucho que hacer. Cuatro sillas y una mesa, la jaula del loro, algunos cacharros, un par de camas, la cocina y el minúsculo aseo. Las paredes estaban desnudas, y del techo de cada una de las habitaciones colgaba una bombilla. Ni siquiera había allí un reloj que marcara el paso del tiempo. Bastaba con acechar por la ventana cada uno de los ruidos. El del cierre de las tiendas, los gritos de los pájaros, las voces de los vecinos, de los transeúntes. Cada tarde, cuando Marie volvía de trabajar en otra casa, en el barrio de los ricos, solía sentarse allí, en una silla. El cielo, aunque azul, tenía ahora un resplandor mortecino que se iría apagando a medida que la tarde avanzaba. Y la brisa traía olores de especias, de rocas y algas. Ella no hablaba casi nunca, hasta que llegaba la hora de irse a dormir. Y entonces tampoco era mucho lo que decía. A dormir, Antoine, aunque antes me tienes que leer algo. Le gustaba escuchar a su hijo leyendo en voz

alta. O mirarle mientras se quedaba absorto, atrapado entre las líneas de alguno de aquellos libros que traía de la biblioteca municipal.

También a él le gustaba que su madre le escuchara leer en voz alta. Sentía que de alguna manera las palabras de los libros les unían aún más en su silencio de costumbre. Y a veces, no se sabía muy bien por qué, alguna oscura fuente se desataba y ella se ponía a hablar. La recordaba siempre así. Junto al balcón, en silencio, como quien espera a que comience el siguiente acto en la butaca de un teatro, mientras él se ponía de rodillas en el suelo junto a la jaula del loro, el único lujo en aquella casa. Era de hierro pintado de blanco y muy alta, aunque no tanto como él, que tenía catorce años y, flaco como un tallo de bambú, medía ya un metro setenta y seis. El doctor Rieux había dicho que a los quince llegaría al metro ochenta. Su piel tenía el mismo color que la madera, y olía igual, como un lápiz al que acabaran de sacarle punta. En cambio, el plumaje de *Calígula* era gris, de un gris muy claro. Se lo habían regalado a Marie hacía tiempo en una de las casas en las que trabajaba, en cuanto vieron que aquel bicho era un perfecto desvergonzado. No habían podido hacer carrera de él.

Madre, ¿por qué a veces *Calígula* les da la espalda a los extraños? Antoine de vez en cuando subía a casa con algunos chicos del barrio o con compañeros del colegio. Y en ocasiones también con el doctor Rieux, si se lo encontraba en la escalera cuando volvía del hospital. Todos querían ver aquel pájaro, darle algo de comer, pero el loro parecía empeñado en ignorarlos, cautivo desde hacía mucho tiempo en un mutismo inquebrantable. La madre, sin volverse, contestó: Ya sabes que no lo hace con todos los que vienen de fuera. Aunque a la mayoría los conoce, se ha vuelto un pájaro muy huraño. Ese gesto suele reservarlo para cuando viene alguna niña. O una mujer. Será que le dan celos. Y algunos chicos muy guapos también. O los confunde. A los chicos guapos con las niñas. Vete a saber. De nuevo se hizo un silencio. Tal vez madame Cardona esperaba que su hijo protestase, pero enseguida continuó. Que Antoine le hubiera preguntado algo era una excusa perfecta para entablar un diálogo.

A ti no te lo hace porque te conoce y te quiere. Hace tiempo *Calígula* hablaba mucho. Y si venía por aquí alguna niña, a veces incluso exclamaba: ¡Niñas! La madre imitó al loro poniendo una voz que parecía la de un viejo cascarrabias. Después siempre emitía un sonido con el que expresaba la profunda repugnancia que debía de sentir. No sé de quién lo aprendió. Tú entonces eras muy pequeño. Ahora está un poco sordo, casi nunca habla y apenas debe de ver. Se habrá cansado ya de la vida. O habrá sufrido algún trauma. Tal vez por eso siempre se está arrancando las plumas. Estos loros tienen fama de ser muy sensibles. Todo a su alrededor debe estar en perfecto orden. Si no, se pueden convertir en unos neuróticos o en auténticos déspotas. Antoine miraba a su madre boquiabierto. Hacía mucho que no hablaba tanto. Ahora *Calígula* no es tan descortés. Entre gente vulgar, común y corriente, se ha vuelto un exquisito. Como no habla, no puede abusar de nosotros. O tal vez nos

respete porque somos pobres. O nos desprecie y no nos hable por la misma razón.

Antoine disfrutaba con aquellos razonamientos dobles. Cuando su madre afirmaba alguna cosa, no tardaba en desmentirla. O en asegurar lo contrario. No sabía hasta qué punto se trataba de un sentimiento muy arraigado de inseguridad o si su prudencia, su respeto hacia los demás, le impedían afirmar nada de lo que después se pudiera arrepentir. Tal vez se tratara de una norma de conducta de la alta sociedad y, a diferencia del pájaro, lo había aprendido en alguna de aquellas casas. Quizás el loro había asimilado sólo lo peor. Es un pájaro demasiado inteligente y por eso se comporta de una manera tan estúpida, le había dicho la dueña el día que se lo regaló, al tiempo que le hacía gestos con la mano para que se llevara también la jaula. ¿Y a ti no te lo ha hecho nunca? ¿Nunca te ha vuelto la espalda? Marie Cardona esta vez se volvió ligeramente y, sonriendo, contestó: Yo ya soy mayor, Antoine. No la creyó. Le había parecido siempre la mujer más hermosa del mundo. Siempre lo sería, a pesar de su aire triste. O tal vez por eso. A veces se reía, él mismo conseguía hacerla reír. Y entonces, cuando estaba alegre, la imaginaba de joven.

Entonces era capaz de pensar que su madre alguna vez había ido al cine, a bañarse en el mar, que había tenido amigas. Pero no protestó. Tan sólo repitió los gritos de loro que su madre acababa de proferir hacía unos instantes, poniendo también él la voz de un viejo avinagrado. *Calígula* empezó a bambolearse encima de la percha, reculando sobre sus dos patas de carne rugosa, y se fue dando la vuelta poco a poco. Antoine se echó a reír. No seas nunca como ese loro, le dijo entonces su madre. No le des la espalda a nadie. No desprecies a los que no son como tú. Le gustaba tanto oírla hablar. Que le contara cosas de cuando él era pequeño. De cuando el loro aún hablaba. ¡Ah! Me podría haber lastimado una pata, madame, gritaba al parecer el loro cuando su madre lo sacaba de la jaula y lo dejaba suelto. Volaba de una ventana a otra y se quedaba subido en el borde de la contraventana de madera pintada de color azul celeste. ¡A ver si tienes más cuidado! Eres una torpe, Marie. Un día vas a romper la porcelana. Estas últimas frases las debía de haber escuchado en casa de algún rico, porque en la de Marie Cardona no había porcelana alguna, como no fuera el alma de aquella mujer y la de su hijo.

Y si entraba allí algún hombre, alguien a quien se pudiera considerar como un pretendiente, *Calígula* no tardaba en encararse con él. Tenía un olfato infalible para el amor. ¡Fuera!, había gritado en otro tiempo en cuanto se había oído una segunda intención en algún hombre. ¡No queremos buitres por aquí! Pero hacía tiempo que no decía nada y, por tanto, cualquiera podía entrar allí sin que el loro se dignara protestar. En realidad no hablan. Reproducen lo que oyen. Y cuanto más oyen una cosa, una palabra, una frase, un saludo, más lo repiten. Como la mayoría de las personas. Tal vez por eso apenas hable desde que está con nosotros. Aprovechando la locuacidad que parecía haberse apoderado de su madre, Antoine le comentó que en

clase de Historia estaban aprendiendo los nombres de los reyes francos. De memoria. Las diferentes dinastías. Si los repito en voz alta, tal vez *Calígula* los aprenda también. Me ayudaría a estudiar.

Los merovingios y los carolingios. Caribertos, Childebertos, Childericos, Chilpericos, Teodoricos, Dagobertos, Sigebertos, Clodoveos, Clodomiros, Meroveos y Gotarios. Soltó todos aquellos nombres de corrido. Le gustaba citarlos así, en plural. Nombres pomposos pasados de moda. Arnulfos, Carlomanes y Lotarios. Y los Pipinos. Tenían que estudiar toda la lista completa, con las fechas de sus reinados y las de las batallas en las que los franceses habían logrado aumentar su territorio. Y de Argelia, ¿qué? Ni una palabra. Como tampoco de África. Paciencia, le dijo Marie. Todo llegará. Aunque tal vez sea peor. Me temo que a veces lo que se considera Historia no es más que una sarta de mentiras. Tal vez engañen menos las novelas. O la poesía. No me gusta la Historia, sentenció Antoine, aprovechando las conjeturas de su madre. No es más que un prejuicio occidental. No me interesan los nombres de los conquistadores, ni los de los poderosos. Como tampoco los de los presidentes de la República francesa con el uniforme cubierto de estrellas y galones. O los de los emperadores romanos. Ni los de los faraones egipcios. Los de los inmortales.

Sin embargo, debía reconocer que había algunos fantásticos. Nombres como los de Marcomar, Richimir, Priarios, Malarico. Por poner sólo algunos ejemplos entre los francos. ¿Es por eso por lo que hoy has vuelto antes del colegio? Antoine se quedó pálido y tragó saliva. Jamás le había pegado, y él sentía un respeto casi religioso hacia ella. Y no sólo por eso. Sí, se había escapado de clase. No era verdad lo que había dicho al entrar en casa. Que les habían soltado antes porque un profesor estaba enfermo. Había abandonado el colegio una hora antes para no asistir a la clase de Historia. Debes ir, Antoine, dijo Marie con dulzura. Aunque no te lo parezca, es una asignatura muy importante. Sólo tienes que aprender a no tomarla demasiado en serio. Además, a veces uno cree estar seguro de una cosa y en realidad no lo está en absoluto. Antoine la miró sorprendido, pero no se atrevió a decir nada. Ella tampoco parecía saber qué más decirle. Tal vez pensara que había ido demasiado lejos. El silencio volvió a crecer en la habitación, y de pronto Marie, serena y sin alzar la voz, sentenció: Hay que interesarse hasta por lo que a uno no le interesa nada. La Historia te ayudará a distinguir el bien del mal, aunque a veces puedan parecer lo mismo.

Y a no ser un embustero, añadió enseguida, tal vez para romper el silencio que, después de haber pronunciado una frase tan trascendental, amenazaba con apoderarse otra vez de los dos, aunque ya debía de estar preguntándose seriamente si el estudio continuado de aquella asignatura podía tener un efecto semejante. Antoine, no debes perder nunca la fe en la humanidad, mejor dicho, en el ser humano, por más que la vida muchas veces te demuestre que deberías hacer lo contrario. En todo caso, pensó, su hijo tenía razón. Al final sólo conocemos a los que se dice que han hecho la

Historia, a quienes no sólo matan, sino que se dedican a acumular riquezas y a dilapidar el dinero con el que otros muchos habrían podido vivir un poco mejor. Los nombres de los pobres, los de los humillados, los de las víctimas, los de quienes mueren sin haber podido decir apenas nada, aparecen como mucho sobre una lápida abandonada en un cementerio cualquiera. Puedes aprender de ella, prosiguió en voz alta. De la Historia. Te servirá como ejemplo. En sentido positivo y también negativo. Una cosa es el valor y otra la temeridad. Ocurre lo mismo con el entusiasmo y el fanatismo. Una cosa es la lealtad y otra bien distinta la fidelidad. Tienes que aprender a discernir. Pero no quiero que te conviertas en un pesimista. Aún eres muy joven.

Y tal vez hasta tengas razón. Quizás un exceso de Historia no te siente bien. Hay que vivir. Y la calle es tan buena escuela como el colegio. Antoine se sentía avergonzado. No volvería a salir antes de la hora. Pero, en lugar de callarse, siguió hablando, para cubrir con sus palabras la vergüenza por las dos faltas que acababa de cometer. Sobre todo, la de la mentira. Y le contó que prefería saber los nombres de la gente como ellos, los de la gente que trabajaba o vivía en el barrio. Gente que se levantaba temprano para trabajar durante toda la jornada, año tras año, que cada día libraba una batalla silenciosa contra el odio. El nombre del carnicero. Gustave. El del pescadero, un maltés que vendía en el mercado y se llamaba como él. Antoine. Y el del panadero. Louis. O el del frutero. Manolo. De origen español, como su madre. Un hombre grande y fuerte, de sonrisa picara y cara de buena persona, que miraba con arrobo a su madre desde la altura de su puesto. Siempre le ofrecía alguna fruta, y en una ocasión incluso le había regalado una planta, un pequeño tiesto con hierbabuena que ella había colocado en el balcón para verlo desde su silla.

Y estaba también el gallego, uno de los pocos que había por allí, porque la mayoría emigraban a América. Los españoles que recalaban en Argelia venían casi todos del Levante. Aquel gallego era un héroe para Antoine. En una ocasión en que fue al bar a pedir que le calentaran un plato de macarrones porque a su madre se le había estropeado el infiernillo, Antoine esperó un rato observándolo todo. Al cabo de unos minutos había entrado una musulmana de unos cincuenta años mal vestida y despeinada, que había ido directa hacia la barra y había pedido un vaso de agua. Cómo no, madame. La mujer había dado las gracias con timidez y el gallego, con su sonrisa franca, le había respondido: Es un placer, madame. Los había también desagradables, antipáticos. Como el pollero. Daniel. Un gordo relamido de carnes fofas y pálidas, con unas gafas de montura negra y cristales gruesos, que, a pesar de su aire indolente, tenía muy mal humor y siempre estaba encarándose con los empleados del establecimiento, aunque en el mismo instante simulaba derretirse con los clientes. Con dos caras, como una moneda. Tenía un ayudante que fascinaba a Antoine. Un árabe silencioso, delgado, con algo de pelo blanco en torno a la calva, reluciente y de un color precioso, dorado, como su piel.

Ibrahim. Se llamaba Ibrahim. Y cruzaba las calles con su carrito hasta arriba de cajas de huevos y pollos troceados, sin mirar nunca a nadie, y apenas a un lado y a otro, los ojos fijos en el suelo, tristes, las cejas gruesas en un rostro hermoso por lo regular de las facciones, por la ausencia casi completa de expresión, impenetrable sobre aquel delantal a rayas finísimas verdes y negras que le envolvía todo el cuerpo. Tal vez viera aún menos que su jefe. O no le interesara lo que veía a su alrededor. Tal vez le hiciera daño y prefería no verlo. Hacía tan sólo unos días que Antoine le había visto caminando por la calle, como siempre con la mente en otro mundo y la mirada vuelta hacia su interior, aunque hurgándose las narices con ahínco y un largo dedo índice, y ahora no sabía si su ídolo le gustaba todavía más por haberle descubierto de pronto en actitud tan humana o si aquel gesto en tan admirada esfinge le repugnaba más que en cualquier otra persona. Hacía calor, el aire estaba seco. La piel en todo el cuerpo lo notaba. En cuanto descargara un chaparrón Ibrahim volvería a caminar impertérito.

De todos modos, dijo de pronto su madre, te olvidas de que otros muchos grandes en la Historia no han destacado por el poder. Ya sé. Los artistas, los pensadores, los poetas... Marie estuvo a punto de contradecirle, para corregirse a sí misma, pero lo pensó mejor y se contuvo. En cualquier caso, lo que me parece bien es que te atrevas a ser crítico. Hay que saber decir que no, aunque sin olvidarse nunca de la piedad. Su madre era como la sibila de Cumas. Casi siempre en silencio, de pronto se mostraba más sabia que la mayoría de las personas. Y la imaginó sentada en un valle cubierto de vegetación junto a un trípode humeante a la puerta de un templo. De modo que sí. Le gustaba la Historia. Y la mitología. Sólo una persona que ha sufrido, pensó, puede tener la voz de un oráculo. Y sintió unas ganas enormes de abrazar a su madre, pero no se atrevió. Tal vez deberíamos cambiarle el nombre al loro, propuso entonces Marie. Tenía razón. Al fin y al cabo, hacía tiempo que no decía una sola palabra, no podría protestar, y hasta parecía ignorar cómo se llamaba. ¿Qué te parece René? ¿Como Descartes? No está mal. ¿O François, un nombre de santo? También es un nombre de rey... ¿Y Benoit? ¿Benito? Antoine se echó a reír. ¿Como Mussolini? No. Ni hablar.

Iba a ser difícil encontrar un nombre sin mancha. Tal vez imposible. Todo en esta vida parecía tener dos caras. ¿Y Cándido? Sí. Cándido podía ser un buen nombre. Además, empezaba casi igual. Pero no. No se podía cambiar el nombre así como así. El nombre de algún modo acaba por dar personalidad a quien lo lleva, sea animal o persona. Mira, Antoine, dijo entonces su madre volviéndose otra vez hacia la ventana. Era la hora del día que más le gustaba, la hora en la que la luz del sol iba bajando poco a poco, a la vez que refrescaba. La brisa levantaba los olores de los árboles, los de la madera de los suelos de algunos pisos o los de los líquidos con los que se limpiaban las baldosas. Jabón de lino. Aquel aroma a Antoine le hacía cerrar

los ojos y aspirar profundamente. O vinagre mezclado con un poco de agua, que era lo que usaba su madre, porque, como los ricos, detestaba la lejía. Las palomas volaban en aquel momento por delante de la ventana. Después saldrían las golondrinas a cazar insectos, y el aire se llenaría con sus gritos. Más tarde se encenderían las farolas y las luces de otras casas. Antoine se acercó a su madre y se quedó de pie junto a ella. Le gustaban aquellos rectángulos iluminados. La mayoría encendía las luces en el último momento, porque la electricidad era un lujo. Imaginaba lo que podía suceder en el interior, cuando la ciudad parecía de juguete. Allí no había tristeza, ni dramas, ni enfermedades. Tal vez tan sólo una vida cotidiana aburrida y gris.

O tal vez no. Tal vez una alegría constante. Como en los juegos. No. Hasta en los juegos a menudo había trifulcas. La gente salía ahora de trabajar e invadía las aceras. Se oían voces, risas. Hacía mucho calor. En aquel instante pasaron dos niños con traje de marinero, en pantalón corto, un poco envarados en sus vestidos rígidos, y una niña con un gran lazo rosa y zapatos de charol. Su madre siempre los llevaba así, vestidos de domingo, aunque fuera lunes. Tras ellos, apareció la madre, una mujer de la que en el barrio decían que era palanganera. Antoine no sabía lo que significaba aquello y no se atrevía a preguntar, porque muchos lo decían con un tono de desprecio y entre risas. Buscaría el significado en un diccionario. En la biblioteca. Aunque, por lo general, lo más inquietante no solía aparecer. Lo más coloquial. Ninguno de sus amigos sabía lo que quería decir. De nuevo se escucharon voces y risas, que venían de la parada del tranvía. La gente estaría esperando el próximo coche para marcharse a casa o para ir a la zona del puerto a pasear y tomar el aire. Se oyó también la corneta de un vendedor de helados, que debía de estar recorriendo el barrio con su carrito enganchado a la bicicleta.

De pronto se produjo un estruendo y hubo un chisporroteo. Como si en el aire centellearan miles de estrellas. Mamá, mira, fuegos artificiales, gritó Antoine, apoyándose en el marco de la ventana para ver mejor la fiesta que al parecer se estaba preparando allí, a sus pies, pero Marie se abalanzó sobre él, lo agarró de un brazo y, arrastrándolo consigo, se tiró al suelo. Antoine alcanzó a ver unas palomas cayendo como papelillos arrugados que alguien hubiera arrojado sobre la calzada. Pocos segundos después se oyó otro estallido, más fuerte que el anterior, y los cristales de la ventana se hicieron pedazos y fueron a estrellarse contra el suelo a pocos centímetros de donde se encontraban ellos dos. Una tercera explosión, esta vez un poco más lejos, hizo temblar a la madre, que, echada sobre su hijo, seguía cubriéndolo con su cuerpo. Y se quedaron así, casi sin respirar, pero con todos los sentidos en tensión, aunque no se oía nada, como si la vida se hubiera detenido.

Sólo al cabo de unos instantes se empezó a escuchar algo de ruido. Y gritos. Poco después, el sonido de las ambulancias, de los coches de policía, fue apagando los

demás. La madre se arrodilló y abrazó a su hijo. Él se apretó contra ella. Después Marie se puso en pie y se alejó hacia la ventana de la parte delantera. Los cristales habían saltado por los aires, y ella avanzó por encima de los fragmentos, que crujieron bajo las suelas de sus sandalias. Quería comprobar si todo en la calle y a su alrededor seguía en su sitio. Si la tierra no se había venido abajo, pero no se atrevió a asomarse. Se detuvo a medio metro del balcón. *Calígula*, en su jaula, estaba acurrucado, de espaldas, y parecía temblar. Antoine, ve a mirar si tu árbol está bien. Quería alejarlo de allí. Que no viera lo que ella estaba viendo. En aquel momento alguien asomó por la puerta. Era el doctor Rieux, un médico que había venido hacía unos cuantos años de Orán, después de haber perdido a su mujer, enferma de tuberculosis, y a su mejor amigo en una epidemia. Siempre que podía pasaba por allí. Más de una vez les había facilitado medicamentos, comida y hasta ropa. Y eso que tampoco él debía de tener mucho dinero. Había demasiada gente a la que ayudar.

Hola, Antoine, dijo de pronto *Calígula*. El loro había recuperado el habla. Pero ¿acaso saludaba así al doctor? ¿O eran las únicas palabras que recordaba haber escuchado durante todo el tiempo que había permanecido mudo? El chico se acercó corriendo. ¡Hola, Antoine!, volvió a saludar el loro. ¡Hola, Antoine!, repitió. También él debía de estar nervioso. En el suelo de la jaula había tiradas tres plumas, junto a las pajaritas de papel que Antoine le había hecho. A Marie le habían asegurado que le gustaban los juguetes, aunque *Calígula* no jugaba jamás. Las plumas, ¿se le habrían caído en el momento de la explosión? ¿O se las había arrancado él mismo? ¿Están bien?, preguntó el doctor. No se preocupe, consiguió decir Marie. ¿Seguro? Sí, sí. El doctor se despidió con prisa, cerró la puerta, y se le oyó bajar las escaleras. Ya no pensaba en las ratas que había encontrado allí por la mañana y por la tarde, sino en los tres operarios con uniforme de la compañía del gas, con su casco también de color azul, a los que había visto trabajando junto a una farola hacía tan sólo un rato, mientras tomaba su café de después de comer, antes de subir a su casa.

¿No se trataba entonces de obreros de la compañía de Electricidad y del Gas de Argelia? Había visto a tres hombres. Uno había abierto con una llave el cajetín de registro en la base de hierro de una de las farolas. Una llave enorme, como la de un portón. Otro había hecho ademán de apretar las tuercas de fijación, pero no había tardado en ceder su lugar a un tercer hombre que llevaba una cartera de cuero en bandolera, como todos los mecánicos de la EGA. Bernard le había visto sacar un paquete. Era una idea maquiavélica. Colocar explosivos en el pie de una farola, justo al lado de una parada de tranvía. Alguien les tenía que haber facilitado la llave y los uniformes. Y los cascos. Había mucha gente dispuesta a apoyar aquellas atrocidades. Personas que se dedicaban a extorsionar a los musulmanes argelinos en Francia. Que llevaban el dinero hasta Suiza. Que lo canalizaban para comprar explosivos y preparar cada una de aquellas acciones, cada día más frecuentes y salvajes. Y toda

una red de colaboradores. A muchos en el gobierno, tanto en la metrópoli como en la colonia, los debían de haber sobornado. En la policía, en los ayuntamientos, entre los ministros. Y mientras tanto aquí saltan piernas y brazos por los aires, se dijo el doctor. Y pensó en Kamel. En las muchas veces que habían discutido.

En noviembre del año anterior, recordó, habían detenido a un grupo de médicos por colaborar con el Frente de Liberación Nacional, entre ellos al Jefe de Salud del Gas y la Electricidad de Argelia. El doctor Liddi. ¡Los niños!, exclamó Bernard en el momento en que salía a la calle. También ellos debían de haber salido del colegio pocos minutos antes de la explosión. En tropel, caminando la mayoría, contentos, o cansados, aunque armando barullo y arrastrando las carteras, camino de sus casas. Otros se habrían quedado a esperar el tranvía. El doctor echó a correr. Llevarían a los heridos al hospital Mustaphá, donde él mismo trabajaba, a pocos metros de allí. Y los familiares estarían ya agarrados a la verja, esperando noticias. Durante días no se apartarían de allí, con los puños apretados por la rabia y la impotencia, mientras los médicos cortaban aquí un brazo, allí una pierna, allá varios dedos. El aire estaría cargado de dinamita. Y en los barrios musulmanes cundiría el pánico, el miedo a las represalias, a la represión ciega e imbécil, que añadiría a la violencia más violencia. Y a los duelos, otros duelos.

Otra vez el sonido de las ambulancias a su alrededor, pensó. Siempre luchando con todas sus fuerzas contra la muerte. Y la muerte siempre corriendo tras él. Delante de él. La de la violencia es una enfermedad muy contagiosa, se dijo. El virus se propaga a gran velocidad. Y ahora otros querrán responder con los mismos métodos, dejándose llevar por sus propios impulsos guerreros y defensivos. Empezarán las *ratonnades*, la caza del musulmán que se produce siempre después de un atentado, arbitraria, repugnante. En los dos bandos se procura privar al otro de la condición humana. Por su parte, el FLN, en un comunicado reciente, había incitado a matar a los franceses de Argelia refiriéndose a ellos como los perros. Abatir a todos los perros y a los hijos de los perros, se habían atrevido a escribir. Les responderían con el uso sistemático de la tortura, con desapariciones forzadas, peinando las zonas en las que vivían los árabes, fomentando la delación, con las patrullas sorpresa y los escuadrones de la muerte, aplicando el triste y peligroso principio de la responsabilidad colectiva. ¿Árabes? ¿Franceses? Ya no sabía cómo había que llamar a cada cual. Ni todos los llamados árabes eran árabes, ni los franceses, franceses.

Tal vez lo más correcto fuera hablar de argelinos musulmanes y argelinos de origen europeo. O de musulmanes y no musulmanes. Los nombres no eran más que una convención para entenderse, por más que cada vez resultaba más difícil hacerlo. Bernard Rieux entró por fin en el hospital. No tardarían en aparecer los donantes de sangre, que esperarían con paciencia durante horas dentro y fuera del edificio, aunque no todos conseguirían llegar hasta la sala de recogida, una especie de pajarera

enorme, con las cuatro paredes de cristal hasta el techo. En el interior, varias enfermeras con gorro, unas bolsas envolviendo sus zapatos y parte de sus piernas, guantes y un pañuelo blanco que les tapaba la nariz y la boca, abrían las ventanas de la parte inferior para que los voluntarios, cómodamente sentados en sillas como de terraza, metieran el brazo. Otras enfermeras vigilaban en el pasillo exterior, junto a los donantes, para que no hubiera embotellamientos que dificultaran el paso al resto del personal sanitario. En el centro de la sala se encontraban las bandejas de metal con las jeringuillas, las tomas y probetas. El Mustaphá era el hospital más grande de todo África del norte. Y el más moderno. Una ciudad dentro de la ciudad. Bombeando sangre.

Antoine se había acercado a la ventana de la parte trasera. Era el único cristal que no se había hecho añicos y él perdió la mirada en el patio al que tanto le gustaba bajar, para sentarse a leer bajo aquel árbol fuerte que, erguido en el centro, sobresalía por encima de los tejados. En cada una de las ventanas había trozos de pan duro que la gente dejaba allí para las ratas. Así no entraban en las viviendas, en las que la comida se guardaba debajo de las camas, porque el frigorífico era para la mayoría un lujo americano. ¡Madre!, gritó de pronto Antoine. Madre, repitió. Marie se volvió hacia él. En el árbol del patio... En el árbol hay... Parecía haberse vuelto tartamudo. Hay un horror, consiguió decir al fin. Su madre corrió hacia él y le cogió por los hombros. El silencio se apoderó entonces de los dos. Antoine señaló hacia el plátano que ocupaba casi todo el hueco del patio de la casa. Sí, Marie acababa de verlo, pero fue incapaz de articular ningún sonido. Una pierna colgaba de una de las ramas del árbol. La pierna de un niño.

Si estuvieran en Calcuta, entre rostros oscuros con el pelo brillante oliendo a jazmín, ojos negros de antílope y cuerpos enjutos vestidos con un paño de color rojo, anaranjado o azul celeste, rodeados de carretas tiradas por bueyes y búfalos, un cuervo habría podido traer hasta el patio de una casa esa pierna. O una entraña chamuscada. O un hueso a medio carbonizar desde el campo de Nimtola, donde los cadáveres de los indostánicos se consumen en una atmósfera caliginosa apenas disimulada por los olores de materias como el sándalo y otras maderas preciosas que se queman con ellos. También en Bombay o en Yazd o en Kermán un buitre habría podido llevar hasta el patio de una casa o hasta la terraza de una vivienda cualquiera esa pierna cruda desde una de las famosas torres del silencio, donde los cadáveres de los parsis y los de los zoroastristas iraníes se pudren lentamente bajo el sol, la lluvia y el viento, ordenados en círculos como si fueran los del infierno.

También allí se trataría de un suceso natural. Pero aquí, en esta ciudad del norte de África, hacía menos de cinco minutos que se habían escuchado tres detonaciones y todo el mundo se había echado al suelo. Los cristales habían saltado por los aires. Y en la calle, bajo la ventana de la parte delantera, ahora reinaba el caos. Aquí, en esta

ciudad del norte de África, alguien había preparado aquel acto con toda la tranquilidad del mundo. Marie abrazó a su hijo y en aquel momento se dio cuenta de que tal vez estuviera vivo gracias a que se había escapado de clase. Es la peste, dijo entonces en un susurro y al oído, como quien cuenta un secreto que nadie más debe escuchar. La peste que nos ha tocado vivir. Antoine notó cómo su corazón palpitaba a toda velocidad, aunque ella siguió hablando. El bacilo de la peste no muere ni desaparece jamás. Puede permanecer durante decenios dormido en los muebles, en la ropa. Espera paciente en los dormitorios, en los sótanos, en los baúles, los pañuelos, entre los papeles viejos.

De modo que su madre también leía. Y con tanta aplicación como él. Sabía párrafos de memoria. Tal vez cogiera los libros que él sacaba de la biblioteca y los leyera por las noches, mientras él dormía. Quizá padeciera insomnio. Replegado en el interior de cada uno de nosotros, en la parte más oscura de nuestro ser, concluyó Marie. Y esta peste, añadió de pronto, la que ahora azota este país, es la peor. Es la que lleva a unos seres humanos a levantar la mano contra otros seres iguales a ellos. Su propia vida no era ajena a aquella plaga. El padre de Antoine había muerto antes de que él naciera. Le habían encarcelado. En Barberousse. Y una mañana, al rayar el día, le habían ejecutado. Marie no le había contado la verdad. Otra de sus contradicciones. Convencida de la importancia de conocer la Historia, no era capaz de contarle la verdad de su pasado. No había tenido valor. Su padre había matado a tiros a un árabe. Una tarde de mucho calor en una playa de las afueras de Argel. Le habían juzgado y condenado a morir en la guillotina. Ella había asistido al proceso e incluso se había acercado hasta la cárcel, aquel edificio imponente y lúgubre encaramado en lo alto de la ciudad, al borde de la Casbah, aunque no había podido verlo. Una mañana, muy temprano, casi de noche, le habían conducido al patíbulo.

Si un hombre no tenía derecho a matar a otro, y no debía tenerlo, ¿por qué la sociedad podía?, se había preguntado ella muchas veces. Una sociedad que en buena parte le había llevado al patíbulo por no llorar en el entierro de su madre, por no haber querido verla cuando ya se encontraba en el ataúd, por fumar un par de cigarrillos e incluso dormirse durante el velatorio. Por haberla llevado a un asilo. Meursault había matado a un hombre poco después de la muerte de su madre. Y a toda aquella gente, preocupada no tanto por el crimen que había cometido, sino por detalles que no eran de su incumbencia, jueces, periodistas y la mayoría de los que habían asistido al juicio, el árabe muerto no parecía importarles. Nadie le había dedicado una sola palabra. Como tampoco les importaba Meursault. Después, Marie había perdido su empleo. Era dactilógrafa en una empresa en la que durante un tiempo había trabajado el padre de Antoine. También en el barrio en el que vivía le habían hecho el vacío y tuvo que mudarse a otro. Y así es como terminó dedicándose a limpiar casas ajenas. No le había contado la verdad a su hijo. No había tenido valor.

Aún no lo tenía. Él creía que era viuda de guerra, como las madres de tantos otros en el colegio y en el vecindario.

No le había contado la verdad. Y la profesora de Antoine decía que por eso el chico tenía pesadillas, que los traumas ocurridos en una familia, aunque hubieran sucedido en la generación de los abuelos, o en la de los padres antes de que los hijos nacieran, si no se contaban, si no se hablaba de ellos alguna vez, acababan por aparecer así, en los sueños de quienes no habían sido testigos de aquellas escenas, a veces tristes, a veces monstruosas. Marie no estaba tan segura. Si Antoine tenía pesadillas sin conocer la verdad, sin saber lo que había hecho su padre y lo que después le habían hecho a él, las que podía llegar a sufrir sabiéndolo todo serían aún peores, como lo eran las suyas, de las que no hablaba jamás, aun cuando la asaltaban de día y de noche. E imaginaba a su hijo en un estado de trance, temblando de rodillas frente a la jaula de *Calígula*, sacudido por visiones diurnas como la de aquella misma tarde. La realidad una vez más había demostrado no ser muy diferente de los sueños de aquel chico.

Ningún vecino hablará sobre lo que hay colgando de una de las ramas del árbol que está en el patio. Nadie avisará a la policía. Es la mordaza del miedo. Y la pierna se pudrirá en la rama y se secará al sol. Algún día se escurrirá hasta el suelo y se confundirá con las basuras que se amontonan allí. O tal vez una gaviota le dé un picotazo y una rata de esas que no hay en el edificio se coma lo que quede de carne alrededor del hueso. Tal vez el doctor Rieux la vea antes y se empeñe en descolgarla o llame a la policía. Tal vez no la vea nunca, siempre ocupado en la interminable tarea de ayudar a los demás.

UN VÍNCULO MISTERIOSO

Habían encontrado los cadáveres desfigurados, la casa ensangrentada hasta el techo y, debajo de una de las camas, al más pequeño, que respiraba todavía y moriría también, pero que había tenido fuerzas para escribir en la pared encalada, con el dedo empapado en sangre: Fue Pirette. Perseguido, el asesino fue hallado en el campo, medio alelado. La opinión pública, horrorizada, reclamó una pena de muerte que no se le escatimó, y la ejecución tuvo lugar en la cárcel de Barberousse, en presencia de una multitud considerable. El padre de Jacques se levantó por la noche para asistir al castigo ejemplar de un crimen que, según la abuela, le indignaba. En realidad, nunca se supo lo que había pasado. Al parecer, la ejecución tuvo lugar sin incidentes, pero el padre de Jacques volvió lívido, se acostó, se levantó para ir a vomitar varias veces, volvió a acostarse. Después nunca quiso hablar de lo que había visto. Y la noche en la que escuchó este relato, el propio Jacques, tendido al borde de la cama para no tocar a su hermano, con el que dormía, hecho un ovillo, contenía una náusea de horror, machacando los detalles que le habían contado y los que imaginaba. Y esas imágenes lo persiguieron en la oscuridad, repitiéndose de vez en cuando, aunque con regularidad, en una pesadilla privilegiada, diferente cada vez, pero con un solo tema: venían a buscarlo a él, a Jacques, para ejecutarlo.

Se detuvo unos instantes para tomar algo de aliento. Le costaba recordarlo, y hasta respirar cuando lo hacía. Se trataba de un hecho que le obsesionaba. Un episodio en la vida de su padre que él mismo no había vivido y que, sin embargo, había logrado marcarle como pocos. Ya lo había tratado en libros anteriores. En realidad, aparecía en casi todos sus escritos, de una forma más o menos directa, aunque siempre en el centro, en el fondo, y ahora que indagaba en su propia historia quería volver sobre él, no como algo que simplemente había afectado a otra persona, sino como un factor importante en su propia educación, en su sensibilidad, en su manera de pensar, algo que tal vez hasta podía llegar a ser determinante en su propio destino. Jacques hizo un esfuerzo por respirar aún más hondo y sólo así tuvo fuerzas para seguir escribiendo sobre aquel suceso que le habían contado mucho después de que ocurriera, pues su padre había muerto cuando él apenas tenía un año.

Y durante mucho tiempo, al despertar, se había sacudido el miedo y la angustia y recuperado con alivio la buena realidad, en la que en rigor no existía posibilidad alguna de que fuera ejecutado. Hasta que, ya en edad adulta, la historia a su alrededor llegó a mostrarle que una ejecución, en cambio, era un acontecimiento previsible, no inverosímil, y la realidad ya no aliviaba sus sueños, sino que alimentó durante años muy precisos la misma angustia que había trastornado a su padre y que le había

legado como única herencia evidente y segura. Era, sin embargo, un vínculo misterioso el que lo ligaba al muerto desconocido de Saint-Brieuc (que tampoco habría pensado, después de todo, que fuese a morir de muerte violenta) pasando por encima de su madre, que había conocido esta historia, visto los vómitos y olvidado aquella mañana, e ignoraba que los tiempos eran otros. Para ella eran siempre los mismos, y la desgracia podía aparecer en cualquier momento, sin avisar. La abuela, en cambio, tenía una idea más ajustada de las cosas. «Terminarás en el cadalso», le repetía con frecuencia a Jacques.

Dejó la pluma sobre la mesa y se llevó las dos manos al cuello. Otra vez le dolía de una manera atroz y casi no podía moverse. Como si le hubieran ensartado una escoba de hierro en la columna vertebral. Unos días el palo lo notaba en posición vertical, paralelo a la columna, pero otros parecía atravesarle los hombros, como si le hubieran empalado en una cruz. Rígido, tenía la sensación de que las vértebras cualquier día se le saldrían hacia fuera. Empezó a darse un masaje, a doblar la nuca hacia atrás y hacia los lados. Había tanta tensión concentrada en aquel punto. El espinazo crujía cada vez que él giraba la cabeza. ¿De tanto escribir y leer, siempre con la cabeza hacia delante y el cuello inclinado? Por eso procuraba trabajar de pie ante aquella mesa alta, sin silla, que tenía en su casa, aquel pupitre que le había regalado su maestro, igual al que él le había visto usar. Pero eso sólo podía hacerlo allí. Aquí, en el despacho de la editorial, debía sentarse a la mesa, una mesa normal, como la de todo el mundo. ¿O era la edad? En unos pocos meses cumpliría los cuarenta y cuatro, aunque a menudo le parecía que tenía muchos más.

Era el síndrome del condenado a muerte. El mismo lo había bautizado así. Y se lo había dicho hacía unos días a su amigo René, que le había visitado una tarde en su apartamento y se había reído a carcajadas al ver el aire dramático de Jacques. El caballero de la triste figura, le había llamado, dándole una fuerte palmada en el hombro con una de sus manazas de leñador, pero la expresión en el rostro del poeta se había transformado por completo cuando Jacques le había explicado en qué consistía aquel síndrome. Era el dolor de todos los condenados a muerte, de todos los hombres y mujeres a los que hasta aquel momento les habían cortado la cabeza en una plaza pública de cualquier ciudad europea o americana o en una playa del continente africano, junto al mar, frente a una multitud enfervorecida. Estando despierto, sin necesidad de sueño alguno, imaginaba la hoja de veinte kilos cayendo desde una altura de seis metros, aquella cuchilla inmensa mordiendo la carne, rompiendo los nervios, quebrando las vértebras, machacando cada uno de los huesos, cada fibra, cada vena. Y la piel en el rostro de René, mientras se lo contaba, había palidecido.

¿Cómo podía la justicia hacer una cosa así? No habría paz duradera en el corazón de los individuos, ni en las costumbres de las sociedades, en tanto en cuanto la muerte

no fuera puesta fuera de la ley, había escrito él mismo hacía poco. Ahora dejó vagar la mirada más allá del papel en el que momentos antes había transcrito aquella pesadilla que le perseguía desde la infancia. Martes. 4 de junio de 1957. El periódico argelino estaba doblado en dos, encima de su mesa. Allí lo dejaban cada mañana junto con otros diarios, la mayoría franceses, y con alguna que otra revista, pero él solía despachar antes el correo, tratando de demorar lo más posible aquella lectura que cada día le resultaba más difícil. Le hubiera gustado salir a la terraza y fumarse un cigarrillo contemplando los tejados de París. No tenía más que dar un paso y abrir el ventanal que a sus espaldas acotaba aquel espacio abuhardillado. Las otras paredes estaban cubiertas de libros. Como su mesa. Era desordenado y, aun indiferente a la mayoría de los objetos, incapaz de deshacerse de nada.

Armándose de valor, alargó el brazo y cogió el periódico. Aún no se había sentido con fuerzas para desplegarlo, menos aún para leerlo. En los últimos tiempos apenas se atrevía siquiera a mirarlo, porque sabía que su país de origen, tal vez incluso su ciudad, aparecería por todas partes, y no precisamente como portador de buenas noticias. Portavoces del odio y la ceguera, los periódicos no solían serlo nunca. La buena realidad parecía desterrada para siempre de sus páginas, y más aún de aquella tierra en la que él había nacido. También el correo y el teléfono casi cada día le ponían al corriente de terribles noticias. En la misma mañana podía recibir la carta de un profesor árabe en cuyo pueblo algunos hombres habían sido fusilados sin juicio alguno, y la llamada de un amigo cuyos obreros franceses habían sido asesinados y mutilados en el lugar en el que trabajaban. Sus manos temblaron de angustia. Allí estaba. En grandes titulares. No hacía falta tener un fino olfato para las catástrofes, ni siquiera pasar las páginas para toparse con alguna. Allí la primavera estaba siendo sangrienta. Se producían más de ochocientos actos violentos cada mes, y casi cada día él encontraba una noticia que le sumía en la más profunda desesperación. Hacía tiempo que tenía aquel país atravesado en la garganta.

Y una vez más, a pesar de los esfuerzos, del empeño sobrehumano por no perder la esperanza, por seguir abrigando la creencia de que aquello alguna vez pudiera llegar a tener solución, lo que vio en el periódico, lo que imaginó más allá de las palabras impresas en aquellas páginas, le recordó que seguía viviendo en un mundo en el que el asesinato era moneda corriente y en el que el recurso a la violencia parecía volverse cada día más legítimo, un mundo en el que la vida humana se consideraba algo fútil. Para él estaba claro que si uno no quería que le mataran, tampoco debía matar, debía estar en contra no sólo de la guerra, sino también del terrorismo, así como de la represión, tantas veces ciega e irracional, de la pena de muerte, de toda forma de violencia. Pues, aun sabiendo que era inevitable, había que conseguir que no tuviera justificación alguna. Toda su vida y buena parte de su obra las había dedicado a la lucha contra aquel mal, pero se estaba quedando solo.

Hacía ya veinte años que, junto con otros pocos franceses, había pedido la ciudadanía para los musulmanes de Argelia, la igualdad de derechos, pero no les habían hecho caso. Y a él le habían expulsado del Partido por considerarle defensor de un nacionalismo que no era el suyo, como no lo era ningún otro. A todo el que no siguiera la línea oficial marcada desde Moscú, y apoyar a los árabes por entonces no era uno de los objetivos de Stalin, se le consideraba un contrarrevolucionario. Y se convertía, sin quererlo, en un disidente. Le habían llegado a convocar para que compareciera ante las instancias locales del Partido. Hay que proceder a la depuración de algunos agentes provocadores trotskistas, decía el informe que, citando los nombres de Jacques y de uno de sus camaradas, habían enviado a Moscú. Pero ahora las consignas eran otras, y crecía sin parar el número de los militantes del PCA detenidos por participar en atentados terroristas en apoyo del FLN. Sí, llevaba años diciendo lo mismo y no estaba dispuesto a dar la razón a ninguno de los dos bandos que se habían ido enfrentando cada día más, a dar una sola excusa a aquella repugnante carnicería. Y por eso había optado por callarse.

Ahora le reprochaban su silencio, aunque en el fondo muchos lo que querían era que no hablara. La pluma era un arma que lo mismo podía servir para pacificar que para enardecer los ánimos. Probablemente nadie había recibido tantas amenazas como él. Denunciar el entramado nacionalista, fuera del signo que fuera, era como enfrentarse a la Iglesia en el siglo XIV. Jacques apoyó el periódico sobre la mesa. Allí, en aquella ciudad en la que había nacido, en la que había estudiado y en la que había empezado a trabajar, a la que sólo podía volver durante breves periodos de tiempo, en aquella ciudad en la que seguían viviendo su madre, su hermano y la familia de su hermano, muchos de sus amigos, miles y miles de personas inocentes, en aquella ciudad que tanto amaba, la violencia había estallado una vez más. *Tres bombas con temporizador colocadas en las farolas explotan a las 18:30 en las proximidades de las paradas de tranvía. El balance, por ahora, es de 8 muertos y 88 heridos. Los artefactos fueron colocados en torno a las 13:30 por terroristas camuflados como electricistas. Numerosos sospechosos han sido detenidos.*

Entre los muertos había una chica de catorce años, Vincente Mas, un niño de diez, Jean Baylé, y uno de seis, Georges Saint-Jean. Allí estaban sus fotos. Entre las víctimas, muchas mujeres. Y musulmanes. Fatma Zohra Chadil, Mohamed Chehili, Abbés Nefou, Kamel Hamdini, Chérif Bensadi, Zoubida Rouassia, Mohamed Bentata, Mohamed Medahi, Mohamed Messaoudi, Sid Ahmed Bendouche, Hamid Kadri, Fatma Sahnoun, Mohamed Aoudia, Zekkla Amouni... Las bombas no hacían distinción. Actuaban de manera tan irracional como racionales eran las personas que las habían colocado unas horas antes de que estallaran y que tal vez hasta se hubieran quedado por allí a ver lo que ocurría. En la terraza de un café. O apoyados contra el muro de una casa frente a la salida de un colegio, fumando tranquilamente un

cigarrillo. Habrían tirado al suelo las colillas de sus Bastos, y después de pisarlas, tal vez hasta se mezclaran con los que más tarde habían corrido hasta allí para ayudar. O para poder ver algo. O con los que habían salido huyendo, despavoridos. Y al día siguiente las cifras aún habrían de aumentar. Siempre moría alguien más. La proporción de los amputados entre los heridos sería escalofriante. Argelia era el país de las mutilaciones. Los sanguinarios cortaban. Los médicos también.

Jacques recordó su infancia. A su madre junto a la ventana, en silencio, acechando los cambios de luz, cada sonido. E imaginó a otras madres. Y a sus hijos. A Marie Cardona. A Antoine. Podían ser él mismo y su madre. Años atrás. Imaginó una larga serie de escenas similares, indefinidamente renovadas. Y vio la pierna de un niño colgando de una rama en medio del patio de un edificio cualquiera. Entonces le vino a la memoria el cuadro de Picasso. Lo había pintado veinte años atrás en la misma ciudad a la que él había ido a parar. Aquel lienzo enorme que reflejaba los sufrimientos de la guerra se había convertido en todo un símbolo. Un mundo en blanco y negro, plano, como el de los periódicos. Trozos de carne, cuerpos mutilados de hombres, mujeres y niños. El dolor en estado puro. Pero, ¿existía alguna obra de arte que reflejara los horrores de un atentado terrorista como el que acababa de ocurrir el día anterior en Argel, tal y como lo había hecho Picasso con los de la guerra civil española? Y, si no existía, ¿por qué? Las consecuencias eran las mismas. Sangre, dolor, muerte, agonías interminables, traumas y pesadillas de por vida. Y el éxodo de miles y miles de personas. No, la pintura no está hecha para decorar las habitaciones, había dicho al parecer Picasso. Es un instrumento de guerra ofensivo y defensivo contra el enemigo. Tal vez el cuadro fuera un icono universal.

Muchos creían que en Argelia había un millón de colonos con fusta y cigarro montados en Cadillac, cuando en realidad la inmensa mayoría de los europeos que vivían allí eran personas pobres. Llevaban trabajando en aquel país varias generaciones. Habían llegado creyendo que era una especie de tierra prometida y lo único que habían encontrado era el dolor y la muerte, además de la misma pobreza de la que habían salido huyendo. Y se quedaron para trabajar diez horas al día durante siete días a la semana por un salario miserable, y convirtieron páramos y ciénagas, canchos y marismas en tierras fértiles. Muchos tenían un nombre de pila y un apellido francés. Otros muchos, quizá más, nombre francés y apellidos españoles, como su madre. O italianos, malteses o griegos. También había judíos. Los hombres se llamaban Pierre, Robert, Michel, Albert, Jean, Adolphe, pero muchos entre ellos se apellidaban Rey, Ortega, Lucas, Font, Guerra, Martínez, López, Escudero. Las mujeres se llamaban Delphine, Lucille, Catherine, Claudette, Héléne, Marie, Gilberte, pero llevaban apellidos como Salazar, Ferrando, Soldevilla, Ruiz, Cardona.

Doblemente pecadores para los santones de la *Rive Gauche*. Eran occidentales y eran parias. Y, en consecuencia, recibían tanto el odio que merecía el colonizador

como el desprecio altivo que se reserva al pobre, al inculto. Toda esa gente parecía no importarle a nadie. No eran de ninguna parte, ni de Argelia, ni de Francia, ni de España, ni de Italia, como tampoco de Grecia o de Malta. Como no lo era él mismo, que a veces no sabía ya de dónde era. De dónde podía ser en un mundo como aquél. Sólo sabía que no era de allí. Que siempre viviría en el exilio. Como todos aquellos hombres y mujeres, que sufrían solos. Como habían sufrido los judíos en el corazón de Europa hacía tan sólo unos años. Eran los *petits blancs*. Como él, que había crecido en el barrio argelino de Belcourt. Gente en su mayoría algo menos pobre que la mayor parte de los árabes, pero sin posibilidad de visitar la metrópoli más que para ir a hacer la guerra, a morir por los franceses, que luego no querían saber nada de ellos. De todos aquellos Fernández, esos López y Segura que se pretendían franceses.

Qu'est-ce que c'est que tous ces Fernandez, ces Lopez et autres Segura qui se voudraient français? Eran africanos para los europeos. Y europeos para los africanos. Y europeos de segunda, por no decir despreciables, para muchos de sus compatriotas del Hexágono. No eran nada. Y acabarían por dejarles sin tierra, no en el sentido de propiedad, algo que la inmensa mayoría de ellos no tenía, sino en el más profundo, en el de las raíces. Les dejarían a la deriva. O muertos. Metidos en cajones, alimentando aquella tierra que tanto amaban. La maleta o el ataúd. Ésa sería la alternativa a la que se verían enfrentados. Hacía años que aquellas palabras se veían escritas en los muros de toda Argelia. *La valise ou le cercueil*. Los más huirían. Algunos con maletas elegantes, de piel, con cierres herméticos. Otros muchos las llevarían de cartón, atadas con una cuerda. O escaparían con simples fardos de ropa a la espalda, enrollados en el interior de una sábana o de una colchoneta. Llenarían los paquebotes, el *Ville d'Oran*, el *Ville d'Argel*, el *Kaoirouan*, el *Mansour*, y se alejarían de la costa con un nudo en la garganta.

Algunos se taparían el rostro para que no les vieran llorar. Hombres viejos, con la cara llena de arrugas, curtidos por el sol. Con boina. Con cachava. No sólo llorarían las mujeres, tirando del brazo de sus hijos para llevárselos de allí. Las ancianas, con un pañuelo a la cabeza anudado en la barbilla. O el moño recogido con un peinecillo de concha, desgastado por el uso. Y, entre ellos, árabes vestidos a la europea, con turbante, también junto a sus hatillos. No volverían a ver la tierra en la que habían nacido sus antepasados, cinco o seis generaciones, la tierra en la que vivían desde hacía años y años y que cada vez se iba quedando más y más lejos. Blanca, como un festón de espuma en el horizonte. Otros se quedarían. Muchos para morir. Les cortarían el cuello. O los acuchillarían. A los niños les romperían el cráneo. A golpes. Cogiéndolos por los tobillos y estrellando la cabeza contra una pared blanca. Como tomates maduros. Los hijos de los perros. Y en Francia nadie querría saber nada de ellos. Hasta les recibirían en el puerto de Marsella con gritos y pancartas para que se volvieran al mar. Que se vayan a Brasil. O a la Argentina, corearían.

No darían nunca el derecho de ciudadanía a los árabes, la igualdad que merecían y que podía ser el principio de la solución. Y ahora la independencia y el sálvese quien pueda parecía para muchos la única salida, cuando no era más que la más rápida y la más fácil para ellos. ¿Qué haríamos con todos esos moracos en el Parlamento?, se atrevían a decir algunos en el gobierno. Eran muchos. ¿Y quién querría que Colombey-les-deux-Églises acabe siendo la de les-deux-Mosquées?, decía más de uno. Por otro lado, si hubiera que indemnizar a todos esos Ortega y a esos Barral que dicen ser franceses, ¿de dónde narices sacamos el dinero?, se preguntaban otros. El mismo había hablado con el presidente de la República. Sabía lo que pensaba. Sabía lo que decía. Lo que una gran mayoría en la metrópoli. En toda Francia. Ahora que Argelia costaba más de lo que daba, que se las arreglaran ellos solos. Pueden llamar a filas a mi hijo. A un Durand, a un De la Villiere, a un Bernard, a un Gaillard. Para defender a un millón de colonos enriquecidos...

No todos los franceses de Argelia eran unos brutos sedientos de sangre, aunque algunos gritaran reclamando sanciones para responder a los ataques sufridos. *Frapper vite et fort*. Como tampoco todos los árabes eran asesinos maniacos. En cualquier caso, matar indiscriminadamente no era la manera de conseguir una independencia que algún día pudiera llegar a ser pacífica. Le habían hablado de las redacciones de treinta alumnos árabes de entre once y doce años a los que el profesor les había puesto como tema la siguiente pregunta: ¿Qué haríais si fuerais invisibles? Todos ellos habían confesado su deseo de coger las armas y matar a los franceses, a los paracaidistas, a los representantes del gobierno de la metrópoli. ¿Qué futuro se podía esperar con semejantes premisas? ¿No quedaba más que el silencio para tratar de no hacer daño? Cada palabra que se decía en París podía costar muchas vidas al otro lado del mar.

Allí, agobiados por la miseria y el hambre, la mayor parte sufría con un dolor que nadie expresaba. Eso era lo que se había propuesto explicar en su libro, pero tenía miedo de no lograrlo, de no saber hacerlo, de no disponer del tiempo necesario. Estaba enfermo, cansado, solo. Pensaba cada vez más en su infancia con una nostalgia dolorosa, un sentimiento que de algún modo parecía anunciar el final de una vida. Y en la muerte. Tal vez no pudiera terminarlo. Tal vez alguien se lo impidiera. El pánico a veces se apoderaba de él, como en aquella pesadilla que poblaba sus sueños desde niño. Pero una vez más Jacques hizo un esfuerzo y volvió a tomar la pluma. Tenía poco tiempo. Y debía aprovecharlo. Cada vez dormía menos horas. Cada vez se encerraba más. Solo, con las palabras. Él, que no era una persona solitaria. Que gustaba de estar con otros. Y de escuchar lo que tuvieran que decir, aunque no se pareciera en nada a lo que él pensaba. Sólo así podía uno acercarse a la verdad en aquel mundo empeñado en ver las cosas en blanco y negro.

Ahora vendrían las represalias. Las detenciones en masa, a bulto, ya habían

empezado. Y poco después empezarían las ejecuciones en la cárcel de Barberousse, allá en lo alto, sobre la Casbah. Casi de noche. A escondidas. Unas ejecuciones que se pretendían ejemplares y que, sin embargo, se llevaban a cabo en medio de la oscuridad y casi del secreto. Los demás presos golpeaban los barrotes y cantaban a gritos, mientras aquellos hombres caminaban tambaleantes hacia el patio. Jacques se llevó la mano al cuello. No conseguía quitarse aquel dolor. Y por las noches, en cuanto cerraba los ojos, le visitaban los condenados, llevando la cabeza que habían perdido bajo el filo de la guillotina cogida por la boca. El pelo se lo habían cortado la víspera de la ejecución. Pedían clemencia, que alguien pusiera fin a aquella manera tan cobarde de entender la justicia que nunca acabaría con el crimen. Jacques se acercó a la ventana con los brazos levantados y ambas manos en la nuca. Inclínó un poco la cabeza hacia delante, y dándose un masaje, miró hacia fuera. El crepúsculo estaba cayendo sobre la ciudad.

Un silencio absoluto, una calma que no solía haber a ninguna otra hora del día, se apoderaba de cada centímetro de París, como si todo el mundo se hubiera detenido para contemplar aquel espectáculo que, con infinitas variaciones, se repetía cada atardecer. Las nubes se habían teñido de rosa, de naranja, de rojo. Es la sangre de todos los condenados a muerte que mancha el cielo, pensó. Y las palabras de su abuela volvieron a resonar en su interior. Terminarás en el cadalso, le decía con frecuencia. Por qué no, aquello ya no tenía nada de excepcional. Ella no lo sabía, pero tal como era, nada la hubiera sorprendido. Erguida, con su largo vestido negro de profetisa, ignorante y obstinada, había dominado más que nadie la infancia de Jacques. Pero por lo menos ella no había conocido nunca la resignación.

LOS HIJOS DE CAÍN

La villa sobre el mar se abría bajo el cielo como una boca, con sus fachadas blancas y las maderas de las ventanas y de las puertas pintadas de azul. Un carrito de helados estaba estacionado en la acera, con sus dos grandes ruedas y sus patas traseras apoyadas en el asfalto. El vendedor, con chaqueta blanca impecable, se había sentado a descansar en una silla, con la pala de helar de pie frente a él agarrada con ambas manos. Junto a él, una mujer con delantal sobre un vestido de flores sostenía en sus brazos a una niña de unos dos o tres años. El ayudante, envuelto en una chilaba oscura, se había parado también a tomar un respiro, aunque a cierta distancia y en cuclillas. El carrito era de madera pintada de blanco, con leyendas en francés. *Glaces. Sorbets. Citronnades.* La Ibense, se leía por todas partes. Era el negocio de una familia de Alicante que hacía tiempo se había venido a helar a Argelia, pasando por Orán, Tlemcén y Medea, para acabar recalando en la capital. A aquella hora de la tarde, después de haber recorrido buena parte de sus calles y de haber estado vendiendo helados por las playas, se encontraban ya de vuelta junto a la heladería, decorada con pinturas de pingüinos, justo al lado de una de las muchas funerarias de Argel, uno de los mejores negocios en aquella ciudad.

Sentados a una de las mesas de un café, un poco apartados de los demás, dos argelinos tomaban té en pequeños vasos de cristal con filigranas doradas. A su alrededor, la gente bebía un líquido blanquecino, algo turbio. Las mesas estaban cubiertas de platillos llenos de color. La *kemia*. Altramuces, garbanzos, aceitunas al hinojo, granos de maíz, berenjenas... Muchos jugaban a los dados o a las cartas. En el mes de junio en Argel el calor puede ser excesivo, más aún si sopla un viento del sur, procedente del Sahara. Algunos lo combaten con refrescos y otros con bebidas calientes. Saddok conocía al dueño del café y había reservado varias mesas para poder hablar con tranquilidad. Por su parte, Kamel acababa de sacar el periódico y lo había desplegado sobre el mármol. En el atentado del lunes murieron tres niños, comentó. Una chica de catorce años. Uno de diez. Y el más pequeño sólo tenía seis. A los zorros hay que matarlos desde pequeñitos, gruñó Saddok y levantó la vista. Allá arriba se alzaba la Casbah, blanca y revuelta. Y se veían los cipreses del cementerio de El-Kettar.

Casi nunca se trata de colonos, ni siquiera de hijos de colonos. Además, siempre hay musulmanes entre las víctimas. Y mujeres. Así no somos muy distintos de aquellos contra quienes nos hemos propuesto luchar. Todo este asunto se nos está yendo de las manos. Al contrario, de eso se trata. Precisamente. Acción y reacción. Saddok era inflexible, no parecía tener la más mínima duda. Un jefe no debía

tenerlas. Pero ¿podía? Habiendo partido de una protesta indignada ante el sufrimiento, ahora aceptaba el crimen con la indiferencia de los dioses. Kamel, en cambio, se permitía cuestionar el rumbo de la Historia. Y le gustaba hacerlo ante uno de sus superiores. Tenemos que atraer la atención de todo el mundo, siguió diciendo Saddok. Sólo por medio de la injusticia podremos hacer justicia. Desde el momento en que matas, ya no puedes detenerte, replicó Kamel. Te conviertes en una máquina. En una bestia que va en pos de cualquier rastro de sangre.

Le gustaba estar allí sentado. Ver las legiones de mujeres calzadas con sandalias y vestidas con tejidos ligeros de vivos colores mientras subían y bajaban por la calle. Iban para eso. Para que las admiraran. Aquél era uno de los mejores observatorios de la ciudad, junto con las playas. Y se podía ir allí cualquier día de la semana, aunque el domingo había más gente, porque en Argel los domingos casi nadie se quedaba en su casa. Un limpiabotas se acercó hasta ellos con su caja de latón al hombro. El metal destelló bajo los rayos del sol. Los remaches que adornaban cada uno de los compartimentos para las cremas, los cepillos y los trapos relampaguearon. Y el vidrio grueso de los botes, largos, con formas que se adaptaban a cada recoveco de la caja. Saddok lo ahuyentó con un gesto de la mano y el limpiabotas fue a atender a una pareja de turistas que se había sentado unas cuantas mesas más allá. Sacó varios cepillos, tres clases de bayetas, el betún mezclado con gasolina.

¿Para qué me has hecho venir?, preguntó Kamel, sin quitar ojo a la operación. Le gustaba observar el espectáculo de aquellos hombres enamorados de su oficio, pero en aquel preciso instante llegó el camarero trayendo la bandeja con una nueva jarra de té. Y otro oficio atrajo su atención. La jarra de metal repujado, pesada, echaba humo. Había que agarrarla por el asa con un trapo de tela gruesa para no quemarse. El joven camarero vestido de blanco escanció con calma el líquido de un amarillo verdoso, con lo que el té crepitó sobre las hojas de hierbabuena y el azúcar, que se derretió enseguida. El intenso aroma cubrió por un momento todos los demás, sobre los que hasta hacía un instante predominaba el del asfalto reventado por el calor del sol. Desaparecieron el del anís y aquel ligero olor a sangre que venía de una carnicería cercana. *Boucherie Chevaline Arregle et Parrin*. Con su cabeza de caballo en madera pintada sobre la leyenda. En la parte superior del líquido se formó un festón espumoso, en cuyas burbujas resplandecieron los colores del arco iris, en pequeñísimos reflejos, y en el cristal apareció una bruma de vaho que enseguida se aclaró, haciendo que, transparente, ahora brillara con más fuerza.

Saddok y Kamel alzaron los vasitos, colocando con cuidado el pulgar en el borde superior y el dedo corazón en la base del cristal. Y fueron bebiendo a pequeños sorbos. Se podían pasar horas sentados sin pedir nada más, rellenando el vaso, saboreando y aspirando el olor de la hierbabuena y del azúcar. El de los piñones tostados que a menudo añadían a la mezcla. La lucha se va a recrudecer. No sólo

aquí, también en la metrópoli. Tenemos que defendernos allí de la saña con la que nos machacan aquí. Por eso, a partir de ahora te queremos en Francia. Eres una persona instruida, con estudios. Hablas un francés perfecto, sin acento alguno. Como un verdadero «pato». Como un francés de pura cepa. Mira, ¿no es ése Kid Avion?, le interrumpió Kamel, al que le gustaba hacer creer que no escuchaba, que estaba más pendiente de lo que ocurría en torno a él. Un vendedor de lotería pasaba en aquel momento entre las mesas del café. No, no es él, se dijo Kamel en voz alta, aunque me lo ha recordado. Antes de boxear, Kid empezó así, vendiendo lotería por las terrazas de los cafés. ¿Lo sabías? Saddok no contestó, ni siquiera miró en aquella dirección. Podía haber acabado de la misma manera, prosiguió Kamel en tono melancólico. Aunque, pensándolo bien, tampoco es una mala vida. En fin, veo que no eres aficionado al boxeo.

Saddok debía de despreciar a todo el género humano, no sólo a los colonos, con los que estaba en guerra permanente. ¿No había nada en el mundo que pudiera despertar su entusiasmo, excepto la causa por la cual luchaba? Y, ¿cuál es el objetivo en esta ocasión? No creo que me hayas hecho venir hasta aquí si no es para darme una información verdaderamente importante. Se trata, sí, de un encargo muy especial. De un hombre de cierta relevancia pública. Esta vez Saddok sí que miró a su alrededor y comprobó que nadie les estaba observando, que nadie escuchaba. Pero no era más que afectación, una manera de darse aires. A nadie le importaba lo que estuvieran hablando entre ellos. Como también era una tontería innecesaria lo de las mesas vacías a su alrededor. Aquel cinturón de seguridad. Debía de tratarse de una cuestión de estilo, una costumbre bastante arraigada entre quienes formaban parte de la organización, independientemente del escalón en el que se encontraran dentro de la complicada estructura. El secretismo era parte del juego.

Saddok metió la mano en uno de los bolsillos de su chaqueta y sacó una fotografía que debía de haber recortado de algún periódico o de una revista. Estaba un poco arrugada, y en ella aparecían varias personas. Kamel alargó la mano para verla mejor. Vio a tres hombres sentados en torno a la mesa de un café, una mesa minúscula con los cantos de metal, repleta de platillos, vasos vacíos, una cubitera, una cajetilla de tabaco y una jarra de cristal. El rostro de uno de los hombres, el del único que miraba hacia la cámara, estaba marcado con un amplio círculo de color rojo. Alguien lo había trazado con un lápiz grueso. Se trataba de un hombre delgado, de tez pálida, cabellos castaños, con el rostro huesudo y un poco asimétrico, la frente amplia y una mirada pensativa. Rondaría los treinta. Llevaba las solapas del abrigo levantadas y una bufanda blanca remetida por dentro. Tenía un pitillo en una mano, debajo de la mesa. La otra, levantada y abierta, como su boca, en ademán de estar hablando. Un segundo hombre, fuerte, con traje y corbata, un cigarrillo en los labios, miraba hacia la mesa contigua. El tercero, con abrigo, estaba de espaldas.

Otro hombre al que había que eliminar. Kamel observó la imagen con más detenimiento, buscando el doble destello, como el limpiabotas después de pasar la bayeta por el cuero una segunda vez. También él era un profesional, empeñado en ver hasta la parte oscura de las cosas, de cada asunto. Tras el rostro teñido de dulzura, se adivinaba una grieta provocada por una melancolía y una ansiedad que parecían habitar sin pausa en el interior de aquel hombre. Saddok carraspeó, sin duda tratando de sacarle de su ensimismamiento, ansioso por conocer su opinión. Tiene la mirada de los hombres de la arena, se limitó a decir Kamel. ¿Qué diablos significa eso? A Saddok no le gustaban los tintes líricos que a veces adquiría la conversación de Kamel, el tono enigmático de algunas de sus observaciones, como tampoco que no contestara de inmediato a sus preguntas, sino que se quedara en silencio, con aire de estar sopesando cada una de las palabras con las que le iba a contestar.

Que es un hermano, respondió por fin con gesto grave. Los ojos de Saddok brillaron como con fiebre, pero fingió no haber oído y siguió informándole con objetividad. Ahora vive en París, aunque viaja a menudo y cambia con frecuencia de domicilio. Es un hombre inquieto. Trabaja en varios sitios a la vez. Incluso hasta altas horas de la noche. Sé perfectamente de quién se trata. ¿Por quién me tomas?, protestó Kamel, al tiempo que dejaba la fotografía sobre la superficie de mármol. Y, por cierto, podíais haber buscado alguna foto más reciente. Ésta tiene más de diez años. Saddok ignoró su puntilloso comentario. Sí, ya sé. No sólo has estudiado, sino que lees los periódicos y conoces a todo el mundo. No se equivocaba. Kamel estaba al tanto de todo. O de casi todo. Por eso era tan valioso para la organización, a pesar de su actitud, a menudo arrogante y hasta de desafío. Por eso no había necesitado preguntar el porqué de aquel objetivo concreto. Ben Bella lo había escrito en el 55. De su puño y letra. Él mismo había visto el documento. Había que eliminar a todas aquellas personalidades que pudieran desempeñar un papel importante como intermediarios. Cerrar las puertas a la tercera vía.

Liquider toutes les personnalités qui voudraient jouer à l'interlocuteur valable. A algunos intelectuales convenía eliminarlos, y no sólo desde el punto de vista ideológico. Es verdaderamente bueno, pensó Saddok. Apenas había que explicarle nada. Tan sólo transmitirle las instrucciones. Los demás cumplían su cometido casi sin saber lo que hacían. Él, no. Y por eso nunca fallaba, porque su cerebro siempre iba más allá. Tal vez incluso supiera que aquel hombre había sido amigo de Saddok, en otro tiempo, cuando ambos militaban en el mismo partido. Después se habían distanciado. Pero Kamel no dijo nada al respecto, y Saddok respiró con alivio. En lo más hondo de su alma sabía que aquello era una traición. Hay que ponerle un nombre en clave, prosiguió inflexible. Y ése será también el de la operación. Los suyos, los de Saddok y Kamel, también eran nombres que tan sólo servían para moverse en la clandestinidad, y volverían a cambiarlos cuantas veces fuera necesario.

Golan. Llamémosle Golan, dijo al cabo de unos segundos Kamel, quien a los únicos que de verdad despreciaba era a los judíos, que se habían instalado en Argelia mucho antes que los franceses. Y que los árabes, en realidad. Los asquerosos *goumis*, pensó. De acuerdo, dijo Saddok y, echando una ojeada a su alrededor, se quedó contemplando la pared exterior del local, cubierta de jaulas en las que los canarios trinaban y revoloteaban de un lado a otro en su minúsculo encierro, una costumbre de muchos cafés en la ciudad de Argel. Allí, entre todas aquellas jaulas, había un cartel de Orangina, en el que una pelirroja sin más atuendo que una falda hecha de hojas verdes y un sombrero del mismo material, como una india con la cabellera en llamas, brincaba por el aire abrazada a una naranja gigante. *Nouvelle Boisson Gazeuse*. A Saddok le gustaban los pájaros e incluso había desmenuzado un poco de pan para acercarse a darles de comer, pero al ver a la volátil pelirroja dio un respingo. Mal comienzo para una operación, sentenció Kamel, riendo. Sabía que muchos consideraban a las personas con el pelo rojo como portadoras de mala suerte. La marca de Caín. Él no era supersticioso, pero le divertía que otros tuvieran aquella debilidad para poder burlarse.

Aunque son sólo los hombres con el pelo rojo los que traen mala suerte. Las pelirrojas, nunca, sentenció en tono de burla. De modo que sí, más allá de la causa por la que luchaban, había algo que despertaba el interés de Saddok, algo que hablaba a su corazón. Los pájaros le habían llevado a aquel café, no sólo el hecho de que conociera al dueño y allí se sintiera más cómodo que en otros sitios. Los pájaros atraían su mirada. Incluso le volvían un poco generoso. Kamel le observó. Y en un instante esbozó su retrato. Rígido, con las uñas negras y una expresión de amargura siempre acurrucada en el rostro. A veces en la mirada. Otras, entre los labios. Y casi siempre en la nariz, con la que parecía olisquear cada objeto y a cada persona que se acercara a menos de dos metros de distancia. Amo los pájaros, las violetas, la boca fresca de las muchachas jóvenes, imaginó que decía extasiado. De cuando en cuando, resulta refrescante. Y además soy un idealista... Kamel sonrió. No, las mujeres no le interesan mucho, observó. Ni siquiera las de carne y hueso, y menos aún las de papel. Él, en cambio, se enamoraba hasta de los carteles. Mala señal. Apenas mira cuando una mujer pasa cerca de él. Sólo lo hace si se aproxima demasiado.

Será un trabajo fácil, dijo por fin, aceptando la misión que se le encomendaba con aparente docilidad. Se trata de una sola persona. Una persona pacífica, además. Basta con que venga por Argel. Al fin y al cabo, su familia aún vive aquí. No tardará en aparecer. Tal vez para participar en algún acto público. E imaginando el momento, deleitó a Saddok con algunas posibilidades. Un golpe de fusil en la nuca, y su cadáver aparecería en una esquina cualquiera de la ciudad. Un buen final para alguien que había participado en la Resistencia. Una cuchillada por la espalda. En una calle solitaria, durante la noche. O mientras da un paseo por alguna de las playas de los

alrededores, apurando un cigarrillo. O un tajo en la garganta. Saddok sacudió la cabeza. No, no. Nada de eso. Tiene que parecer un accidente. Por eso debemos esperar el momento oportuno. Prepararlo con tiempo. Cada detalle. Naturalmente, somos unos asesinos delicados. Kamel vio cómo Saddok torcía el gesto y le miraba con expresión de desafío. Era una broma, le dijo. Nosotros no lo somos.

¿No has dicho antes que lo que debemos hacer es atraer la atención del mundo entero? Siempre que podía, Kamel le llevaba la contraria a su interlocutor. Era una de sus estrategias. Una de sus manías. Así conseguía más información de la que estaban dispuestos a ofrecerle. Y lo vamos a hacer. Pero en este caso tenemos que ser discretos. Se trata, como sabes, de alguien importante. Y no queremos mártires de semejante calibre en una causa que no es la nuestra. Se te irán dando instrucciones en cuanto te hayas reunido con tu compañero en Marsella. Entretanto, tendréis otras misiones que cumplir. Kamel dio un par de tragos a su vaso de té. ¿Quién es? Saddok levantó la mano para pedir la cuenta. ¿Tu compañero?, preguntó. No le conoces. Un joven argelino entrenado en Francia. En una escuela técnica cerca de París. Lo sabe todo de mecánica y es conductor profesional. Sí, aquél era el único defecto de Kamel. No sabía conducir. Era consciente de ello, pero al fin y al cabo le apasionaba tener chófer. Así se sentía importante. Tampoco él estaba libre de aquel deseo que en otros siempre le resultaba ridículo.

Un novato. No me digas más. No sólo le gustaba llevar la contraria, sino también provocar. Que no creyeran los jefes que todo era tan sencillo. Que lo tenían todo controlado y no se les escapaba un solo detalle. Será un trabajo fácil, como tú mismo has dicho, pero tan sólo en el momento de actuar. Hasta entonces, cuidado. Mucho cuidado. Saddok hizo como si no hubiera oído su comentario sobre el compañero que le asignaban y del que no sabía nada. No merecía la pena. Necesitaba a alguien que le ayudara a desplazarse una vez en el continente. Además, los coches se estropeaban con frecuencia. No era raro que se produjeran calentones. De ahí, la importancia también del mecánico. Y aquel hombre reunía ambas facetas. Hacía poco que una operación con bombas de relojería se había frustrado por culpa de un motor que se gripó. El comando había tenido que deshacerse de los artilugios dejando que explotaran en otro lugar.

En cualquier caso, añadió Saddok, tan sólo lo haréis cuando estemos del todo seguros. De modo que no correremos ningún peligro, volvió a protestar Kamel, que no parecía entusiasmado con aquella nueva misión. Y, sin embargo, empiezo a echar de menos el riesgo. En la Rusia de principios de siglo habríamos tenido que esperar a nuestro objetivo en una esquina y haberle arrojado una bomba entre las piernas. Kamel era un romántico. Hasta para hacer pedazos a la gente pensaba que había que tener estilo. Tanta materia gris en el cerebro y de pronto parecía despreciar la premeditación y la idea del crimen perfecto. Tal vez repitiera palabras que había

escuchado de labios de algún actor sobre el escenario de un teatro cualquiera. Las palabras de un justo indignado frente al rumbo inexorable que tomaba la justicia cuando un grupo de justos indignados como él se la tomaba por su mano. Saddok nunca sabía si estaba recitando algo que había leído o si de verdad decía lo que pensaba. O tal vez ambas cosas.

Será mejor que te calles. Alguien podría oírte. Kamel hizo caso omiso de la advertencia de Saddok. Echo de menos el riesgo de ver la mirada de mis víctimas, prosiguió. El de que alguien nos pudiera ver a nosotros. Así a veces me siento culpable. Y cobarde. Más aún si mueren niños o mujeres. Y en cierto modo me parece que es como si no hiciéramos nada. Tampoco nadie se acordará de nosotros. Los conquistadores en ocasiones se muestran melancólicos. Kamel lo hacía con demasiada frecuencia. Por otro lado, pensaba, si era capaz de hacer todo aquello, ¿qué le podía detener? ¿El miedo a su propia muerte? Era el maldito deseo de inmortalidad. La tentación de jugar a ser Dios. Mira qué mujer más guapa, exclamó en aquel momento, estirando mucho el cuello para poder contemplar mejor el blanco en el que había fijado la retina. Ya no veía nada más. Y por una vez también Saddok mostró cierto interés. ¿Dónde? Allí, mira, la que va con un chico que lleva un loro en el hombro. Saddok siguió la dirección de su mirada. Kamel nunca señalaba con el dedo. Y a Saddok sin duda le cautivó aquel nuevo ejemplar con alas y plumas, pues se puso a emitir diferentes sonidos para atraerle.

Una mujer y un muchacho alto y delgado con un loro de color gris sobre su hombro izquierdo pasaban en aquel instante por allí. *Glaces, sorbets, citronnades*, leyó Antoine en cuanto vio el carrito con sus tapaderas de metal brillando al sol. Madre, ¿me compras un helado? Debía de estar sediento. Desde el momento en que vio aquella pierna colgada en el árbol del patio de su casa no había vuelto a comer, ni a beber apenas, y no había pronunciado ni una palabra, a diferencia del loro, que, aunque casi no decía nada, tan sólo saludaba, repitiendo siempre el nombre de Antoine, no paraba de imitar sonidos. Antoine parecía enfadado consigo mismo. Tal vez se sintiera culpable por haber salido indemne de aquello cuando otros habían perdido la vida o se encontraban en el hospital. Y se había quedado como en trance, hasta aquel momento, en que pareció despertar de improviso al ver el carrito. La mirada que le dedicó Marie lo decía todo. No hacía falta que dijera nada, pero quiso explicarse. No puedo, Antoine. Una sonrisa trató de suavizar la negativa. Hasta que no me pague madame Praneuf... Le debía todo el mes. Siempre se retrasaba en el pago y a ella le daba vergüenza recordárselo.

No puedo, Antoine. Lo había dicho en voz baja, pero la alicantina tenía muy buen oído. Rápidamente dejó a su hija en el suelo y le hizo un gesto al chico para que se acercara. ¿De qué quiere el helado este chaval tan guapo? Mi marido le va a invitar. ¿Verdad que sí, Miquel? Antoine se ruborizó, aunque le faltó tiempo para pedir un

helado de vainilla. El hombre dejó a un lado la pala de helar, levantó una de aquellas cúpulas de acero inoxidable y hundió dentro el cucharón para servir el helado. Da las gracias, Antoine, dijo madame Cardona a su hijo, que ya se disponía a pasar la lengua por la superficie fría y cremosa, cuando *Calígula*, que acababa de ver a la hija de la heladera, con su vestido blanco y un par de lazos en el pelo, soltó un grito. Revoloteando lo más lejos que pudo, fue a posarse en el borde de una de las mesas de la terraza del café, precisamente aquella a la que estaban sentados dos árabes vestidos a la europea, algo apartados de los demás. Antoine le pasó el helado a su madre y echó a correr para intentar alcanzar a su mascota. Marie le siguió. Saddok alargó el brazo e intentó acariciar aquel plumaje de color gris, pero el loro, antes de que su amo pudiera llegar hasta allí o el desconocido rozarle, pegó un salto por encima de la mesa y le arreó un picotazo al otro hombre, al que no había quitado ojo en ningún momento.

Bicho sanguinario, gruñó el joven poniéndose en pie y llevándose una mano a la nariz, mientras la otra dudaba qué sacar del bolsillo de la chaqueta. Al fin eligió un pañuelo, que desplegó con la mano que le quedaba libre y con el que se apretó la cara. No tardó mucho en cambiar de color. ¡Maldito pájaro!, exclamó, esta vez por debajo de la tela. Y apretó el puño de la mano que le quedaba libre, para contener su ira. No le gustaba llamar la atención. Antoine hizo un gesto para que el loro volviera con él. Se llama *Calígula*. Su madre, que en aquel momento llegó junto a él, le puso una mano en el hombro. Calla, Antoine, murmuró, casi en un susurro, y, tirándole del cuello de la camisa, trató de llevárselo de allí. Calla. O nos meteremos en un lío. Quiso pedir disculpas, pero lo pensó mejor e hizo todo lo posible por alejarse de allí cuanto antes con su hijo. Sabía que entonces el loro iría a posarse de nuevo en el hombro de su amo. Me va a quedar una marca, murmuró Kamel por debajo del pañuelo. No exageres. Te pones un esparadrapo y tal vez hasta tengas más éxito. Quizá te tomen por Kid Avion, aprovechó Saddok para bromear, pero viendo la cantidad de sangre que empapaba ya el pañuelo, se dio cuenta de que no iban a tener más remedio que ir al hospital.

Vámonos al Mustaphá. Buscaré al doctor Rieux, dijo Kamel. Habían discutido con frecuencia por la deriva que tomaba el movimiento en el que se había ido metiendo él. Odio la muerte y el mal, le había gritado en una ocasión, fuera de sí. Pero era un hombre generoso, y cuando se trataba de la salud de Kamel o de la de su madre siempre le había ayudado. Gracias a él había podido estudiar, a diferencia de la mayoría de sus compatriotas. Saddok cogió la fotografía de encima de la mesa y la dobló con cuidado, preocupándose de que quedara tal y como estaba antes de que él la sacara. Después comenzó a romperla en pedazos cada vez más pequeños y se los guardó todos en el bolsillo de la chaqueta. Mientras tanto, Marie, Antoine y el loro se alejaban de allí. Esos hombres son peligrosos, Antoine. Y nada más decirlo, se vio a

sí misma agarrando a uno de ellos por la solapa y gritándole a la cara lo que era. Asesino. Aquellos dos olían a carroña. Pero apretó el paso. Vámonos. Rápido. Antoine se detuvo de golpe. ¿No me habías dicho que no diera la espalda a los que no son como yo? Pero tienes que aprender a distinguir. Tanto leer y no ves dónde está el mal. Tú misma dijiste el otro día que el bacilo de la peste se encuentra en todas partes. Marie guardó silencio.

Tampoco ella podía considerarse una experta. Se había enamorado de un hombre que había matado a otro a tiros. Así. Sin más. Y ni siquiera había podido alegar que lo había hecho en legítima defensa. E incluso había tenido un hijo con él. ¿Has visto la fotografía que estaba encima de la mesa? Marie no se había fijado, pero Antoine podía describir cada detalle. Gracias a su memoria fotográfica. Con una rapidez asombrosa era capaz de encontrar un pasaje que se propusiera buscar en cualquier libro que hubiera leído. O una imagen. En aquella instantánea aparecían varios hombres, sentados en torno a la mesa de un café. Uno de ellos tenía el rostro rodeado con un amplio círculo de color rojo. Sé de quién se trata. Un escritor conocido. El otro día repetiste un pasaje de uno de sus libros de memoria. Lo había traído yo de la biblioteca. Su madre le dedicó una mirada vacía. Tal vez se hubiera perdido en sus recuerdos, en algún punto del pasado, pero de pronto alzó las dos manos y las puso sobre los hombros de su hijo, sin apartar los ojos, que parecían no ver nada. A toda velocidad, *Calígula* reculó hacia un lado y estuvo a punto de caerse. Siempre quiero decir tanto, que acabo por no decir nada, sentenció ella. Antoine sonrió y entonces su madre se atrevió a hablar.

No soporto la vida aquí. Ya sé que nunca he querido marcharme, pero está claro que tenemos que irnos. ¿Qué te parece el sur de Francia? Marie volvió a quedarse con la mirada perdida, como si esperara una respuesta o una señal, como si su hijo pudiera decidir por ella. Madame Vibert se marcha a Francia el mes que viene. Su marido y sus tres hijos, de momento, se quedan aquí, pero me ha ofrecido que nos vayamos con ella. Podría conseguirme un trabajo. Antoine sabía ya lo que era una palanganera y abrió mucho los ojos. Había buscado la palabra en el diccionario, donde no aparecía más que en masculino: mueble en el que se coloca la palangana para lavarse y a veces un jarro con agua, jabón y otros artículos para el aseo. No había entendido qué podía tener que ver aquello con madame Vibert, pero por casualidad poco después escuchó una conversación entre unas cuantas vecinas. Ahora sabía que trabajaba en un prostíbulo. Fue una mujer de bandera, oyó que decía la del primero. Pero la edad no perdona, había replicado otra, y ahora no es más que una palanganera. Alguna debió de poner cara de no entender, porque rápidamente añadió: La encargada de la limpieza en el Étoile d'Or.

OSCURAS QUERELLAS

Jacques no recordaba las causas del drama. Oscuras querellas dividían a veces a la familia, y a decir verdad nadie hubiera sido capaz de desentrañar los orígenes, sobre todo porque, como nadie tenía memoria, ya no se recordaban las causas, limitándose a mantener mecánicamente el efecto rumiado y aceptado de una vez por todas. De aquel día, Jacques tan sólo recordaba a su tío Ernest de pie delante de la mesa todavía servida gritando insultos incomprensibles, salvo el de *mzabi*, a su hermano, que seguía sentado y comiendo.

Se oyó un estruendo. Como el que hace una puerta al cerrarse de golpe, pero era imposible, estaba solo. No había nadie más en la casa. Hacía algún tiempo que se había mudado a aquel apartamento de alquiler, donde vivía separado de su mujer y de sus hijos, a los que visitaba muy a menudo. ¿Se habría dejado una ventana abierta y el viento la acababa de cerrar? ¿O era un eco del pasado? ¿Acaso aquel golpe venía de su interior? Jacques soltó la pluma, con la que estaba escribiendo, y apoyó los codos sobre la mesa. Después hundió la cabeza entre sus manos. El dolor, aquel dolor insoportable, volvía a invadir su alma. Y con él, reaparecieron en su memoria algunas escenas de hacía un par de años. No se sentía capaz de soportar otra vez el sufrimiento de lo que habían vivido entonces. Pero aún quedaban esquirlas que, de cuando en cuando, volvían a brillar por un instante o se clavaban un poco más hondo.

Cuántas veces no puedo casi ni respirar, pensó. Era la enfermedad, una tuberculosis mal curada contra la que llevaba luchando desde muy joven. Y en su interior, una vez más, estalló una andanada de reproches, como el granizo sobre un techado viejo, lleno ya de agujeros de anteriores tormentas. Reproches que no era necesario que nadie pronunciara. Él mismo era capaz de torturarse sin medida. El sentimiento de culpa podía llegar a ser como una enfermedad. Y el recuerdo de aquel día en el que su mujer se había acercado demasiado al balcón volvió a invadir todo su espacio. La había abrazado fuerte y había conseguido meterla otra vez en casa, pero al final no tuvo más remedio que llevarla a un hospital, donde acabó por quedarse una larga temporada. Allí, llorando, había hablado de María. Una y otra vez. Como un condenado a muerte, sólo era capaz de alojar un pensamiento en su cerebro. Siempre el mismo. Siempre encorvada bajo su peso. Y sus hermanas y su madre le habían echado toda la culpa a él. A sus infidelidades. Había que buscar un responsable, y sólo uno. Un culpable. Nadie mejor que él.

Aquella era una tarea que a veces parecía más importante aún que la de encontrar una solución a los problemas. Más importante aún que el trastorno que debía de sufrir su mujer. Que su curación. Y todo aquello se había vuelto a repetir más de una vez.

En una ocasión incluso, no sabían si intentando escapar de la clínica en la que estaba ingresada o porque de verdad pretendía matarse, se había fracturado la pelvis. Entonces la enfermedad había sido doble, una emocional, apenas reconocible para sus familiares más directos, aunque amenazaba seriamente con llegar en cualquier momento a ser mental, y otra física. Después, su estado se había agravado siempre que debía enfrentarse a algún contratiempo, por pequeño que fuera. Como cuando su hija había caído enferma, aunque al final no había sido más que una escarlatina. Pero ella se había comportado como si se fuera a morir en cualquier momento.

Jacques no se sentía con fuerzas para pasar otra vez por todo aquello. Para revivir la pesadilla, una pesadilla recurrente a lo largo de su existencia. La de su primera mujer, de la que, drogadicta y fuera de sí la mayor parte del tiempo, no había tenido más remedio que apartarse. Ahora era diferente. Estaban los mellizos. Además, ella no era como la otra. No. Su mujer tenía toda la razón. ¿La tenía? Sí. Y al mismo tiempo no. Como él. Una mujer, entregada a todos los desgarramientos de la irracionalidad, incapaz del más mínimo control, puede llegar a actuar como un terrorista. Un mecanismo que ponía en marcha la desesperación, la sensación de no tener otra salida. Así, indiferentes a la justicia, a la razón, llegaban a comportarse como si creyeran que cualquier vía era válida para conseguir su objetivo. Que el fin justificaba los medios. Y con ellos buena parte de la sociedad. Tal vez creían que no se podía hacer otra cosa. Que a toda costa tenían que hacer lo que hacían, aun a riesgo de su propia integridad y de la de los demás.

Y, sin embargo. Sí. Asténica, atiborrada de medicinas, temblando como una tela de araña bajo la lluvia, había llegado a pesar poco más de cuarenta kilos. Se había convertido en un saco de huesos y nervios, con los ojos desorbitados. El cuerpo le temblaba y cada tendón, cada arteria, cada vena, se le marcaban en la piel, cada día más pálida y cada vez más triste. A él, el médico le había recetado libertad y egoísmo. Amo demasiado la vida como para no ser un egoísta, se decía para convencerse, para despejarlas dudas, constantes, y durante mucho tiempo se había quedado sin inspiración, sin ánimo ni fuerzas para hacer nada. La saña de sus adversarios tampoco había ayudado. Aquellas risitas hirientes en los pasillos de su propia editorial. Aquellas invectivas que tenían más de insulto personal que de análisis de un texto. Más de proceso judicial que de crítica literaria. A la mayor parte los unía el temor a la opinión de los demás. Y se empleaban a fondo para que nadie sospechara que compartían las ideas de aquel por el que habían tenido la debilidad de sentir afecto. Lo que más temían era que los tomaran por reaccionarios. Así se volvían incapaces de pensar por sí mismos.

Dostoievsky lo había descrito de manera diabólica en una de sus obras. Como si se tratara de una fácil receta para un cóctel explosivo: Anime a cuatro de los miembros de un grupo a que denuncien al quinto con el pretexto de que se ha

desviado de la doctrina común o incluso a que lo maten con la excusa de que es un soplón. Los uniré la sangre. La izquierda ortodoxa sabía aplicar el ostracismo con más refinamiento que los mismísimos griegos. La excomunión, mejor que los papas. Y desde que Jacques denunciara públicamente los campos de concentración descubiertos en la Rusia de Stalin las miradas de soslayo y las risas extemporáneas habían ido en aumento. Por más que se hiciera el fuerte, debía reconocer lo mucho que le dolía el rechazo por parte de una gran mayoría de los que en otro tiempo habían sido sus amigos y camaradas en el combate en favor de la libertad y la igualdad. Aún recordaba la primera vez que había escuchado a un corrillo reír a sus espaldas. Fue como si hubiera oído cuatro disparos hechos al aire. Cuatro disparos que hubieran desgarrado el cielo, toda su vida.

A veces se preguntaba si no se estaría volviendo loco, pero, por suerte, los amigos que aún le quedaban confirmaban que lo suyo no era un delirio. René, Emmanuel, Michel. O su maestro de los tiempos en el instituto. Pocos más. Sus buenas amigas. María. Catherine. Mi. Y su mujer. También ella se contaba entre los pocos que se esforzaban por comprenderle. Había caído en desgracia. Porque de todo aquello ni siquiera se podía hablar. El mismo Jean Paul había lanzado su particular anatema. No hay que deprimir a Billancourt. Aquella fábrica de Renault sería durante mucho tiempo la mayor concentración obrera de Francia. La conclusión, una vez más, era que no se debía decir la verdad, por miedo a desmoralizar a la clase trabajadora. Tan paternalistas como el padrecito Stalin. No puede usted hablar de la depuración de los artistas en Rusia, porque eso beneficiaría a la reacción. Siempre lo mismo. Obstinar-se en negar la realidad para salvaguardar la ideología. Con esa manera tan suya de mirar con el ojo derecho unos crímenes, y denunciarlos, y con el izquierdo otros, para ocultarlos. Una moral estrábica.

Y la mayoría callaba. Por miedo a nadar contracorriente, por temor a ir en contra del sentido de la Historia. Bajo ningún concepto se podía ejercer la autocrítica, reconocer el propio error. Cuando se ha superado sin pestañear el dilema moral de si es lícito matar a otro hombre, el de si lo es mentir se deja para los niños de primaria. Entonces, partiendo de una teoría basada en la noción de autenticidad, y en su antítesis, que es la mala fe, se llega a la mentira sistemática. Así, al volver de un viaje a la URSS de Stalin, en 1954, se puede decir sin sonrojo que allí hay una completa libertad de crítica. Durante mucho tiempo Jacques no había podido ni tan siquiera trabajar. No había conseguido escribir ni una sola línea. Y aún tenía miedo de que pudiera volver a ocurrir. Cada vez que oía un portazo se sobresaltaba y revivía todo aquello. Entonces se había ido con frecuencia al fútbol y se había paseado por un París cálido y tormentoso. Después había ido a visitar a los amigos, sin fuerzas para hacer nada por sí mismo. Y sabiendo que no tenía ningún derecho a hablar de su desgracia, se había sentado en silencio y había escuchado todo lo que le decían, sin

prestar atención, sólo para oír hablar a alguien.

Entonces había pensado que si su mujer se curaba, cosa que deseaba con todas sus fuerzas, trataría de separarse de ella, con ayuda de su energía, y con ayuda también de su pesimismo, tan útil en determinadas circunstancias de la vida. Ahora vivían separados. Y poco a poco Jacques volvía a escribir. Él tenía la culpa. Y, sin embargo, no merecía aquello. Como no merecía la horca nadie en este mundo. Ya no estaba con María, pero lo estaría en cuanto volvieran a encontrarse. Después había aparecido Catherine, otra de las actrices con las que trabajaba. Y hacía poco, Mi, una rubia alegre y joven. Y durante algún tiempo había estado con las cuatro a la vez, sabiéndolo ellas. Una constelación de mujeres. Incapaz de dejar del todo a ninguna de ellas, de vez en cuando alguna parecía apagarse, pero enseguida volvía a brillar. Con fuerza renovada. Y, sin embargo, se había sentido vacío. Tal vez no estuviera preparado para un amor como el de su mujer, único. Tener la capacidad de hacer a una persona el ser más feliz del mundo y al momento siguiente el más desdichado de todos. ¿Era uno mismo quien tenía esa capacidad? ¿O eran los demás quienes se empeñaban en concedérsela a uno? ¿Por debilidad? ¿Porque sufrían algún desequilibrio? ¿O todo lo contrario, porque eran mucho más fuertes?

A veces le daba por pensar que había acabado hiriendo a tantos seres como había encontrado a lo largo de la vida. ¿No había hecho feliz a nadie? ¿Es que pocas personas tenían como él aquel don al parecer inagotable? De ser feliz casi en cualquier circunstancia. Apenas necesitaba nada. Matar en nombre del amor. Qué contrasentido. Matarse uno mismo. Matar a otro. Y a partir de cierto límite amar a un ser humano suponía matar a todos los demás. ¿Por qué tantas personas parecían no entender lo que él hacía tiempo había sentido frente a un paisaje, junto al mar, ante unas cuantas piedras? Allí en Tipasa había comprendido en qué consistía lo que debía de ser la gloria. El derecho a amar sin medida. No había, no podía haber un único amor. Aquella alegría extraña que descendía del cielo hacia el mar le había enseñado a amar a todos los seres. Sí, pero para eso era necesario estar solo. Completamente solo.

¿Por qué tantas personas se empeñaban en defender un sentimiento tan complejo como el del amor echando mano de cualquier método? Como pretendían conseguir algunos derechos fundamentales recurriendo a la fuerza, a la violencia. Contra los demás. Muchas veces, incluso contra sí mismos. Y, sin embargo, si uno se paraba a pensar, qué poco se necesitaba para ser feliz. Un niño descalzo, al sol, con todo el tiempo del mundo por delante para darle patadas a un balón podía ser perfectamente feliz. ¿Por qué la mayoría de los adultos eran incapaces de volver a alcanzar aquel estado? ¿Por qué les costaba tanto hacer de la vida un juego infinito? ¿Por qué se empecinaban en tener una sensibilidad maniquea? En todos los ámbitos de la vida parecían existir sólo el bien y el mal, el vencedor y el vencido. El blanco y el negro.

No sólo en un combate de boxeo o en un partido de fútbol. Había que tener razón si no se estaba equivocado. Y siempre era el otro el que lo estaba.

Pero bastaba pensar en la muerte para no hacer ningún reproche. Y, además, había que darse prisa. No podía uno quedarse dando vueltas en la noria de la infelicidad y de la tortura a través de los sentimientos. Cuánto la había querido. Cuánto la quería aún. Y cuánto la admiraba. Nunca dejaría de admirarla, de quererla. A pesar del daño que yo mismo le he hecho, sin querer. Pero eso ella no lo entendía. No lo entendería nunca. Sólo era capaz de ver que no la quería como ella quería que la quisiera. ¿Cómo puedes hablar de amor cuando eres incapaz de amar?, le había preguntado en cierta ocasión. No era una acusación. O al menos él no lo había interpretado como tal, sino como un intento desesperado por comprenderle. A veces parece que en el pecho no tenemos corazón. Y otras, que ahí dentro palpitan varios a toda velocidad. Ahora su mujer y él vivían como hermanos. Como hermanos que no viven juntos, pero que se dicen la verdad, que se respetan, que no tienen necesidad alguna de engañarse, ni de mentirse.

Libertad y egoísmo. Es lo que le había recetado el médico. Por eso, debía seguir con la novela, con la que se proponía empezar el tercer ciclo de su obra. Tal vez entonces entendería a los demás. Tal vez entonces también él comprendería. Primero había sido el absurdo. Con él, plasmado no sólo en narrativa, sino también en una pieza teatral e incluso en un ensayo, fue como cosechó la mayoría de sus éxitos. Después había pasado al ciclo de la rebelión, el que le había supuesto tantos sufrimientos y desengaños, tantas pérdidas. El distanciamiento con respecto a tantas personas, amigos e incluso desconocidos. Ahora tocaba el del amor. Quería recuperar su pasado, su infancia, aquel mundo sencillo del que había tenido que salir, pero que no olvidaría jamás y al que sentía que había traicionado. De algún modo, aquellos tres ciclos eran como las tres transformaciones del espíritu de las que hablara Zaratustra.

Del camello que, paciente, arrastra su carga como lo hacen Sísifo o las Danaides, condenadas a verter eternamente agua en un tonel cuyo fondo está agujereado, al león, que, con valentía, se atreve a decir no. El hombre rebelde que clama por un individualismo solidario. Y de ahí, al niño, capaz de jugar sin fin. El primer hombre. Jacques se asomó a la ventana y contempló el cielo oscuro y las estrellas. La Osa Mayor. Los árabes veían en aquella constelación una caravana. El Carro, que desde la Antigüedad ha servido de guía a viajeros y navegantes para localizar la estrella Polar y para saber dónde está el Norte. En la espalda de Mi él había encontrado esas mismas estrellas. Una constelación de lunares. Aquellas luces lejanísimas en el cielo llevaron a Jacques a recordar un episodio reciente. Algo que se suponía que daba un vuelco a la existencia de un escritor. Un giro completo en su destino. Aún no se había recuperado del todo de aquel suceso, que para otros era su mayor ambición y que a él

desde el principio le había provocado una profunda sensación de ahogo, claustrofobia, insomnio, ataques de ansiedad y pánico.

Una estrella enorme había resplandecido como una antorcha en medio del inmenso salón de actos. Hacía tan sólo unas semanas. Y a él le habían convertido en la estrella de una de las veladas, como decían, más importantes de la vida cultural de Occidente. Cenas, entrevistas, reuniones con otros autores le habían tenido ocupado durante la mayor parte del tiempo aquellos días. Y, sin embargo, ¿cuáles habían sido los mejores momentos durante la breve estancia en Estocolmo? El paseo, solo, por los muelles cubiertos de nieve, enfundado en un largo abrigo oscuro y cubierto con un sombrero también negro. Huyendo de los escaparates forrados con sus libros de arriba abajo en el centro de la ciudad, en idiomas incomprensibles para él, se había acercado hasta una barraca de feria para comprar un oso de peluche a sus hijos. Y sólo en un descanso en mitad de aquella ceremonia fría y envarada durante la que Jacques había hecho un esfuerzo titánico por no desentonar, llegó a sentirse como en casa.

Junto a sus amigos, Michel, Janine, Claude, Simone, y su mujer, todos ellos vestidos de negro, enfundados en un frac con pajaritas blancas, ellas con trajes largos, de colores muy pálidos, que las hacían parecer botellas de champán o de una bebida aún más cristalina y chispeante, Jacques había apurado un cigarrillo con placer. Aquel instante, riendo y charlando, después de todos aquellos focos iluminándole y de los aplausos que le habían ensordecido durante un buen rato, no lo olvidaría jamás. Su mujer estaba radiante, casi del todo recuperada después de tanto sufrimiento, mirándole con ternura. Él se había empeñado en que le acompañara. Había compartido con él los peores momentos y, por lo tanto, tenía todo el derecho a disfrutar de los honores. Y su mirada generosa y su sonrisa le habían acogido siempre que él se había vuelto hacia ella. Al día siguiente Jacques se había encontrado con la otra cara de la moneda. Con la mirada del odio en el rostro de un hermano.

Durante una charla en la Casa de los Estudiantes, un joven árabe le había reprochado su silencio con respecto a Argelia. Callaba ya desde hacía un año y ocho meses y tenía sus motivos, bien profundos. Jacques había optado por guardar silencio, para no dividir, para no aumentar el sufrimiento, aunque no había dejado de actuar. Y nunca lo haría. Muchos camaradas de aquel joven aún estaban con vida gracias a intervenciones de Jacques que él desconocía por completo. Gracias a las peticiones de indulto que había escrito para tantos condenados a muerte. Muchos de ellos culpables, sin duda, pero estaba convencido de que nadie merecía la muerte. Siempre he condenado el terror, le había dicho Jacques a aquel joven, argelino como él. Debo condenar también un terrorismo que se ejerce ciegamente en las calles de Argel y que pone bombas en los tranvías. Mi madre o alguien de mi familia podría encontrarse en uno de ellos. Si esto es la justicia, prefiero a mi madre.

Aquella última frase había sido el detonante. Daría la vuelta al mundo, deformada por unos y por otros, y a él no le dejarían en paz ni un minuto. Poner bombas en las paradas de autobús, en los tranvías, en un café o en un casino no es lo que él entendía por justicia. Contra eso es contra lo que había luchado toda su vida. Pero la frase, sacada de su contexto, se prestaba a tergiversaciones. Tal vez los ánimos estaban ya tan exacerbados que daba igual lo que hubiera dicho. El mecanismo histérico de la manipulación era capaz de dar la vuelta a cualquier argumento. ¡El amor antes que la justicia!, gritaba una revolucionaria rusa al final de una de sus obras de teatro. Sí. Estaba convencido. El amor y la justicia no debían separarse. Pero había muchos dispuestos a no entenderle. A no dejarle hablar, si era necesario. Ahora tendré más enemigos, había pensado en cuanto le dieron la noticia de que le concedían aquel premio que consideraba que no merecía en absoluto. Le parecía que aún se encontraba al principio de su carrera. Además de que había otros más dignos que él.

No se había equivocado. Ahora tenía muchos más enemigos. Jacques vio su reflejo en el cristal. El rostro alargado y un poco asimétrico con una colilla, como casi siempre, colgando de los labios. Aquel aire severo y triste. ¿Cómo podía seducir a nadie con aquella pinta? Y, sin embargo, tenía éxito con las mujeres. Era un misterio incluso para sí mismo. Se apartó de la ventana. Necesitaba salir a dar una vuelta. No podía permanecer tanto tiempo encerrado. Tal vez debería tocar a la puerta del apartamento de René y proponerle salir a ver la puesta de sol, pensó, pero su amigo no debía de estar en casa a aquellas horas, y el Sena a punto de acabar el año, con sus puentes llenos de luces navideñas, con aquellas barcas enormes surcando el agua en silencio, entre los árboles pelados y aquel aire frío e inhóspito, él no podía soportarlo. Le hacía pensar en su mujer, flaca, encogida y temblando, hecha un manojo de nervios, cuando un mes de noviembre hacía tan sólo unos años cruzaba por aquellas mismas calles con un grito ahogado en el corazón, sin ver el tráfico que la rodeaba.

Aquel grito representaba su culpa, su caída. La de Jacques, que había temido que una noche, sin saber muy bien lo que estaba haciendo, acabara por tirarse de cabeza en aquella corriente ancha y fría. Era el grito de una criatura frágil, desesperada, que de vez en cuando resonaba en su conciencia. Los niños, Bidasse y Mandarine, la habían mirado con miedo, incapaces aún de comprender, frente a un misterio de proporciones sobrehumanas. Al fin y al cabo lo que los niños quieren es jugar. Jugar durante todo el día. Y todo el año. Y que los demás lo hagan también. Tenemos tanto que aprender de su actitud ante la vida. Jacques se puso el gabán, se subió el cuello y encendió otro cigarrillo, dudando aún si salir a la calle. A caminar por aquella ciudad que se le había vuelto tan contraria. Hubiera preferido encontrarse el Tajo en medio de una vega ancha y larga, envuelto en el silencio de la hora del crepúsculo y en una soledad sin límites. El agua roja, que poco a poco se volvería plateada y por fin negra. Entre olivos, encinas, campos de trigo y girasoles secos, bajo las nubes grises, azules,

de color naranja y rosa.

Pero, en lugar de ir hacia la puerta, se acercó otra vez a la ventana e, inclinándose sobre aquella superficie oscura y fría, se hizo a la idea de que se encontraba en la Provenza y se perdió en la contemplación mental de aquel paisaje que tanto le recordaba a su tierra y a lo que imaginaba de España, de donde había salido la familia de su madre. Y la vio también a ella, a su madre, siempre junto a una ventana. No sólo en Argel, también cuando había ido a visitarle a París. Y cuando la había llevado de vacaciones al sur de Francia, para ver si se animaba a quedarse allí con él. Pero su madre, contemplando el tráfico y el trasiego de la gente, mucho menos pintoresco que él de Argel, echaba de menos el ruido de los tranvías y la agitación de la muchedumbre. ¿Qué quieres? No hay árabes, había dicho. Y no había querido quedarse a vivir en Francia. Jacques la comprendía perfectamente.

LOS GUARDIANES DEL HONOR

Bajo los estores de gruesas rayas amarillas y blancas, había montañas de nísperos, naranjas y mandarinas, albaricoques, melones. Alrededor bullía una multitud de hombres, mujeres y niños, como un enjambre de moscas. Vamos al bar de los agitadores, dijo Khaled. Su compañero le miró sorprendido, pero no se atrevió a preguntar. Sabía, por las pocas horas que habían pasado juntos desde que se encontraran por primera vez en esa ciudad, que no le gustaba responder a la más mínima pregunta. Había que esperar el momento en el que, por propia iniciativa, revelara la información que uno estaba buscando. Si es que llegaba ese momento, porque si no, tenía uno que tratar de enterarse por su cuenta. O quedarse sin saber nada. Se habían encontrado en el puerto, allí donde zarpaban y atracaban los barcos que iban y venían de todos los puntos del Mediterráneo. Aquél era uno de los lugares que más le gustaban a Khaled, que había llegado de Argel hacía tan sólo una semana, aunque ya parecía conocer todo aquello mejor que nadie. Le bastaban unas cuantas horas de paseo, un par de días vagabundeando por cualquier ciudad, para saber casi tanto como un lugareño. En cualquier oscuro rincón, pensaba, puede uno encontrar sorpresas, oro enterrado en mitad de la basura. O el absurdo. Mujeres hermosas que no tardarían en envejecer. O que al día siguiente estarían muertas.

Se dirigieron hacia la zona del puerto deportivo, pasando por delante de los puestos del mercado. Hamid echó un vistazo a su alrededor. Hacía un día espléndido, aunque ellos, como de costumbre, iban bastante abrigados. En general, sus compatriotas solían llevar mucha ropa encima. Algunos, porque ocultaban algo, pero la mayoría, porque, siendo pobres, no tenían ningún reparo en llevarlo todo puesto. Al contrario. Era más práctico. En los muelles habían visto una larga hilera de personas que acababan de llegar de Argelia y estaban esperando el autobús que les llevaría a las afueras de la ciudad. Algunos eran ancianos a los que les temblaba la cabeza. Llevaban mucha ropa superpuesta y unas cuantas pertenencias en una bolsa. Tocados con algún gorriño de lana muy fina, por lo general de color blanco o negro, parecían más oscuros de lo que eran. Una pátina sin brillo, cenicienta, cubría su piel. Khaled se había acercado a ayudar a uno de aquellos hombres a subir los escalones del autobús. No parecía capaz de avanzar ni de retroceder. Él le había echado una mano e incluso le había acompañado hasta el interior para acomodarle en su asiento.

Alguien así tiene que ser vulnerable, pensó Hamid, mientras contemplaba una sandía abierta. La vendedora, una mujer entrada en carnes y con mucho pelo, una

melena oscura y revuelta, acababa de cortar la fruta en dos con un cuchillo más largo que su brazo. *Ne touchez pas les fruits*. Hamid respiró hondo, tratando de atrapar con su nariz el aroma de aquel fruto de un rojo brillante, húmedo. Las gotas, sin duda alguna dulces y frescas, le habían hecho segregarse más saliva que de costumbre. Y sin ver ya ninguna otra cosa, como tampoco las demás frutas apiladas en aquel puesto, su brazo se alzó poco a poco y su mano se fue acercando al punto de mira. Y la tocó. Hamid rozó el fruto prohibido. En el mismo instante la vendedora se puso a chillar. ¿Es que no sabes leer? *Sale bicot!* ¡Moro tenías que ser! Khaled, que había observado la escena, convencido de que acabaría por estallar algún conflicto, se había inclinado sobre el oído de su compañero, susurrándole: ¿Quieres que le muerda una oreja? Hamid le había mirado estupefacto, pero él había sacado unas monedas del bolsillo de su pantalón. La mujer había dejado de protestar en cuanto olió el dinero.

Y Hamid, cogiendo la media sandía entre sus brazos y acariciando la cáscara dura y fresca, había echado a andar otra vez junto a su compañero. No estaba acostumbrado a recibir regalos. Después se había detenido unos instantes y había sacado su propio cuchillo, para ir cortando la sandía a medida que caminaban. Se había comido ya más de la mitad, cuando Khaled se paró delante de una de las terrazas de los muchos bares que se alineaban a lo largo del puerto y le hizo un gesto con los ojos para que le siguiera. Tras elegir un rincón, se sentaron a una mesa. Los mástiles de los barcos formaban un bosque denso que se bamboleaba al compás de la brisa del mar y al ritmo de los vaivenes del agua salada. Mesanas, trinquetes y pasarelas gemían y gritaban como tintinean y tiritan en el cielo las estrellas. Parecía un concierto de órgano. Se podía decir que aquella era la segunda catedral de Marsella. Una catedral al aire libre, llena de luz en constante movimiento. Por encima, se oían los chillidos de las gaviotas, que volaban sobre ellos y se reflejaban en el cristal de la pequeña mesa. Un enjambre de golondrinas oscurecía de vez en cuando la superficie. ¿O eran estorninos? Khaled miró con atención. No, eran golondrinas. También las nubes, que avanzaban pesadas una detrás de otra, cruzaban por allí.

Khaled pidió un pastís y le hizo una seña a Hamid para que le dijera al camarero qué era lo que quería tomar. Después de dudar unos instantes, Hamid pidió un té. Un té a la menta, con hierbabuena y piñones. El alumno modelo, había pensado Khaled nada más verle. Ingenuo, siempre ilusionado, hasta con la más pequeña tontería. El preferido de las profesoras. Y hasta de los profesores. Impecable en conducta, atento en apariencia, aplicado incluso, pero tonto de capirote. Así eran muchos de sus compañeros. O hermanos, que así es como se llamaban entre ellos. Un abismo de ignorancia. Unos pedazos de alcornoques. Aun los que habían podido ir a la escuela, porque la mayoría no había estudiado nada en absoluto. Ni siquiera lo más elemental. Apenas sabían leer y escribir. Aquél, en cambio, había tenido la oportunidad de

hacerlo en Francia. En la metrópoli. En una escuela de mecánica, sí, pero aquello era mejor que nada.

El camarero trajo los vasos, la botella de Berger, la jarra con el agua fresca y la tetera humeante. De modo que no se trataba de un bar en el que se reunieran activistas políticos para preparar un golpe en el más absoluto secreto. En aquella terraza, en los vasos para el pastís o la absenta, en los del té y en las copas de champán, o incluso en las de agua carbonatada, ponían unos agitadores para remover el hielo, para mezclar la bebida o para rebajar las pompas, que tenían forma de mujer. Mujeres desnudas, transparentes, muy esbeltas, con el pelo casi tan largo como las piernas, que se perdían a lo largo del vástago hundido en la bebida. A Khaled le gustaba acariciar aquellos cuerpos suaves, recorrer el perfil y la figura en todos sus recovecos y prominencias. Las había de color rojo, verde, rosa, amarillo, azul. E incluso alguna negra, que, como es natural, no era traslúcida. Los cabellos les colgaban por la espalda. Y ellas se arrellanaban en las copas y en los vasos con los brazos cruzados detrás de la nuca, con lo que los senos respingaban sobre el borde y el trasero se humedecía o rozaba el cristal según fuera el tamaño del recipiente.

No era fácil hacerse con una de aquellas varillas. En la terraza siempre había algún camarero pendiente de si los parroquianos necesitaban alguna cosa más. O tal vez se apostaran allí para vigilar mejor aquel harén de plástico tan deseado por la mayoría de los habitantes masculinos de Marsella y por muchos extranjeros. En otros locales, los extremos de los agitadores tan sólo tenían forma de palmera. De elefante. De corazón. De estrella. O eran simples palitos de madera o de plástico. Khaled echó un poco más de agua en su vaso y la señorita roja se movió, temblequeando como una veleta, como un gallardete al viento, pero él la cogió por los pelos y removiό un poco el líquido. Levantó el vaso, se arrellanó en la silla y, dando un trago, se puso a atisbar el cielo. Hamid se concentró en su té, que no se podía comparar con el de su tierra. La próxima vez pediría algo de alcohol. Su compañero lo había hecho sin vergüenza alguna, sin dudarlo ni por un instante.

En el reino animal, como en el nuestro, existe la división del trabajo, pensó Khaled mientras contemplaba el vuelo de las aves por encima de su cabeza. A primera hora de la mañana hay gaviotas que puntualmente y en bandadas se dirigen hacia algún vertedero como si fueran oficinistas, obreros de una fábrica o de la construcción, dependientes de una tienda, conductores de autobús. Regresan a última hora de la tarde, también puntuales y en bandadas. Otras, en cambio, se quedan durante todo el día revoloteando y haciendo cabriolas por los acantilados o por encima del puerto, dibujando ondas en el agua del mar, sobre la que de vez en cuando se lanzan en pos de algún pez, trazando líneas y complicados signos en el aire. No van en bandadas, sino unas cuantas solas. En pequeños grupos. O en pareja. Son las gaviotas que se dedican al arte. Unas son pintoras, se dijo. Otras, actrices. Y otras,

escritoras. Trabajan por su cuenta, aunque necesitan que las miren. También a ellas les gusta ser el centro de atención. Sentirse como si fueran dioses. Inmortales.

Allá arriba, sobre un espigón calcáreo de unos ciento sesenta metros de altitud, se alzaba la basílica de Notre-Dame de la Garde. La figura inmensa de la Virgen, revestida de oro, coronaba el campanario de sesenta metros de altura. El metal resplandecía en aquel momento bajo la luz del sol, contrastando con el mármol blanco, también cegador, el azul del cielo y el verde de la ladera de la montaña cuajada de vegetación. Había estado allí arriba la tarde anterior, y no se había limitado a disfrutar de la vista de la ciudad y del mar desde aquella altura privilegiada. También había entrado en la iglesia con sus imágenes de santos y vírgenes. De hombres, casi siempre torturados, sin apenas ropa, y mujeres que llevaban demasiada, como en su patria. El velo lo oculta todo, se dijo. La riqueza, la pobreza, el sexo, las infidelidades, la fealdad. Una mujer con un ojo para abajo y el otro para arriba, con una marca en la frente como un hachazo, podía esconderse muy bien bajo aquella tela insinuante y atraer a un hombre mucho más guapo que ella. Pensaba en su madre. Las pocas veces que la había visto sin cubrir, un escalofrío le había recorrido la espalda.

Aquella iglesia le recordaba la de Notre-Dame d'Afrique. En Bab el Oued, al norte de Argel, una pendiente abrupta toda de color verde conducía hasta el promontorio de ciento veinticuatro metros de altitud en el que se encontraba la basílica y desde donde se dominaba también el mar y un sinfín de casas de color blanco. Khaled había entrado en una ocasión y detrás del altar había leído las siguientes palabras inscritas en francés, en árabe y en cabileño: Notre-Dame d'Afrique, ruega por nosotros y por los musulmanes. Era como estar delante de un espejismo, como si al borde del mar entre aquellos dos continentes un espejo reflejara la otra orilla, aunque las cúpulas del santuario de Argel estuvieran cubiertas de mosaicos de color azul y oro. Khaled echó un vistazo a su alrededor, dando un repaso a todas las mesas y después a las distintas terrazas que se sucedían a lo largo del muelle.

Cuántos hombres solos, pensó. En grupos. En especial, si se trata de árabes. Como nosotros dos. Qué agradable sería estar allí sentado con un par de muchachas, en lugar de con aquel compañero que le había tocado en suerte y con el que tendría que trabajar durante una larga temporada. Le observó con detenimiento. No era guapo. No era listo. No era más que un argelino más. De piel oscura, de rasgos toscos, incluso un poco rechoncho, con la cara cuadrada. No le apetecía nada hablar con él. Ni con nadie. Sólo contemplar cosas bonitas. Mujeres, paisajes. De vez en cuando le gustaba ir al cine. Allí todo era hermoso. En las películas todo ocurría por alguna razón. Nada parecía fruto de la casualidad, ni de un capricho. En ellas, no se abandonaba nada al azar, hasta la más mínima secuencia tenía su porqué, y a él le

entusiasaban aquellas historias redondas, en las que el principio anunciaba ya el final, en las que en el final se transparentaban las primeras escenas o las frases del diálogo surgido nada más iluminarse la pantalla. Aquellas historias en las que el destino siempre se cumplía. Y, además, estaban las actrices.

A los hombres como nosotros, pensaba Khaled, nos espera una carrera corta. Por eso tenemos que apurar el paso vertiginoso por la tierra. Por eso a él le gustaban tanto las mujeres. La clandestinidad nos obliga a vivir en soledad. No podemos tener una familia ni hacer una vida normal. En aquel momento, un coche aparcó en las proximidades. Debían de ser ellos. Se habían citado allí a las 12:00. Khaled miró su reloj de pulsera. En cuanto a puntualidad, no había nada que reprochar al contacto de aquella mañana. El hombre que conducía el vehículo se quedó al volante, mientras una mujer con aspecto modoso se bajaba del asiento del copiloto. Era frecuente ese tipo de mujer entre las que se ofrecían a participar en operaciones como la que ahora se traían entre manos. Podía tratarse de una enfermera de un hospital católico. Deliciosa, pensó. Tenía la piel tan blanca, sin una sola peca, sin una sola marca, que daban ganas de pasarle la lengua como si se tratara de un helado de vainilla. Khaled aprovechó que el camarero miraba también a la mujer y se metió el agitador en el bolsillo de la chaqueta. Una mujer larguísima, de un rojo transparente, con el cuerpo terso y la melena rizada, se acostó junto a su pistola.

La supuesta enfermera seguía avanzando hacia ellos. Tenía unos ojos verdes enormes. De gato. Chispeantes. Y allí estaba. La inevitable maleta. Vieja, grande y de imitación de cuero, con golpes, arañazos y pegatinas semiarrancadas. Debía de pesar bastante, a juzgar por el esfuerzo que se reflejaba en el brazo y en el cuello de la mujer. En todos sus músculos. Aunque de su rostro no se borraba una sonrisa. Sin duda el cierre funciona bien, pensó Khaled, pero no puede faltar una cincha de tejido de nylon o algo parecido para asegurarse de que no se abre en ningún momento. Ya había realizado varias operaciones de aquel tipo, las suficientes como para saber muchas cosas acerca de los contactos y de cada uno de los detalles con echar una simple ojeada. Lo demás lo adivinaba. Podía acertar, o no, pero se entretenía imaginando. El conductor será su compañero. Un médico del hospital. Algún día se casarán y tendrán cuatro o cinco hijos. Entonces se olvidarán de todo lo que hicieron cuando eran jóvenes. Ella se convertirá en una máquina tragaperras y de hacer ganchillo. Y se aburrirán viendo la televisión o escuchando la radio en el sofá. Hasta que se mueran. Cerdos *rumís*, se dijo con los dientes apretados.

¿Se estaba volviendo como Saddok? ¿Acaso también él despreciaba a la mayor parte de los seres humanos? Ahora ella se sentará junto a nosotros unos minutos, no cruzaremos una sola palabra, porque no tenemos nada de que hablar, porque no debemos hacerlo, después se levantará y se dejará la maleta. Como si se le hubiera olvidado. Era lo convenido. La mujer se encontraba ya junto a ellos y miró a Khaled

con admiración. Tal vez incluso con un punto de deseo, pensó él y se llevó una mano hacia el rostro, tratando de ocultar la marca que partía del caballete de la nariz y moría en el pómulo derecho. Estaba acostumbrado. Desde pequeño las mujeres se lo comían con los ojos. Y cuando al fin se sentó junto a ellos, una vaharada de perfume los envolvió a los dos. Khaled y Hamid respiraron hondo y tragarón saliva. Olía a esencia de lavanda. A campo. Cómo olían las mujeres en aquel país. Era un aroma delicado, sutil, no como el de las de su tierra, mucho más fuerte y tenaz, un poco ácido, espeso. A Khaled también le gustaba aquel olor, pero estas fragancias refinadas le volvían loco.

Dentro habrá una metralleta Stern, un revólver antiguo, salido de algún alijo de la Resistencia, una moderna Beretta, automática, de 9 milímetros, una Astra española del mismo calibre, varios cargadores y media docena de granadas, se dijo haciendo un rápido repaso mental. Es lo convenido, aunque a veces se produce algún cambio. No siempre consiguen lo que se proponían o lo que se les pide y entonces improvisan. A veces, para bien. Pero otras puede ser un desastre. Todas las armas estarán cuidadosamente empaquetadas en papel de periódico y envueltas con ropa vieja. Trozos de sábanas. Camisas desgarradas. Y habrán rellenado todos y cada uno de los huecos en el interior de la maleta con más pedazos de papel. Además, habrá algo de dinero. Siempre hay algo de dinero. Khaled sacó un sobre de uno de los bolsillos de su chaqueta y lo dejó sobre el cristal de la mesa. Contenía un par de fotografías. Una suya. La otra, de Hamid. La mujer se inclinó un poco, cogió el sobre y lo guardó en su bolso. Pronto, en un encuentro similar al de aquella mañana, recibirían unos flamantes documentos de identidad. La portadora de la maleta se levantó y, tras echar una última ojeada a Khaled, se alejó y se metió en el coche.

Mira, mira, exclamó entonces él. ¿Has visto qué *cagole*? Hamid le observó con asombro. Aquel entusiasmo repentino en un hombre tan reservado le divirtió. Se había erguido en la silla y parecía hipnotizado. Así que había algo en este mundo que le hacía perder la compostura. ¿Qué quieres decir? En su vida había oído aquella palabra. *Cagole*. Qué bien hablaba el francés. Mejor que él, que había estudiado en la metrópoli. Khaled hizo un gesto con la cabeza, señalando en una dirección determinada. Su compañero miró hacia allí y vio a una mujer espléndida que avanzaba hacia ellos moviendo el bolso como si se tratara de un juguete. Lo hacía girar en el aire impulsándolo con la correa, larguísima. ¿Es que únicamente las mujeres le hacían hablar, perder aquel mutismo impenitente que debía de considerar uno de los máximos atributos de la virilidad? Hamid le observó de reojo. Parecía un zorro o un perro de caza acechando a una presa. Tieso, inmóvil, tan sólo las aletas de su nariz temblaban levemente. Subían y bajaban, bombeando el aire que parecía faltarle, como hacen las agallas de un pez fuera del agua. ¿Qué es una *cagole*?, le preguntó, aprovechando el arrebato.

¿Ves qué escote? Hamid contempló la camiseta de color rojo sin mangas ni tirantes. ¿Y la falda roja ceñida con esos tacones? Llevaba también un pañuelo minúsculo atado en el cuello. De un rojo intensísimo. Un mero adorno, teniendo en cuenta el tamaño de la tela, la temperatura y su propia indumentaria. Sólo aquí hay mujeres como ésa, prosiguió Khaled. Puro temperamento y una nube de perfume. ¿Y tú cómo sabes eso? Lo sé todo acerca de las mujeres. No le contó que se había empezado a llamar así a las mujeres que trabajaban en las fábricas de dátiles de Marsella, escogiendo los frutos sobre una larga mesa denominada *cagoulo*. Y por extensión a las que iban vestidas y maquilladas de una forma exagerada. *Vive les filles des calanques*, exclamó Khaled en un tono de voz algo más fuerte en cuanto aquella representante de las hijas de las calas de Sormiou pasó por delante de las mesas de la terraza. Y la mujer, contoneando un poco más las caderas, le guiñó uno de sus enormes ojos negros. Hamid creyó escuchar el susurro de unas pestañas al rozar contra las otras. Parecen tener vida propia y aletear como los pájaros, comentó Khaled y emitió un fuerte silbido.

Tras levantarse de la mesa y abandonar la terraza, los dos hombres se acercaron hacia su coche, aparcado allí desde primera hora de la mañana. En cuanto metieron la maleta y el resto de la sandía, Hamid hizo ademán de ir a montarse, pero Khaled le indicó con la mano que aún pretendía dar otro paseo. No es prudente, se limitó a advertirle, pero según lo dijo se dio cuenta de que era una soberana tontería. Si Khaled se empeñaba en caminar, lo haría, y él sólo tendría dos opciones. Quedarse en el coche esperando o marcharse con él a dar otra vuelta, de modo que echaron a caminar por el puerto, hacia el mar, avanzando por entre los carritos de venta ambulante y los tenderetes que ofrecían todo tipo de productos y animaban el muelle junto a los barcos de vela y los pesqueros. Había allí bloques de jabón. De un color extraño. Casi parecían estar sucios. Postales, la mayoría de la ciudad. Y libros de viejo, radios, relojes. En uno de aquellos carricoches, bajo una sombrilla de color amarillo, vendían pipas de girasol, altramuces, almendras, garbanzos secos tostados con sal, cacahuetes. En otro, pescados. Sepias, sardinas, bacaladitos, salmonetes. La plata y las vetas de color verde y rosa brillaban al sol.

Más allá, un bereber ofrecía un montón de objetos de metal sobre una manta, tirado en el suelo con las babuchas colocadas junto a él. Otro vendía pasteles árabes, llenos de miel y de pistachos, en forma de cestillos, de pañuelos cuidadosamente doblados o de minúsculos nidos de ruiseñor. Mira, exclamó Khaled sin hacer ni un solo ademán para señalar en dirección alguna. ¿Otra mujer guapa? Hamid siguió su mirada y vio una rata negra que atravesaba los raíles del tranvía corriendo hacia el borde del muelle para ir a tirarse al agua. ¿Sabes que una rata de ésas puede perforar con sus dientes hasta una tubería de plomo? Y son tan habilidosas que pueden llevarse un huevo hasta su nido sin cascarlo. Comilonas y malabaristas, bromeó

Hamid. Khaled, sin siquiera esbozar una sonrisa, siguió a lo suyo: Pongamos las cartas sobre la mesa. ¿Por qué no lo había hecho cuando estaban sentados en la terraza, en lugar de pasarse todo el tiempo contemplando el panorama? Sin duda prefería hablar mientras caminaba. Tal vez creyera que así no les escucharía nadie. De todos modos, en aquellas unidades los compañeros no hablaban mucho entre sí. Había que tener cuidado con lo que se decía. Incluso estando los dos solos, a pesar de que tanto el uno como el otro podían decir que el otro era de los suyos, un hermano. No formaban más que una célula minúscula. Una partícula insignificante en un engranaje enorme, dentro de una red complejísima.

Como dos moscas atrapadas en la tela de una araña. Y más valía no hacer ni un solo movimiento en falso. Pero la verdad es que en la calle daba igual hablar en voz alta o en un susurro. El mayor peligro siempre estaba en el propio compañero. La denuncia dentro del grupo fomenta la limpieza. Khaled echó una ojeada a su «hermano» y sintió una oleada de desprecio al pensar que aún tendría que aguantar a otro, pues por lo general actuaban en unidades de tres miembros. A veces le parecía que se encontraba en una especie de orden religiosa. Al menos, vivían la mayor parte del tiempo como si fueran monjes. No tenían nada. Vivían con lo puesto. El revolucionario es un hombre perdido, recordó. No tiene intereses propios, ni causas propias, ni sentimientos, ni hábitos, ni propiedades. Y ni siquiera un nombre. Todo en él ha sido absorbido por un único y exclusivo interés, por un solo pensamiento, por una sola pasión. La revolución. Eran las palabras del primer párrafo del *Catecismo del revolucionario*. Aunque escrito para los anarquistas rusos hacía casi un siglo, describía a la perfección el estado en el que se encontraba cualquier miembro de una banda terrorista.

Parece ser que nuestro hombre está escribiendo un documento que podría resultar comprometedor para la organización, prosiguió Khaled. Sin embargo, la última orden recibida es que debemos esperar. Le han dado un premio muy importante y la atención del mundo entero está puesta en él. Ahora no nos conviene actuar. De todos modos, según nuestros informadores, parece que Golan tiene intención de retirarse a vivir al campo. Al sur de Francia, no lejos de aquí. Si es así, dentro de unos meses, como mucho un año, resultará todo más fácil. Aunque también podemos actuar en la capital si es necesario. Qué excitante resultaba decidir sobre el destino de otras personas. Era como jugar a ser Dios. Y aquella diversión emocionante, a veces incluso peligrosa, era sin duda alguna lo que más podía acercarles a la inmortalidad. ¿De quién se trata? ¿Quién se oculta bajo el nombre de Golan? Nada más decirlo, Hamid se dio cuenta de que no debía haber formulado la pregunta. En cuanto él abrió la boca, Khaled dejaba de hablar durante un buen rato. No le contestaba. O se ponía a hablar de otra cosa completamente distinta.

Y, en efecto, durante unos minutos se quedó callado, sumido en sus pensamientos,

caminando más despacio. No se puede escapar a la muerte, dijo por fin sin levantar la vista del suelo. ¿Conoces la historia del criado del rico mercader? Hamid le miró sorprendido. No podía creer que se dignara hablar en aquel tono con él, que le dedicara tanta atención. Conocía la historia, claro que la conocía, pero le dejó contarla. El criado ve en el mercado de Bagdad a la muerte, que le hace un gesto que él interpreta como de amenaza, así que corre a pedirle a su amo un buen caballo para escapar a toda velocidad a Isfahán. Más tarde, también el mercader se tropieza con la muerte en el mercado y le pregunta por qué le ha hecho un gesto de amenaza a su criado. La muerte responde: Era de asombro. Me ha sorprendido verlo aquí, pues hoy mismo debo llevármelo en Isfahán. Hamid le miró sin comprender. ¿Qué quería decir? ¿Que eran infalibles? ¿Que nadie podía escapar una vez que la organización había decidido eliminarlo? En cualquier caso, dijo Khaled, como quien piensa en voz alta, yo prefiero encontrar a la muerte a caballo que en la cama.

Mientras, habrá que dedicarse a la recaudación. Aquí en Marsella se dan muchos casos de morosos, falta entusiasmo. Como la muerte, nos entretendremos algún tiempo en el mercado. Habrá que hacerles entender que no se pueden retrasar en el pago. Si quieren que su suerte cambie, que el mundo entero cambie, también ellos tienen que contribuir. Sobre todo, ellos. *Charriot magique. Toute en musique. Bienvenue chez papa Omri. Spécialiste du thé à la menthe avec pignons*, leyó Khaled en voz alta. El carro mágico estaba cubierto de flores. Papá Omri, con la barba canosa y un termo en la mano, llevaba un cornetín colgado del pecho. Con él anunciaba su llegada. Del carrito además salía música. Tenía un transistor embutido entre los termos y un montón de vasos de papel atiborraba la superficie superior del carricoche, que en su parte inferior y por todas y cada una de las caras estaba cubierto con banderas de distintos países. Se podía ver la de Francia, la de Argelia, pero también la de Suiza, la de Canadá, la de Alemania, la de España. En aquel momento sonaba una melodía árabe que hizo que el sol y el aire fresco de la bocana del puerto les resultaran aún más agradables.

Hamid se dirigió hacia el carro con la intención de tomar un té capaz de transportarle a la patria. Papá Omri estaba sirviendo a dos chicas muy jóvenes vestidas con trajes de verano de color blanco y sandalias de cuero. El viento jugaba con la tela, que temblaba sobre sus muslos. Y cuando se alejaron con los vasos de cartón entre los dedos, soplando hacia el contenido para poder beberlo cuanto antes, el hombre fingió que le llamaban por teléfono, imitando el sonido del timbre de llamada de un aparato telefónico y llevándose algo a la oreja. Las jóvenes se volvieron, divertidas. ¿Cómo podía recibir llamadas allí? Papá Omri, alargándole el teléfono ficticio a una de ellas, en realidad una cajetilla de tabaco de la que colgaba un cable negro en tirabuzón, con un aire pícaro en la mirada, dijo: *C'est pour madame*. La chica a la que señaló, una morenita de unos dieciséis años con reflejos

rubios en la abundante melena, el talle esbelto y unos ojos oscuros muy grandes, mostró su asombro en la mirada, pero al tiempo se echó a reír. Khaled sintió la lengua seca y el corazón palpitando a toda velocidad. No se debe señalar a nadie, murmuró.

Como si fueran comida, pensó Hamid al verle. Las aletas de su nariz volvían a moverse de una manera acompasada. Toda la ciudad parecía para Khaled un mercado de frutas. *Comment s'appellez vous?*, preguntó papá Omri. Claire, contestó la joven. Clara. *En français, Claire. Ah, vous est espagnol? Oui. C'est un cadeau pour vous.* Papá Omri se inclinó, haciendo una reverencia. Mira, susurró Khaled con una admiración casi religiosa, esa chica lleva un libro bajo el brazo. Quiero saber qué está leyendo. *Et vous? Comment s'appellez vous?*, preguntó Omri. Olga. Las dos volvieron a reír a coro. Se ríen de lo mal que habla el francés, murmuró Khaled, mientras las jóvenes una vez más se acercaban hasta el carro de papá Omri, que, metiendo la mano en un cajón, sacó dos pirulís de color rojo brillante y entregó uno a cada una. Sonriendo, Olga y Clara se dieron la vuelta para regresar al centro de la ciudad. Hamid vio cómo las dos miraban a Khaled. Por el rabillo del ojo, pero con minuciosidad. Todas las mujeres se volvían a contemplarle, con entusiasmo disimulado a duras penas, pero él sólo prestaba atención a unas pocas. Y desde el primer momento se había fijado en la tal Clara, para no desear ya a ninguna otra, al menos durante unos instantes.

¿Has visto? Ese es el ejemplo del buen árabe colonizado, dijo de pronto. Papá Omri escuchó el comentario, presintió la amenaza y echó a andar, empujando su carrito. Y mientras se alejaba con pasos cortos y rápidos, Khaled sonrió. El preferido del colonizador de buena voluntad. No parece un mal tipo, le replicó Hamid. Pájaros, todos pájaros. Aves de corral. Con su jaulita auestas. En aquel instante, pasó por allí una mujer junto a un chico alto con un loro gris sobre el hombro izquierdo. Khaled, que había empezado a seguir al hombre del carrito, que avanzaba tras las dos jóvenes con sus vasos de té, se detuvo de golpe y se quedó mirándolos. Otra mujer que le ha robado el sentido, pensó Hamid, sin darle mayor importancia, aliviado ante la idea de que abandonara tan pronto la persecución de papá Omri. No puede ser, murmuró Khaled. Esa mujer y ese chico me están siguiendo. Tal vez estén a sueldo de los messalistas. Los dos. O por lo menos ella. Quizá sean confidentes de la policía. Deben de trabajar para el Servicio de Inteligencia francés. Hamid no podía creer lo que estaba oyendo y por primera vez se atrevió a protestar. ¿Estás chiflado? ¿Has perdido la cabeza? ¿Una mujer y un chico con un loro?

¿Acaso su compañero se había vuelto loco? ¿Y su inteligencia? ¿Se había esfumado para dar paso a un delirio infantil? Ellos son los culpables de que tenga esta marca, prosiguió Khaled al tiempo que se llevaba la mano a la mejilla. Mejor dicho, el loro. Me la hizo el pájaro. En un café. En Argel. Y ahora aparecen aquí, en Marsella. Me están siguiendo. No hay duda. Hamid se echó a reír a carcajadas. De

modo que la cicatriz no es de una herida de bala. Ni de un cuchillo... Dejó la burla de inmediato, porque Khaled le lanzó una mirada de hielo. Vamos, vamos, insistió él, tratando de apaciguarle. ¿Por qué no pasaba por allí otra mujer hermosa que le hiciera olvidar a aquellos dos y a él le librara de la andanada que se le venía encima? Sin embargo, cogiéndole del brazo para impedir que echara a correr tras aquella pareja de aspecto tan inocente, añadió: En todo caso, es mejor que una verruga... Por un momento se quedaron callados, midiéndose con los ojos. Hamid había ido demasiado lejos.

Vas a perder la pista de la tal Clara. Khaled le observó con asombro, como si ya no se acordara de ella. Como si sólo un pensamiento pudiera ocupar su mente. Cada vez que me miro en el espejo o me topo con mi cara en el cristal de un escaparate o de un vehículo cualquiera por la calle me acuerdo de ese loro. Y así será hasta el día en que me muera. Venga, hermano, volvamos al coche, dijo Hamid, y, tratando de calmarle, le puso una mano en el hombro. La mirada de Khaled se ensombreció aún más. Y él la retiró. No conviene dejar mucho tiempo la maleta sin vigilancia, añadió casi en un susurro. De todos modos, ¿qué ibas a decirles? No tienes ninguna prueba. ¿Cómo van a ser espías si ni siquiera te han visto? ¡Tú qué sabes! Tú sí que no ves nada. Además, Khaled no necesitaba prueba alguna. Basta con amenazarles, gruñó. Con asustarles. El miedo es nuestro mejor aliado.

ERAN Y SON MÁS GRANDES QUE YO

A esa familia pobre arrancarla al destino de los pobres, que es desaparecer de la historia sin dejar huellas. Los mudos. Eran y son más grandes que yo.

Había pensado en ella cuando lo escribió en una de las páginas del cuaderno en el que seguía tomando notas. No sólo en su propia familia. En su madre. En su tío Ernest. O en los hombres de la tonelería de Argel con los que trabajaba su tío y a veces su hermano y a los que a él le gustaba contemplar durante la faena. Echarles una mano, cuando se lo permitían. Conservaba una foto que le habían hecho con ellos cuando tenía seis años. Con las caras sucias, la ropa vieja y remendada, sus largos delantales y sus bigotes. Entre martillos, cubas, aros de madera. Y en el suelo, el serrín. El único que sonreía, pasándole el brazo por encima de los hombros, era su hermano Lucien. Había pensado también en su padre, muerto en una batalla al poco de llegar al continente. Los mudos. Eran tantos. Hombres y mujeres condenados a la desaparición, una desaparición como la de todos, inalterable, pero en su caso, además, silenciosa. Carina había entrado a trabajar hacía poco en su casa y él, cada vez que la encontraba en algún rincón con un trapo en la mano, sentía vergüenza. O cuando la veía de rodillas en el suelo, frotando las tablas de madera del interior o las baldosas de barro cocido de la terraza. Alzaba siempre la mirada y le sonreía. Cortaba el aliento.

Era una vergüenza que iba mucho más allá del mero desconocimiento, de la falta de confianza, de la inseguridad que le provocaba su belleza. En cierto modo, un sentimiento similar al que le embargaba con frecuencia desde que se había convertido en propietario de aquella casa. De cada uno de los objetos que había en su interior. De todos aquellos que no fueran una mesa, unas sillas o una cama. Lo más elemental. Porque al fin la había encontrado. Había encontrado la casa. El lugar al que le gustaría retirarse. Ahora se quedaba allí todo el tiempo que podía y algún día no muy lejano intentaría vivir en ella para siempre, lejos del ruido y del furor de las ciudades. La propiedad, según Proudhon, era el robo. En realidad, una frase de Brissot, otro revolucionario muerto en la guillotina. La propiedad es la muerte, había escrito él mismo hacía tan sólo un par de años. Y sentía que tener una vivienda tan hermosa, aunque fuera un caserón de pueblo, aunque ya le faltaba poco para cumplir los cincuenta, era un pecado. En aquel impulso nuevo de adquirir una casa propia, un refugio, debía de haber influido la persecución de la que se sentía víctima en los últimos tiempos.

Retírese a las islas Galápagos, le había escrito monsieur Néant hacía unos años

con una buena dosis de desprecio. Esos comisarios filósofos siempre luchando sin misericordia por la dominación total en nombre de la liberación de la humanidad. Pero no era necesario irse tan lejos. Bastaba con marcharse de París. Bastaba la luz de la Provenza, donde también se encontraba René, su amigo René. Jacques se sentía más a gusto sabiendo que estaba tan cerca, que sólo les separaban unos cuantos kilómetros por carreteras comarcales entre campos llenos de árboles y de flores. Los dos habían reencontrado allí el camino que podía llevar a la inocencia. Al menos sabían que allí podían buscarla. En el paisaje. En las gentes. En personas como Carina, sin desnaturalizar, sin duplicidad, capaces no sólo de perdonar a los demás, sino también a sí mismas.

Siempre que le oía acercarse, Carina alzaba los ojos, grandes, de color marrón oscuro, y alegres, con un ligero brillo de temor, como los de un corzo, y, sonriendo, le saludaba con su voz dulce y argentina. Buenos días, monsieur Terrasse. Buenas tardes, monsieur Terrasse. Jacques era capaz de repetir un recorrido por la casa sólo para volver a verla, con su sonrisa, su vestido de flores y su delantal, su piel morena, su cabello negro y largo, para escuchar su voz, tal vez dudando si lo correcto era volver a saludar cada vez que le veía o si, por el contrario, sería mejor guardar silencio, no repetir el saludo tantas veces. Pero no era capaz. En cuanto veía a alguien, fuera quien fuera, hombre, mujer o incluso un niño, sobre todo si se trataba de un niño, tenía que saludar, aunque ya lo hubiera hecho cinco minutos antes. Buenos días, monsieur Terrasse. Buenas tardes. ¿Por qué sentía él aquella vergüenza? ¿Porque seguía siendo humilde y silenciosa? ¿Porque le recordaba de dónde venía él, que corría el peligro de alejarse de su vida de entonces, de la vida de verdad?

Aquellas gentes mudas no estaban sólo en Argelia, en África. Estaban también aquí, en Francia, en la metrópoli. En toda Europa. Y no dejarían nunca de existir. Irían por todo el mundo, moviéndose de un lugar a otro. O se quedarían siempre en el mismo lugar, llevando una vida a la sombra, con sentimientos modestos, dejando vagas huellas. Apenas nada. Como su madre. La muchacha le había conquistado desde el primer instante. Había nacido en España, donde había vivido hasta los catorce años con sus padres. Y en cuanto Jacques supo que era española, no lo había dudado. Sentía debilidad por aquel país de sus orígenes en el que sólo había estado en una ocasión hacía más de veinte años, cuando él tenía veintidós. No había vuelto nunca por allí. Y no volvería mientras no desapareciera el régimen franquista. Españoles. Franco ha muerto... Jacques soñaba con escuchar algún día esas palabras, aunque hubiera preferido que lo derrocaran. Que lo echaran de allí.

Y cuando le dijeron cómo se llamaba se había puesto a imaginar. Carina Ortiz. Carina era el nombre de una constelación. La quilla de la antigua Argo Navis. La estrella más brillante de la constelación, Alfa Carinae, era la segunda más luminosa de toda la bóveda celeste. Otra estrella para los navegantes, había pensado Jacques.

Relacionada con el viaje lleno de peligros de un héroe al que se le ha impuesto una tarea imposible. Y en cuanto la vio, en cuanto vio a Carina, con aquella mirada que expresaba inocencia, bondad y timidez, aunque con un punto chispeante que prometía vivacidad y tal vez hasta cierta tendencia a la travesura, supo de inmediato que sería perfecta. Perfecta para trabajar en su casa o en la de cualquier otra persona. En cualquier sitio. Perfecta para hacer todo lo que se hubiera propuesto. Con calma, sin hacer apenas ruido, sin dejar nunca nada a medias. Nada más verla quedó convencido de que no sólo no le molestaría jamás, sino que el hecho de verla aparecer cada mañana le alegraría la jornada, aunque sospechó que alteraría su sueño, ya de por sí tan esquivo. Que soñaría con ella despierto. Por la mañana y por la tarde. Que su imagen por las noches apenas le dejaría dormir.

A Jacques poco le importaba que planchara bien o mal, que supiera cocinar o hacer las camas. Que la casa estuviera limpia. Que lo estaba. Era muy cuidadosa. E incluso traía flores que cogía por el camino y las colocaba en cada cuarto. Anémonas. Blancas, rosadas, lilas, azules. La flor del viento, pensó Jacques. La más perecedera. Y lo primero que había hecho había sido darle las llaves. Lo siguiente, subirle el sueldo. Si de algo servía el dinero, era para pagar bien. Ahora le gustaba cómo tocaba a la puerta cada mañana antes de entrar, tan suave que apenas se oía. Cómo a veces tiraba de la campanilla junto a los desgastados escalones de piedra de la entrada. Después, sólo después, cuando estaba segura de que la habían oído o de que no había nadie, se atrevía a meter la llave y a girarla en la cerradura. Su mirada dulce y franca cortaba el corazón como una hoja de afeitar. Sin apenas decir una palabra, su carácter asomaba enseguida a sus ojos y conquistaba a todos. También su mujer la apreciaba mucho. Y los niños. Bidasse y Mandarine, cuando venían a pasar una temporada en la casa de Lourmarin, no querían separarse de ella.

Jacques se había acostumbrado a leerle en voz alta fragmentos de algún libro. A veces incluso algo de lo que él mismo escribía. Con los ojos muy abiertos, no perdía una sola palabra, y cuando algo de lo que estaba escuchando la emocionaba, lo iba repitiendo para sus adentros, en voz muy baja, apenas algo más que un movimiento de los labios. Siempre decía la verdad. No entiendo nada, pero me gusta. Y sonreía. Otras veces se echaba a llorar, aunque de inmediato empezaba a reírse, tal vez avergonzada de sus propios sentimientos. Hablando con ella, Jacques, que había venido allí para encerrarse a escribir, huyendo de París, de las entrevistas, de los compromisos, buscando la frugalidad y la soledad tan necesarias para poder avanzar en la escritura, no se sentía tan solo. La frugalidad no le costaba nada mantenerla. Toda su vida la había practicado con naturalidad, al principio con la naturalidad del que no tiene otra opción, después con la de aquél al que ya no le importa. La soledad, en cambio, era diferente. Echaba de menos el trabajo en equipo. En el teatro, en el periódico. Con otros hombres y mujeres.

Abandonó el manuscrito para ir a buscar a Carina y la encontró haciendo su dormitorio. Jacques se había levantado, como de costumbre, muy temprano, antes que el sol, para ir a dar su paseo de cada día y, al salir, se había olvidado de hacer la cama. Buenos días, monsieur Terrasse, dijo ella, que ya le había saludado al llegar y hasta se había tomado un café con él. Jacques se acercó a ella y, sin decir una palabra, se puso a ayudarla. Carina protestó. No es necesario, monsieur Terrasse. Esta cama suya es muy estrecha. Se hace en un santiamén. Y, al decirlo, se puso colorada y se echó a reír. Entre los dos es más fácil. Además, no me trates de usted, llámame por mi nombre. Te lo he pedido muchas veces. Si no, yo también la trataré a usted de usted, madame Ortiz. Y Carina volvió a reír. Sí, monsieur Jacques, le dijo bromeando.

En cuanto la cama estuvo hecha, la joven se dirigió hacia el cuarto de la plancha. Jacques la siguió, pero se quedó en el umbral de la puerta, apoyado en el quicio, mientras ella enchufaba la plancha y colocaba la manta junto a la pila de ropa que hacía un rato había descolgado de la cuerda de tender. Era entonces cuando más le gustaba a Jacques charlar con ella, hacerla reír, porque sabía que no quería estar con los brazos cruzados. No le parecía bien interrumpir sus tareas, y hablar, para ella, era no trabajar. ¿Cómo va el libro?, le preguntó mientras estiraba y doblaba las prendas que iba cogiendo del montón. Queda todavía mucho trabajo. No sé si tendré el tiempo que necesito, porque, además, quiero escribir una segunda parte. La historia de un hombre que, por expresar con fuerza su negativa a legitimar el asesinato, a justificar los medios con el fin, así como su convicción de que la violencia es tan injustificable como... ¿Qué?

Los dos se echaron a reír. No estaba en Estocolmo, pronunciando el discurso de agradecimiento ante la Academia sueca, ni en la redacción de un periódico alentando a sus compañeros para sacar un número con el que dar un vuelco a todas las conciencias. Jacques lo intentó de nuevo. Será la historia de un destino azaroso, aunque implacable. El de un hombre que, por oponerse a la violencia, a la pena capital, al terrorismo, es amenazado de muerte e incluso llega a morir en un atentado que pasa por ser un simple accidente. Pero antes, tengo que terminar la otra parte. Llevaba tiempo trabajando en ella, tratando de recuperar la memoria de los pobres, los suyos, los pocos rastros que quedaban de todas aquellas personas humildes, sencillas, a las que había conocido durante su infancia y juventud. A los que había amado por encima de todo.

Estaba por un lado la belleza. Y estaban también los humillados. Y él se había propuesto la difícil tarea de no ser infiel ni a la una ni a los otros. A la memoria de la gente como Carina, que ahora le miraba asustada. ¿No puede pedir protección? Jacques sacudió la cabeza. No, no creo. En todo caso, no es más que una hipótesis, añadió. A mí no me engaña. Hace días que le noto preocupado. Tal vez no haya motivos suficientes, prosiguió Jacques. Tan sólo se trata de una bonita colección de

escritos llenos de amenazas, pero la verdad es que son tantos que he llegado a pensar que debería pasearme metido en una armadura del siglo xv. Y alguna advertencia también. Pero, no, en realidad, nada con lo que la policía pudiera trabajar. Y de todos modos, no me gustaría vivir así, siempre vigilado. Jacques había recibido hacía poco una carta desde Marsella. Un joven recién llegado de Argel, como él mismo hacía tantos años, le advertía del peligro en el que, al parecer, se encontraba. El chico, que acababa de cumplir los quince, le había enviado una fotografía. Debía de medir un metro ochenta y aparecía con un loro encaramado sobre su hombro izquierdo, pero no había escrito más que su nombre. Antoine. Tal vez tuviera miedo.

Al mes de recibir la carta, Jacques había soñado con él, que estaba en peligro y le pedía ayuda. Nada más despertar, recordó que en el periódico aquel mismo día daban la noticia de un asalto a un café en la ciudad de Marsella. Un simple ajuste de cuentas, para los medios de comunicación. Sin saber por qué, al leerlo, había pensado en el chico. Aquel tema, el de la violencia organizada, se estaba convirtiendo para él en una obsesión de la que apenas podía hablar con nadie. El joven le hablaba en la carta de un encuentro casual con unos matones. De una foto suya, de Jacques, que, al parecer, había entrevisto sobre la mesa de un café y en la que su rostro aparecía enmarcado dentro de un círculo de color rojo. Le había reconocido enseguida, porque, aficionado a la lectura, había visto su retrato en la biblioteca pública. La fotografía que le había descrito era real. Se la habían hecho en 1945 en la terraza del café Aux Deux Magots, en París. El que fumaba junto a él, un hombre fuerte, con traje y corbata, era Pierre Galindo, uno de sus amigos de los tiempos de Orán. El tercero, con abrigo y de espaldas, era Paul Bodin, corresponsal especial de *Combat* en Bruselas. Un compañero de la Resistencia.

Jacques ya no sabía qué pensar. Tan pronto no daba la más mínima importancia a todas aquellas advertencias, como se sumía en el miedo, en una angustia irracional. Para calmar un poco la ansiedad, que, por otro lado, no quería reconocer, sacó la cajetilla de Gitanes de uno de los bolsillos de su pantalón y, llevándose uno a los labios, lo encendió con una cerilla que protegió con ambas manos. Allí dentro no soplaba viento alguno, pero estaba acostumbrado a hacerlo así. Ah, los cigarrillos, suspiró, mirando la cajetilla antes de guardarla. Azul, con la silueta de una gitana diciendo adiós entre los vahos grises y blancos de uno de aquellos pitillos. Son puro veneno. Pero no puedo dejarlos. Dan tos, dejan la garganta áspera, y las dificultades que tengo para respirar son cada vez mayores. Carina sonrió. Además, duerme poco, apenas come y trabaja demasiado, comentó con la dulzura de la preocupación desinteresada.

Soy un hombre débil. El doctor se ríe en cuanto me ve. Por no llorar. Y tiene toda la razón. El tabaco no es para usted, me dice, dándome una palmada en la espalda después de haberme examinado. Pero sabe que soy un caso perdido. Era verdad. No

debía fumar. Y, sin embargo, no podía dejar de hacerlo. Si no le ponían pronto una pistola en la sien, sería el tabaco el que no tardaría en matarle. Tenía los pulmones destrozados. ¿Cómo puede uno saber cuál es su último día? Un escritor se adelanta a su tiempo, pensó, incapaz de librarse del todo de la idea de que en algún momento pudieran llegar a atentarse contra su vida. Había muchas pruebas. De autores que habían sabido ver más allá del horizonte de la mayoría de sus contemporáneos. Dostoievsky, Nietzsche, Kafka. ¿Podía él predecir e incluso describir su propia muerte? Un escritor tal vez deba tener, como Edipo, un ojo de más. Y aficionado como era al teatro, pensó en el héroe trágico, víctima de una trascendencia hostil, cuya cólera él mismo ha desencadenado con su andadura, tal vez imprudente.

Todo lo que había predicho que ocurriría en Argelia estaba sucediendo. Y aún quedaba más. Si algo aprendí cuando jugaba al fútbol, recordó que había escrito en una ocasión, es que el balón no viene nunca del lado que uno cree. Sí, el golpe podía venir de cualquier parte. De frente, lo que sin duda era mejor, porque ofrecía la posibilidad de defenderse. Pero también podía llegarle por la espalda. Y lo mismo por la izquierda que por la derecha. Por parte de los ultras de la Argelia francesa, por ejemplo. Jacques había sido el blanco de numerosos ataques, cada vez más violentos. Que criticaran su obra no era lo malo, él mismo tenía sus dudas, constantes y muy hondas. Además, estaban en su derecho. Sin embargo, a menudo le parecía que se trataba de un proceso en toda regla entablado contra él, la explosión de un aborrecimiento largamente reprimido. Y había recibido tantas amenazas en los últimos años, que el deseo de abandonar París se había vuelto cada vez más urgente.

No faltaban las amenazas directas, de palabra, cara a cara. Las de los más valientes. Otras se las habían comunicado por teléfono. Voces que no era capaz de reconocer. Tal vez porque las deformaban. O porque quienes las hacían le eran por completo desconocidos. Otras le habían llegado por carta. Anónimas. Incluso las había escritas con letras de molde. Tenía un cajón lleno. Había casi tantas como las que él había escrito para tratar de impedir que se aplicara la pena de muerte a muchos condenados, uno de los cuales después se había vuelto contra él. Y ni siquiera aquel favor, el más grande que se podía hacer por otro ser humano, había impedido que aquel hombre le atacara de manera ignominiosa. Por suerte, cuando se retiraba a escribir allí, en aquella casa, en cierto modo era como si todas aquellas voces dejaran de alcanzarle, como si se callaran para siempre. Los reproches, los ataques con saña, con mala fe. Las cartas que iban dirigidas a la oficina en París y que contenían alguna frase intimidatoria las guardaba Suzanne, su secretaria. El ya no quería ni verlas.

Jacques dejó vagar la mirada en una lejanía inexistente, pues las persianas estaban a medio cerrar y apenas se veía nada desde allí. De todos modos, dijo, al fin he encontrado el cementerio en el que me han de enterrar. Y con un gesto de la cabeza, tras apurar lo que quedaba de su cigarrillo, señaló en la dirección en la que se

encontraba el camposanto del pueblo. Estaré muy bien en él. Además, añadió para tratar de quitarle gravedad a lo que acababa de decir, empiezo a tener algo de cadáver. Desde hace una semana me ronda un insecto que parece una flor de las alcantarillas. Carina dejó la plancha y se volvió. La hilera de cipreses se adivinaba a través de las contraventanas de madera. Las guías, las que aún se encontraban en su sitio, porque algunos las habían perdido ya, se balanceaban al compás del viento. Jacques vio que el terciopelo marrón en los ojos de la muchacha se había humedecido. ¿Había enterrado ya a alguien? Era muy joven, aunque eso no significaba nada. Hay quienes lo primero que aprenden es el sufrimiento.

Carina sonrió con tristeza. No contestes si no quieres. Al contrario. Me hará bien. Duele más cuando estoy sola. Y, volviendo a coger la plancha, siguió con su labor, repasando una funda de almohada y doblándola con cuidado, cuando de pronto empezó a hablar, despacio, con calma, como si lo hiciera en sueños. Un sábado por la tarde, cuando yo tenía trece años, mi hermano Héctor y yo, que estábamos haciendo las tareas del colegio, nos pusimos a jugar, buscando en el diccionario palabrotas que nos hacían reír. Mi madre se enfadó mucho. Al día siguiente era domingo. Héctor se marcharía con mi padre al campo a llevar el ganado a pastar y el lunes cuando fuera al colegio las tareas estarían sin hacer. Por eso, nos regañó y nosotros nos pusimos otra vez a trabajar, aunque enseguida nos despistamos y de nuevo empezamos a jugar con el diccionario. Yo le pedí a Héctor que mirara la palabra «cementerio». Y después, todas las que se nos fueron ocurriendo y que tenían alguna relación con la muerte. Buscábamos siempre lo que nos parecía que estaba prohibido. Así se nos pasó el tiempo y apenas hicimos los ejercicios.

El día siguiente amaneció feo, nublado. El viento traía olor a humedad. A mi padre aquel día le tocaba encargarse de los animales durante toda la jornada, pero aquella mañana no quiso llevarse a mi hermano con él. Héctor sólo tenía diez años, pero él le había enseñado de todo. A montar a caballo, a entrenarlos para las carreras. A darles de comer. A llevar las vacas a pastar y traerlas de vuelta a casa. Incluso le acompañaba cuando iba a vender o a comprar animales. Amenaza tormenta, se limitó a decir mi padre, pero Héctor insistió. Y lo consiguió. Mi padre le dejó ir con él. Entonces Héctor se empeñó en despedirse de todos, uno por uno. La abuela Selunga, la madre de mi padre, era sorda y, como no le oía, Héctor se bajó del caballo, la tocó y le dijo: Abuela, que me voy. Ella seguía sin oírle. ¡Abuela, que me voy! Cuando la abuela se dio cuenta de que su nieto trataba de despedirse, exclamó: Bueno, no será para siempre. Nunca se sabe, abuela, respondió él, y le dio un beso muy fuerte para que no sólo lo sintiera, sino que también pudiera oírlo.

Yo salí al camino a despedirles. Y cuando Héctor se volvió, le hice una monería bailando. Le gustaba mucho verme bailar. Él me saludó con la mano. Fue la última vez que le vi con vida. Subido en el caballo, diciendo adiós. Carina respiró hondo y

dejó la plancha de pie. Jacques, sin atreverse a decir una sola palabra, no le quitaba los ojos de encima. Cada uno de sus gestos era de una belleza dolorosa. Ninguna mujer en París se movía así. Ninguna hablaba con tanta dulzura. Aquella misma tarde estalló la tormenta. Nosotras en casa nos asustamos mucho, porque se puso todo negro y los truenos retumbaban sobre nuestras cabezas. La casa se iluminaba con los relámpagos. Sabíamos que ellos dos estarían allá afuera, pero no dijimos nada. Casi no nos atrevíamos ni a mirarnos. Y por la tarde un vecino montado en un tractor vino a buscar a mi madre. Ella salió a ver qué pasaba y entró en casa llorando. Me tengo que ir, me explicó, porque dicen que a padre le ha pasado algo, pero yo sé que ha sido a Héctor, porque si a padre le hubiera ocurrido algo, Héctor habría querido que le trajeran a casa para quedarse con vosotras.

Tenía razón. Mi hermano no se separaba nunca de nosotras si nuestros padres tenían que marcharse. Mi madre se fue y me quedé sola con Carmela, que tenía seis años, y con Mariana, que aún era bebé. La abuela no se había enterado de nada. Ni de la tormenta. Yo estaba tan angustiada que al final subí al tejado de la casa para poder ver si venía alguien. Subí por una escalera que llevaba al desván y, apartando algunos de los trastos que había allá arriba, abrí un ventanuco y, subiéndome a un taburete, conseguí salir a la azotea. Al fin, al cabo de mucho tiempo, apareció una camioneta en la que venían algunos vecinos y mi tía Rosa, hermana de mi padre. Bajé corriendo y mi tía, en cuanto entró en casa, me dijo que preparara algo de ropa para mi hermano. Pero ¿por qué? ¿Adónde va? La tía Rosa me dijo: Es que a Héctor le ha matado un rayo. ¿Cómo?, le contesté. Si tenía que venir a dar de mamar a las ovejitas... Teníamos dos cabritos que se habían quedado sin su madre y nosotros dos les dábamos el biberón. Entonces rompí a llorar. Fui a su armario y le cogí una camisita a rayas rojas y azulitas. Y un pantalón de pana. Después fui a preparar a mis hermanitas.

Jacques escuchaba con atención, mientras ella le contaba. La mirada seguía siendo tranquila, aunque un poco más brillante. Del trayecto hasta la casa en la que nos estaban esperando, apenas recuerdo nada. Sólo que cuando pasamos por el lugar en el que había ocurrido todo, mi tía me dijo: Mira, aquí es donde cayó el rayo. Nadie más lo oyó. Me lo dijo en un susurro. Lo primero que vi al llegar fue a dos hombres llorando contra una pared. Uno de ellos era mi padre. Yo me tiré sobre él y le abracé. Él me dijo que tenía que ser fuerte. Que Héctor ahora estaba en el cielo. Mi padre intentaba darme ánimos, pero no podía, porque él lo había visto todo. Había allí mucha gente. Todos los hombres que trabajaban en el cortijo. Y sus familias. Mi madre esperaba dentro, junto a mi hermano, que estaba tumbado en una cama y parecía dormir. Como si sonriera. Mi madre me dio la mano y muy tranquila me dijo: Acércate, Carina. Tócale. No tengas miedo. Con una voz muy dulce.

Era la primera vez que yo veía a alguien muerto. Mi hermano estaba frío. Y yo no

entendía nada. Entonces mi madre le levantó la camisita, la misma que yo le había cogido del armario y que ya le habían puesto. Carina se detuvo, volvió a respirar hondo, pero enseguida siguió hablando con calma, con aquella voz que debía de parecerse mucho a la de su madre. Del cielo cayó un rayo y le atravesó todo el pecho, dijo mi mamá. Héctor tenía toda una línea que le recorría el torso. No había sangre. Tan sólo aquella linita, que estaba oscura. El rayo le había quemado todo por dentro. El médico dijo que no había sufrido. Tampoco el caballo. Luego lo veo en la caja. Yo quería llorar, pero mis tías nos dijeron que no lo hiciéramos, para que mis padres no nos vieran. Pero aquello a mí me hizo mal. Y a mis hermanas. Yo estaba tan cansada que a menudo me quedaba dormida. Carmela y Mariana se durmieron a mi lado. Y yo siempre que podía me acercaba al cajón y le miraba y le tocaba, aunque no nos dejaban ir mucho donde estaba el velatorio.

Al día siguiente, para llevarle al cementerio tuvimos que hacerlo en tractor y en camionetas. Estaba todo lleno de barro y a mí alguno de los hombres, uno de mis tíos o algún vecino, no me acuerdo, me debió de subir en brazos al tractor. Cuando no pude más fue en la iglesia. Cuando le pusieron la tapa. Primero le colocaron una de aluminio y la sellaron. Ahí ya no me pude controlar. Luego lo llevaron al nicho. Tú no llores, no te pongas mal, no le nombres, me decían mis tías. Pero yo me acostaba y cada noche hablaba con él. Y le preguntaba: Héctor, ¿dónde estás? Nadie nos explicaba nada. Y una noche tuve un sueño. En el sueño, Héctor se me apareció en su caballo y me dijo que me subiera, que me quería mostrar algo. Yo me subí y vi que bajábamos hacia el cementerio. ¿Por qué me traes aquí, negrito?, le pregunté. Yo le llamaba así. Aunque no tenía la piel más oscura que la mía. Ven, ven, que te quiero mostrar una cosa, me dijo. Entonces me llevó junto a una tumba y me explicó: Ahora estoy aquí. Ya no nos vamos a ver, pero siempre voy a estar aquí y vamos a estar juntos, aunque tú no me veas.

Nunca lo hablé con mis padres. El que me contó cómo ocurrió fue Orencio, un amigo de mi padre que se los encontró poco antes por el camino. Avanzaban los dos a caballo. Héctor iba delante. Mi padre, detrás. Orencio se les unió y se apresuró para abrir el portón del cercado en el que iban a encerrar a los animales. El tiempo se había puesto muy feo. Hacía rato que estaba lloviendo y todo estaba cubierto de barro. De pronto Orencio sintió que todo se iluminaba a sus espaldas y enseguida oyó un trueno muy fuerte. Como no lo había escuchado jamás. Nunca una tormenta se le había venido tan encima. Se volvió y vio al niño y al caballo tirados en el suelo. Él se echó también a tierra para ayudar, pero no conseguía ver nada. Estaba todo oscuro y los relámpagos le cegaban. Llegó hasta el niño y lo tocó.

Le petit cheval dans le mauvais temps. Qu'il avait donc du courage. C'était un petit cheval blanc. Tous derrière et lui devant.... Jacques había escuchado cientos de veces aquel poema al que Brassens había puesto música para cantarlo con su voz

ronca y suave y una cadencia que hacía pensar en el trote de un caballo. *Il n'y avait jamais de beau temps dans ce pauvre paysage. Il n'y avait jamais de printemps, ni derrière ni devant... Mais un jour, dans le mauvais temps, un jour qu'il était si sage, il est mort par un éclair blanc. Tous derrière et lui devant...* Qué casualidad. Cuántas coincidencias. El caballo, el niño, el mal tiempo, el rayo. Desde que la muchacha empezara a hablar, tenía la sensación de haber escuchado aquella historia con anterioridad. Pero tal vez fuera algo que ocurría con frecuencia en el campo. Y, sin embargo, sí, por un momento se preguntó si Carina no se estaría inventando todo aquello. Pero ¿para qué? Jacques se sintió sucio por atreverse siquiera a pensar algo semejante y la miró. Los ojos de Carina tenían los bordes cada vez más rojos. ¿Para qué mentir de esa manera? Y, por otro lado, ¿cómo iba a poder simular tan bien la tristeza? No era una de sus actrices sobre el escenario.

Soy un monstruo, pensó y, sin embargo, se atrevió a preguntar. ¿De qué color era el caballo? Ella le miró a los ojos. Blanco. Jacques respiró hondo. Tragó saliva. Con grandes manchas negras, añadió Carina. Los dos se quedaron en silencio durante unos segundos, pero enseguida ella prosiguió con su historia. Durante una semana no volvimos a la casa. La primera que lo hizo fue mi madre y me pidió que la acompañara y la ayudara a sacar la ropa de Héctor. Me dijo que no tuviera miedo, que hablara con él. Entonces ya estábamos viviendo donde aún viven mis padres con mis hermanas. Poco después de lo de Héctor nos llevaron a aquella casa, que no está aislada. La otra estaba tan alejada del resto, que teníamos que hacer varios kilómetros a caballo para ir a clase. Héctor era el que dirigía siempre al caballo. Carina se interrumpió. Respiró hondo. Jacques no podía creer que estuviera hablando tanto tiempo seguido. Ella sola. Era la primera vez que ocurría algo así.

Cuando Carmela empezó a ir también al colegio y hacía mucho frío nos enganchaban un carrito. Y cuando nevaba o se ponía a llover mi madre nos envolvía en una manta, con la que nos tapaba hasta la cabeza. Los caballos no eran nuestros, sino del patrón, y, aunque Héctor era muy travieso, los cuidaba muy bien. Unas semanas después de su muerte, mi madre quiso ir a la escuela y sentarse en su banco. Y charlar con su mejor amigo. Entonces empezamos a hablar de él, no a escondidas, sino todos juntos. Poco después mi madre se atrevió también a abrir la mochila de Héctor y sacó su carpeta de ejercicios. Había allí una sola hoja en la que había escrito una lista con nuestros nombres y, junto a ellos, lo que le gustaba de cada uno de nosotros. Mi padre decía que no era para este mundo. Aquella lista la había escrito el día antes de marcharse con él al campo. Debió de hacerlo mientras jugábamos y dejábamos pendientes las tareas del colegio. Junto al nombre de cada uno había escrito: Te quiero mucho. A todos igual. Con las mismas palabras. No sé si presintió algo. Tal vez lo escribió sin pensar.

Mi padre quiso poner una placa en el lugar en el que había ocurrido el accidente,

pero el patrón, el dueño del cortijo por aquel entonces, no le dejó. Dijo que era un lugar de paso para los animales y que podía ser peligroso. Ahora, desde hace unos años, hay un nuevo patrón, que nada más llegar, en cuanto se enteró, quiso que mi padre le contara todo. Y después de escucharle, le dejó que la pusiera. No es más que una plaquita con su nombre y las fechas de su nacimiento y de su muerte. Muy pequeña, pegada al cercado. Jacques imaginó su propia tumba en el cementerio de aquel pueblo al que había ido a parar. Una lápida de piedra, sencilla, con su nombre y las fechas de su nacimiento y de su muerte. 1913-1960. Sí, tal vez el año próximo estuviera muerto. Rodeado de flores silvestres. De lirios, que crecían con tanta facilidad en aquella comarca. De plantas aromáticas. Laurel, romero. Las campanas repicaron en aquel instante.

Después ocurrieron algunas cosas raras, continuó Carina. El perro que siempre estuvo con Héctor se marchaba cada mañana y se pasaba el día entero tumbado en el lugar en el que ocurrió el accidente. Sólo volvía a casa por la noche, y un buen día, al poco tiempo, se murió. También dos gallinas que eran suyas. Dos guineos, como les decía mi madre. Tenían el plumaje gris, como con lentejuelas. Él las cuidaba, les daba de comer. Yo a veces tengo sueños raros. Y unas semanas antes soñé... Se le quebró la voz, pero Jacques sonrió y ella recobró las fuerzas para seguir. Las mujeres del campo dicen que si uno sueña con aguas sucias, turbias, revueltas, es que va a ocurrir algo malo. Unas semanas antes de la muerte de Héctor soñé que estaba debajo del agua, un agua muy, muy sucia, llena de ramas enormes, de raíces y de barro. No podía nadar, ni salir de allí. Pero una voz me decía sin cesar que siguiera nadando, que tenía que salvar a alguien. Tienes que salvarle, repetía. Obedecí y me sumergí un poco más. Entonces encontré algo allí abajo y lo saqué. Era una cruz. Había alguien en la cruz, pero no sé quién era. Tardé años en contarle. ¿Fue una señal? Mi madre dice que tengo sueños de premonición.

Carina bajó los párpados, respiró hondo y pareció tratar de coger fuerzas para poder seguir adelante, como si intentara salir de la maraña de aguas sucias de aquel sueño. Yo entonces me enfadé muchísimo con Dios. Dudé mucho. No, no existe, me decía. ¿Cómo puede permitir que le pase algo así a un niño? Y no quise ir a las misas que le dieron. No voy a ninguna de las misas cuando he vuelto por allí. Aún le dan una por su cumpleaños. Y en el día de su muerte, otra. Yo prefiero caminar hasta el cementerio para llevarle una flor. Sola. Los pobres sin odio, pensó Jacques. Y vio que en la frente de la muchacha se había formado un enredo. Un nudo de furiosa determinación entre sus cejas. Los pobres sin odio. Los que no se rebelan contra sus semejantes, los que jamás harán daño a su prójimo. Pero hay que rebelarse, pensó. Y recordó que al poco de entrar a trabajar en su casa le había contado que había tenido problemas con la policía franquista. Por eso había salido huyendo de España. Algo que no quiso explicar, pero que hizo que se volviera aún más irresistible para él. Y

ahora la imaginó tirada en el campo, años atrás, dando con los puños contra el suelo duro y frío, una y otra vez, aporreando la tierra a falta de poder alcanzar el cielo, exigiendo a la roca impasible allí debajo una respuesta. ¿Por qué? ¿Por qué? La justicia para ella hacía mucho que había dejado de existir.

Jacques recordó el atentado de las farolas. Un par de años atrás. En Argel. Los rostros de los tres niños que habían muerto. Y pensó también en las muchas fotografías de niños mutilados que había visto desde entonces. Niños y niñas que tendrían que vivir con el recuerdo constante de aquello en su mente, en sus sueños, de noche y de día, arrastrando las secuelas en sus cuerpos, en su alma, y un brillo de tristeza en los ojos que sería muy parecido al que desde hacía un rato había teñido la mirada de Carina. No somos más que condenados a muerte. Todos. Y eso debería bastarnos para unirnos. Estaba convencido de que la idea de la muerte era la única capaz de enseñar lo que de verdad importa en la vida. Prácticamente nada. Algo que los padres y las hermanas de Carina, aquellas gentes honradas, sin más aspiración que el cariño que pudieran darse los unos a los otros, habían aprendido muy pronto.

Sólo tenemos una fotografía de Héctor y está toda comida por el moho, dijo ella de pronto. Debió de humedecerse y algún papel que hubiera encima se quedaría pegado. Aparecemos él y yo sentados sobre una rueda enorme. La rueda de un tractor. Su cara y la mía están cubiertas de circulitos verdes y anaranjados. Pero se ve su piel tostadita. Su pelo negro. La carita dulce, un poco enfurruñada por su carácter responsable. Carina bajó la cabeza y respiró hondo. Después volvió a coger la plancha y la fue pasando por la manga de una de las camisas de Jacques. Perdóname, Carina, pensó él para sus adentros. Perdóname por haber escuchado tu historia sin decir apenas nada. Ella levantó de nuevo los ojos y le miró con atención, pero Jacques se dio cuenta de que no era más que una mirada perdida. Estaba en otro lugar. En otro tiempo. Ocho años atrás. Eres una de las personas más extraordinarias que he conocido nunca, murmuró. ¿Se estaba enamorando? ¿Otra vez? ¿Cuántas había ocurrido ya aquello? No. No tenía derecho. Es demasiado joven. Demasiado buena.

Los ojos de Carina seguían fijos en él, pero una amplia sonrisa iluminaba ahora su rostro. Y acercándose a él, le susurró al oído: No sé si soy extraordinaria, pero sí... Se detuvo un instante, tal vez intimidada frente a las posibles consecuencias de lo que estaba haciendo. Pero sí sé, repitió, cogiendo fuerzas, aunque volvió a detenerse un instante, para terminar después la frase muy deprisa: que soy muy afortunada por haberle conocido. Jacques sonrió también y no pudo evitar inclinarse sobre ella, aunque un malvado espíritu empezó a tararear de nuevo en su interior: Nunca hacía buen tiempo en aquel pobre paisaje. *Nunca había primavera ni detrás ni delante...* La joven bajó los párpados. Hubiera querido que aquel instante durara una eternidad. Tan cerca el uno del otro. Alzando una mano, Jacques le rozó el óvalo de la cara con

el dorso y sintió cómo se estremecía. Se quedó sin aliento. Le pareció que le abandonaban las fuerzas y que las rodillas se le iban a doblar, cuando de pronto ella abrió los ojos, que parecían más negros que nunca, y le rozó los labios de una manera tan leve, que fue como si temiera envenenarle con uno de sus besos.

Después Carina se dio la vuelta y abandonó la habitación a toda velocidad. No se atrevió a seguirla. Sólo al cabo de unos instantes también él salió de allí, sumido en sus pensamientos. Los mudos. Cómo le gustaba escucharles las pocas veces que se decidían a hablar. Las pocas veces en las que, como ahora Carina, abrían su corazón, a menudo frente a un extraño, y, sin apenas darse cuenta, se dejaban llevar por las palabras que se habían ido acumulando en su interior. Eran los verdaderos pobres. Los que no tenían voz. Los mudos, repitió para sus adentros. Eran y siguen siendo más grandes que yo.

EN NOMBRE DE LA HISTORIA

Una sola vez Cormery se había puesto fuera de sí. Era de noche, tras un día tórrido, en aquel rincón del Atlas en el que el destacamento acampaba en la cima de una pequeña colina protegida por un desfiladero rocoso. Cormery y Levesque tenían que relevar al centinela apostado al pie del desfiladero. Nadie había respondido a sus llamadas. Y tras un seto de chumberas encontraron al camarada con la cabeza hacia atrás, extrañamente vuelta hacia la luna. Al principio no la reconocieron, tenía una forma extraña. Pero era muy sencillo. Le habían degollado. Y en la boca, la tumefacción lívida era su sexo entero. Entonces vieron el cuerpo con las piernas abiertas, el pantalón de zuavo desgarrado y en mitad de la abertura, bajo el reflejo indirecto de la luna, aquel charco cenagoso. Cien metros más allá, detrás de un peñasco, estaba el segundo centinela, expuesto de la misma manera. Se dio la voz de alarma, se duplicaron los puestos de guardia.

Al alba, cuando subieron al campamento, Cormery dijo que los que habían hecho eso no eran hombres. Levesque, reflexionando, respondió que, a juicio de ellos, así era como debían actuar los hombres, que estaban en su tierra y empleaban cualquier medio. Cormery porfió. Tal vez. Pero está mal. Un hombre no hace eso. Levesque dijo que para ellos, en ciertas circunstancias, un hombre debe permitirse todo y destruirlo todo. Entonces Cormery gritó, como en un arrebató de locura furiosa: No, un hombre se contiene. Eso es un hombre. Y si no... Entonces se calmó. Yo, agregó con voz sorda, soy pobre, salgo del orfanato, me ponen este uniforme, me arrastran a la guerra, pero me contengo. Hay franceses que no se contienen, dijo Levesque. Entonces ellos tampoco son hombres, contestó Cormery. Y de pronto gritó: ¡Raza inmundá! Todos, todos... Y entró en su tienda, pálido como un muerto.

Jacques apoyó los codos en la mesa y, deslizando los brazos sobre la superficie llena de papeles y de libros, al tiempo que los empujaba, se inclinó poco a poco. Estaba cayendo el sol y él se sentía extenuado, sin fuerza alguna para continuar. Llevaba horas escribiendo, sin pausa, tratando de plasmar uno de los pocos episodios que conocía de la vida de su padre y que siempre le había parecido ejemplar, porque ilustraba a la perfección la idea que tenía de lo que era ser un hombre. Su convicción de que el fin no podía justificar todos los medios, cualquier medio, pero cerró los ojos y trató de pensar en otra cosa. Tanto tiempo esperando dormirse por las noches y a veces por el día era capaz de hacerlo en unos segundos. ¿Cómo se concilia el sueño? ¿Pensando en algo hermoso? ¿En un paisaje al que nos gustaría volver? ¿En una mujer? ¿O en esa luz que siempre nos hace felices? Imaginando que flotamos en el

agua salada y fresca de una ría, entre pinos que susurran al viento y cabras que escalan por las rocas. ¿O tratando de no pensar en nada? Jacques sintió que se hundía en la oscuridad de sus ojos cerrados, que se perdía en el laberinto de sus pensamientos.

Un coche fúnebre avanzaba a toda velocidad dando bandazos en cada curva y amenazando con precipitarse por alguno de los acantilados de una carretera que serpenteaba junto al mar. Un Cadillac Eldorado Corbillard, especialmente diseñado para trasladar cadáveres hasta el lugar en el que debían ser enterrados. Los alerones traseros, equipado cada uno con dos faros puntiagudos que parecían echar llamas, le daban cierto aire de nave espacial, aunque una serie de apliques funerarios cubrían parte del techo y casi todo el interior. Seis remates plateados en forma de urna coronaban la carrocería, mientras que unas cortinas de seda negra con la flor de lis bordada en el centro adornaban cada uno de los cristales laterales y el de la parte trasera. Entre los dos paños que formaban las cortinillas laterales, unas lámparas en forma de antorcha velaban al difunto. Habían salido muy temprano de la ciudad de Marsella y ahora entraban en la ruta llamada de las Crestas, entre Cassis y La Ciotat. Amanecía un día espléndido y las dos ventanillas delanteras iban abiertas de par en par. Una larga caja de madera de pino viajaba en la parte de atrás, como olvidada, golpeando una y otra vez contra las paredes del vehículo. Se trataba de un ataúd sencillo, sin ningún adorno.

El conductor manejaba el automóvil con una sola mano. El otro brazo lo tenía apoyado en el marco de la ventanilla y de cuando en cuando agarraba una botella que sujetaba entre los muslos para dar un trago o para ofrecérsela a su compañero, que invariablemente la rechazaba. La luz del sol en el horizonte era cegadora. Una luz extraña, demasiado fuerte para aquella estación del año y a aquellas horas. Si muero, quiero que me arrojéis al mar, como si fuera un pescado. Lo había dicho Rouget pocas horas antes del asalto, y Hilal se empeñó en seguir al pie de la letra su deseo. No se podía dejar la voluntad de un muerto sin cumplir. Supersticioso, desde el principio no aprobó el hecho de que un pelirrojo participara en aquella operación, y menos aún que formara parte de su célula, pero él no tenía mucho que decir. Otro con la misma historia, había pensado Khalîl en cuanto Hilal le expresó sus dudas, aunque su ignorancia le servía como atenuante. *Zim boum-boum: hier au soir et zim boum-boum, dans la rue Bab-Azoun et zim boum-boum, on a trouvé et zim boum-boum, une jeune fille assassinée...*

Hilal iba cantando a voz en cuello al tiempo que bebía. *Camus and Soda*, ponía en la etiqueta, junto al busto de un jinete cuyo brazo colgaba como el suyo, aunque sujetando una gorra de montar y no una botella. Scotch Fashion. 43°. Un coñac que se exportaba al mundo entero y que él había cogido en una tienda sólo por el nombre y por la figurita de un caballo con jinete que colgaba del tapón. La idea de mezclarlo

con soda era una porquería, pero en la pared habían visto un cartel un poco antiguo en el que aparecía un boxeador brindando por su victoria con un rey de Francia, apostado al pie del cuadrilátero. En blanco y negro, el brandy en las copas era del color del oro. A Khalîl le había entusiasmado la estampa. Es George Carpentier. El *gentleman* del *ring*, exclamó nada más verlo. *L'enfant prodige*. Su padre era minero y quería que George se dedicara a lo mismo que él, pero, como estaba un poco debilucho, decidió mandarle a una sala de entrenamiento. El chico se aficionó tanto y era tan bueno que el entrenador tuvo que ir a pedir permiso a los padres para que le dejaran entrenar en serio y dedicarse al boxeo. Ofreció pagarles todo el dinero que durante ese tiempo hubiera podido ganar en la mina.

¿Y el rey?, había preguntado Hilal. *Le bon roi Henri*, le había respondido Khalîl. Un rey galante y valiente, que llegó a cambiar hasta en seis ocasiones de religión. Del catolicismo al protestantismo y vuelta a empezar, amenazado unas veces por su padre, otras por su hermanastro, entonces rey de Francia, y al final por la presión de la mayoría de sus súbditos una vez que subió al trono. No debió de contentar a ninguno de los dos bandos, porque intentaron asesinarle muchas veces y al final lo consiguieron. Un rey que durante los asedios se preocupó de que las aldeas y ciudades, una vez tomadas, no fueran saqueadas y se respetara a los habitantes. Que fue magnánimo con sus enemigos. Anda, compra una botella, había dicho de pronto. Este cartel me ha puesto de buen humor. Hilal había robado el coche muy de mañana, antes de que saliera el sol y tras haber participado esa noche en una operación de castigo. Marsella era otra ciudad en la que abundaban las funerarias. Poco vigiladas, pensó con una sonrisa de satisfacción. *Mourrez!*, decía un cartel a la entrada. *Nous ferons le reste*.

El vehículo no acababa de convencer a Khalîl, que, sentado en el asiento del copiloto, iba sumido en sus pensamientos, aunque por una vez había accedido a los caprichos de otra persona. No por el muerto, que le traía sin cuidado, sino por dar un poco de rienda suelta a la euforia que solía suceder a una de aquellas acciones. Beber sin control como un *rumí* sarnoso, pobre diablo, pensaba. Y ofrecerme su cuello de esta manera tan triste. Casi daba pena, si no fuera por el asco que le inspiraba. De todos modos, así le tenía en sus manos. Por otro lado, él amaba el peligro. Era difícil asustarle. En silencio, como era su costumbre, lanzaba de cuando en cuando una mirada hostil a Hilal, aunque confiaba en su pericia como conductor incluso estando un poco borracho. De pronto la botella, que su compañero al parecer acababa de vaciar del todo, salió disparada por la ventanilla y fue a estrellarse contra el asfalto. Se oyó un fuerte tintineo y la carretera en aquel punto quedó cubierta de cristales. Es una lástima que hayas terminado en esto. Hilal se volvió hacia él, sonriendo. Podrías haber sido famoso. Haberte dedicado a escribir. Ser un poeta. O actor de cine. No sólo eres inteligente, tienes un físico...

Khalîl le fulminó con la mirada. El alcohol le estaba envalentonando demasiado. Una cosa era tomarse un anís de vez en cuando, como hacía él mismo, y otra bien distinta ser presa de la ebriedad, perder el control. Empezaba a impacientarse. *Et la police et zim boum-boum, toujours pleine de malice et zim boum-boum, collait des affiches et zim boum-boum, sur lesquelles on lisait: hier au soir...* Khalîl puso la radio para ver si conseguía que aquel mentecato dejara de decir estupideces y de cantar, pero nada más encenderla, sonó otra melodía, y volvió a cambiar de emisora. Por un momento también Hilal se puso a cantar la nueva canción y se echó a reír a carcajadas. Khalîl giró la ruedecilla una vez más. Las noticias. Claro. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Era la mejor manera de acabar con el absurdo canturreo. O un programa cultural.

Reproducimos una entrevista realizada para la Oficina Nacional de Radiodifusión de la Televisión Francesa el pasado mes de enero. Pierre Dumayet conversa con Albert Camus a propósito del estreno de la pieza de teatro *Los poseídos*. Khalîl aguzó el oído. También Hilal hizo un gesto con la mano, sin duda para que no cambiara de emisora. Qué casualidad, pensó. Él bebía *Camus and soda* y ahora iba a escuchar al mismísimo Albert Camus. Y, dejando de cantar, se echó a reír y escuchó con atención. Por una vez parecían estar los dos de acuerdo. El premio Nobel de Literatura nos habla de su adaptación de la célebre novela de Dostoievsky, versión que se estrenó por primera vez en el teatro Antoine de París el 29 de enero de este mismo año y que recientemente ha sido publicada por la editorial Gallimard. La obra, que viajó el mes pasado al célebre teatro de la Fenice, en Venecia, donde se estrenó también en presencia del autor, sigue ahora su periplo por distintas capitales de provincia y por el extranjero.

Para empezar, Albert Camus nos recordará cuál es la trama en torno a la cual gira esta obra de Dostoievsky. En 1869 un estudiante llamado Ivanov fue asesinado por una pequeña sociedad de conjurados dirigidos por el que después se convertiría en un célebre revolucionario ruso, Nechájev. Ivanov fue eliminado por no estar de acuerdo con las ideas de Nechájev. Se puede decir que es el primer crimen organizado por razones de técnica política, algo que causó una gran impresión en la época. Dostoievsky comenzó a escribir *Los poseídos* en torno a ese hecho. Nótese que el revolucionario no atentó contra la vida de ningún tirano, sino que mató a uno de sus compañeros. ¿Se trata, según usted, de un libro profético? Creo que se trata, en efecto, de un libro profético. El escritor carraspeó y se aclaró la garganta, pero enseguida prosiguió, con voz entre tímida y engolada. Porque habla del nihilismo que se apodera incluso de las ideologías más generosas, uno de los temas centrales en la angustia personal de Dostoievsky. ¿Quién es ese tío, *Dostowsky*?, preguntó Hilal. Un escritor ruso del siglo pasado, le contestó Khalîl, dedicándole una mirada teñida de desprecio.

Lo peor no era que no supiera de quién se trataba, ni el tono en el que había hecho la pregunta, sino que ni siquiera fuera capaz de repetir el nombre que acababa de escuchar. Era un tarugo. A la vista de los hechos que se produjeron en la época posterior a la muerte de Dostoievsky, no cabe duda de que *Los poseídos* es un libro mucho más profético que otros que pasan por serlo. ¿Cree usted que al ser un libro profético es también un libro de actualidad? Ciertamente. La profecía acaba un día por hacerse realidad. ¿En este momento?, volvió a interrumpir el entrevistador. Me gusta cómo habla, comentó Hilal. Pero el que hace las preguntas me parece repugnante. Un despreciable lacayo. Khalîl se echó a reír. Tenía razón. Con sólo escuchar su voz se notaba que debía de tener una sonrisa untuosa, unos labios de paje dispuesto a rivalizar en el campeonato mundial de la sumisión y al mismo tiempo pagado de sí mismo, capaz de humillar al que se lo permitiera. De todos modos, deberías saber que, para él, para Camus, como para Dostoievsky, nosotros somos los demonios. O los poseídos. O unos enfermos, que combaten la peste difundiendo otra peste.

Hay que matarlo, le interrumpió Hilal con vehemencia. Sí, hay que matar a todo aquel que se interponga en nuestro camino, le contestó Khalîl. Y así, un día el mundo será un desierto. En este momento no cabe duda de que los personajes que pone en escena Dostoievsky están muy próximos a nosotros, seguía diciendo Albert Camus con su particular acento, arrastrando un poco las palabras, en especial los adverbios con los que comenzaba sus respuestas afirmativas, quizá con la esperanza de calibrar mejor el peso de cada frase. ¿En qué?, le invitó a precisar el entrevistador. En el vacío que hay en su corazón, en la imposibilidad que tienen de abrazar una fe o una creencia cualquiera, que es una de las premoniciones en el universo de Dostoievsky que ha acabado por hacerse realidad hoy en día. ¿Ese nihilismo es una de las razones por las que eligió usted esta obra? Ciertamente. Esa es una de las preocupaciones que comparto, guardando todas las distancias, con Dostoievsky.

La confesión de Stavroguin, generalmente publicada aparte, fuera de *Los poseídos*, usted la ha integrado en la pieza, ¿no es cierto? Sí. La he integrado porque, en efecto, Dostoievsky... Hilal perdió la paciencia y, arrancándose de nuevo con su canción, hizo girar la ruedecilla del aparato de radio, sin importarle si a su compañero le parecía bien o no seguir escuchando la entrevista. *Hier au soir et zim boum-boum...* Por su parte, Khalîl se decidió a hablar con él para impedir que le machacara los oídos. Retomamos la operación Golan. Vuelve a estar en nuestro punto de mira. La organización se va a encargar de meter un infiltrado en su casa. He propuesto a Slimane, que creo que es perfecto para una misión como ésta. Así que de momento dejamos los asaltos... Hilal estuvo a punto de ponerse a aplaudir, pero se contuvo. La idea de volver a trabajar con Slimane no le hacía demasiada gracia. ¿Y si le envían a una mujer? Tal vez le gusten tanto como a ti. Una mujer guapa puede ser un cebo

magnífico. En cuanto lo dijo, se arrepintió. No sólo por la posible reacción de Khalîl, sino porque de pronto cayó en la cuenta de que en su papel de espía Slimane no podría andar demasiado cerca de ellos.

Ayer por la noche, en la ciudad de Marsella... Deja eso, déjalo. De un manotazo, Khalîl apartó la mano de Hilal y subió el volumen de la radio. Se ha producido un nuevo ajuste de cuentas entre norteafricanos, un tiroteo en un café, en el que han perdido la vida al menos seis personas. Se cree que uno de los asaltantes, que se dieron a la fuga antes de que la policía pudiera llegar al lugar de los hechos, puede estar gravemente herido. Al parecer hay testigos que podrían facilitar algunos datos que resultarían cruciales para realizar el retrato robot de al menos uno de los hombres que asaltaron el café. A continuación, damos paso a las noticias deportivas. Khalîl apagó la radio. Ya veía su rostro en miles de carteles por toda la ciudad. Su rostro multiplicado cientos y cientos de veces. Habría tantos como los que meses después anunciarían la representación de *Los poseídos*. El propio Camus se desplazaría hasta Marsella para encargarse de los preparativos. Khalîl recordaba los nombres de algunas de las actrices del reparto. Catherine Sellers, Nicole Kessel, Nadine Basile. Aquellos nombres le hacían soñar. Como los de los personajes rusos a los que daban vida. Marya Timofeyevna Lebiadkin, Dasha Shatov, Liza Drozdov...

No. Habría muchos, muchísimos más pasquines con su imagen. Repartidos por toda la ciudad. Khalîl de frente. Khalîl de perfil. Khalîl en color. Khalîl en blanco y negro. Khalîl con cicatriz. Sin cicatriz. Khalîl fumando un cigarrillo. Khalîl en las estaciones de tren, en el puerto, junto a las paradas de autobús, en cada esquina. Y sonrió. Pero no, se dijo de inmediato. No se atreverán a hablar. Lástima. No lo harán. Y se dedicó a contemplar el paisaje. Recorrer aquellas curvas junto al mar a una velocidad de vértigo le recordó una película que había visto hacía un par de años, la primera vez que había venido a la metrópoli. La protagonista, una joven y rubia millonaria de vacaciones con su madre en la Riviera francesa, conducía un magnífico descapotable por una carretera similar a la que ahora recorrían ellos. Con las manos al volante de un Sunbeam Talbot Alpine de color azul zafiro, tenía los brazos más hermosos que él hubiera visto jamás. Pero la actriz poco después se había convertido en princesa de Monaco. Mierda de príncipe, pensó. Un cerdo. Con bigote, forrado de millones y embutido en un uniforme de opereta. Volviéndose ligeramente, echó un vistazo a Hilal.

El brazo fuerte, de piel oscura, basto y lleno de pelos, agarrado al volante del furgón de pompas fúnebres, le hizo reír. Con razón le gustaba tanto el cine. La realidad era aplastante. Sencillamente terrible. Hilal debió de percibir la hostilidad en la mirada de su compañero, porque dejó de canturrear y pidió a Khalîl que repasara con él el asalto de la noche anterior, cada minuto de la operación, cada disparo. Tal vez en una suerte de homenaje a Rouget. O tal vez porque no acababa de aceptarlo,

porque muchas de las víctimas una vez más eran árabes. Musulmanes, como ellos. Pero habían recibido órdenes y tenían que cumplirlas. Estaban atrapados en la *nidham* del FLN, un engranaje del que era imposible escapar. Célula, fracción, grupo, *kasma*, sector, distrito, región, zona, *amala*, *wilaya*, Federación de Francia... Y el Comité Federal en Düsseldorf. Una pirámide infernal. Sólo se podía abandonar en una caja, como sus víctimas. Como Rouget, que viajaba allí detrás, en el ataúd. Callado para siempre. Hilal la noche anterior no había llegado a entrar en el café, así que no conocía los detalles del asalto. Khalîl tendría que contarle lo que de verdad había ocurrido en el interior.

Cuestión de impuestos, pensó Khalîl. Siempre lo mismo. El Frente de Liberación Nacional exigía a la mayoría de los civiles norteafricanos establecidos en Francia una serie de tasas que variaban según la profesión que ejercieran. Un obrero o peón debía pagar dos mil francos al mes. Una mujer musulmana, quinientos. Un conductor de taxi, ocho mil. Una prostituta musulmana o europea con chulo musulmán, cinco mil. Los cambios de mujeres entre proxenetas estaban gravados con tarifas que iban de los cien a los quinientos mil francos, dependiendo del valor del objeto canjeado. Un comerciante, diez mil, aunque la cifra podía ser más elevada según la importancia del negocio. Todas las profesiones soportaban impuestos similares. A ello se añadían donaciones o dotes, en caso, por ejemplo, de matrimonio, multas por retraso en el pago del impuesto, por impuntualidad o inasistencia a las reuniones de la organización, por borrachera, por fumar, por contraer matrimonio mixto, por comportamientos inadecuados.

El FLN tenía una insistente tendencia a prohibir. No sólo estaba prohibido fumar, beber alcohol o jugar, sino incluso tener perros. Como también vestir a la europea, aunque eso afectaba en especial a las mujeres, a los hombres sólo en ocasiones y a los dirigentes nunca. O votar, en Argelia. O ir al cine. Hacía unos años habían estallado varias bombas en las salas Olympia y Donayazad, en Argel. Estaban poniendo un ciclo de cine en árabe. Las víctimas eran todas musulmanas. Una multa por fumar, pensó Khalîl y sacó una cajetilla del bolsillo. *Brune ou Blonde. Une Bastos affirme votre personnalité*, leyó y la volvió a guardar. Es una suerte estar en el Hexágono. En su país por eso les cortaban la nariz y los labios. Nada escapaba a la codicia de la organización. Al final no se trataba más que de un negocio que había que cuidar, pues mucha gente se beneficiaba de aquel dinero. Cataratas de billetes. Y ellos, guardianes de la recaudación en aquella *wilaya*, eran los encargados de castigar a quienes se retrasaban en el pago.

Luchamos para que los franceses abandonen nuestra tierra. Y cuando se hayan marchado, ¿qué? Seguiremos matándonos entre nosotros. Al fin y al cabo ya lo hacemos. Las peleas entre musulmanes son muy frecuentes. Entre jefes de *wilayas* o zonas por el poder. Entre cabileños y árabes. Entre los intelectuales y los campesinos.

Estamos inmersos en una guerra civil. Los *harkis*, los messalistas, los *caids*, los veteranos del Ejército, los *bachagas*, los *moghaznis*, los diputados, los guardabosques, los ulemas, todos están en nuestro punto de mira. Los grandes traidores. ¿Tú sabes quién era Napoleón?, preguntó de pronto, volviéndose hacia su compañero. Hilal le miró con estupor y no supo si porque no tenía ni idea de quién era, porque pensaba que no era más que una marca de coñac o porque sí lo sabía y no podía creer que le hiciera semejante pregunta. En cualquier caso, no quiso investigar y perdió las pocas ganas que tenía de explicarse. Si Napoleón se hubiera encontrado en aquellos momentos al frente de la nación francesa, pensaba, tal vez nadie hubiera querido la independencia.

No es lo mismo someterse a un De Gaulle cualquiera que a un hombre como Napoleón. La izquierda anticolonialista hacía sus excepciones. Los árabes también. ¿Quién se opondría a Bonaparte? Dejémoslo. Repasaremos el asalto de anoche. Nada de clases de Historia para Hilal. Lo suyo son los coches. Los motores. El dueño del café, tapadera como tantos otros de un prostíbulo, llevaba varios meses sin pagar el impuesto revolucionario, de modo que él mismo se había buscado un castigo que debía ser un ejemplo para todos los demás y una advertencia para el próximo propietario. A las 22:36 del día anterior un hombre tocado con un gorro de lana embutido hasta las cejas y el pelo enmarañado y teñido de rubio había entrado en el café, se había sentado a una mesa y había pedido un té. El propietario, un argelino de Constantina de unos cuarenta años, le había dicho que iban a cerrar, aunque le había servido la consumición. Y mientras la tomaba, Slimane, que así se llamaba el intruso durante aquella operación, se había dedicado a comprobar cuánta gente había en el local. Tenía los ojos claros y una mirada de lince que paseó tranquilamente por cada uno de los rincones. Como esperaban, a aquella hora no había allí casi nadie.

El dueño se encontraba de pie detrás de la barra, junto a la caja registradora. A una de las mesas había sentados cuatro hombres jugando al dominó. Se oía el clac, clac de las fichas contra la superficie de la mesa. También sonaba un tocadiscos colocado en la barra. Cantaba una mujer. Sentadas en torno a otra mesa, un par de prostitutas árabes terminaban de cenar, antes de retirarse a sus habitaciones para dormir o continuar con su trabajo si se terciaba. Con ellas había otras dos mujeres que parecían europeas. Y un chico joven. Tal vez trabajaran también allí. Como prostitutas, cocineras o mujeres de la limpieza. Y el chico sería hijo de alguna de las dos. Junto a la barra, aunque por fuera, había un camarero. Slimane se había levantado y se había dirigido hacia la zona de los lavabos, pasando por una sala trasera tapizada de alfombras rojas y con cojines en el suelo. Comprobó que por allí no había nadie más. Después volvió a su asiento y pagó. A las 22:44 salió del café.

Una vez en la calle había adoptado andares de felino. Era un tanto excéntrico, pero aquellas dotes de comediante, que en ocasiones le hacían parecer sospechoso,

eran las que le convertían en un estupendo colaborador, pues, como había dicho el propio Khalîl en cuanto se conocieron, se movía con soltura y gallardía en cualquier ambiente. Slimane se había aproximado hacia una calle lateral, oscura, en la que se encontraban aparcados dos coches con las luces apagadas y las ventanillas abiertas. Un Peugeot 403 negro y un Simca Aronde gris. Nerviosas las rodillas, los gemelos rápidos y ágiles los tobillos, había sentenciado Khalîl mientras le observaban llegar. Y en un tono de admiración nada frecuente en él, había añadido: Como un campeón del ciclismo. Slimane se había acercado hasta uno de los coches y a través de la ventana abierta del conductor, que era Hilal, junto al que se encontraba Khalîl, había expuesto punto por punto y con calma todo lo que había visto en el interior.

En el asiento de atrás, otros dos hombres habían escuchado con atención. Un argelino de Orán, pelirrojo, apodado Rouget, y un cabileño de ojos claros, casi verdes, elegantemente vestido, miembro de la OS, la organización especial, que había venido para controlar la operación. Aquellos tipos eran la elite, hombres entrenados en el extranjero, en Marruecos, Egipto, Irak e incluso en Rusia. Tenían un buen sueldo y se podían permitir ropa cara, cierto tren de vida. Aun en la cárcel, si les llegaba a atrapar la policía, seguían recibiendo su sueldo. Tras explicarles cuál era la situación en el interior del café, Slimane se había marchado. No se trataba más que de un informador. Con un aspecto un tanto curioso para hacerse pasar por árabe. Las melenas teñidas de rubio, su musculatura y su extraña indumentaria no eran frecuentes entre ellos. Había nacido en Bélgica, uno de los países en los que el Frente se había asentado con más éxito. Pero si más de un occidental había conseguido colarse en la ciudad sagrada de La Meca, ¿por qué no habría de pasar él por un parroquiano más en aquel café gracias a sus dotes interpretativas?

Siempre parece estar representando algún papel. Sería un actor perfecto, había dicho Khalîl en cuanto desapareció. Sabe medir sus efectos con precisión. Hilal había sentido una punzada de envidia. Khalîl y Rouget se habían bajado enseguida del coche. Entretanto, también se había abierto la puerta del otro vehículo, del que habían salido otros dos hombres. En el Peugeot había quedado tan sólo el conductor. En el Aronde, Hilal, al volante, y el cabileño OS. Los cuatro hombres, que habían avanzado hacia el café, llevaban gabardinas o cazadoras largas. Uno de ellos había permanecido en la entrada, con una metralleta. A las 22:47, Rouget, Khalîl y el otro hombre que les acompañaba en aquella misión, tras dar una patada a la puerta, habían entrado en el café empuñando las armas que habían sacado de debajo de la ropa. Clac, clac. Khalîl, una Beretta. Los otros dos, sendas metralletas, una PM Stern y una PM Mat.

Mi pistola brilló en todas sus curvas y aristas. El tocadiscos dejó de sonar. También el clac, clac de las fichas de dominó se detuvo de golpe. Fue entonces cuando abrimos fuego, siguiendo las indicaciones de Slimane. Con una de las metralletas apuntando hacia la barra, alcanzamos al dueño y al empleado que se

encontraba junto a la esquina. La otra se dirigió hacia la mesa de los jugadores, aunque en aquel momento allí tan sólo había tres hombres, que cayeron acribillados. De pronto, por la puerta que conducía a la parte trasera, había aparecido el cuarto hombre empuñando un revólver y había apuntado contra ellos, hiriendo gravemente a Rouget. Con su automática, Khalîl había matado en el acto al agresor. Estaba escrito, había dicho más tarde Hilal, dándose importancia. Estaba escrito. Su camisa se ha teñido de rojo y ahora nosotros tendremos que arrojarlo al mar. En el aire del local quedó un fuerte olor a pólvora. A clorita. El suelo, cubierto de casquillos de 9 milímetros. Las paredes y los muebles, salpicados de sangre. Al cabo de unos segundos de completo silencio, dejamos que las prostitutas, que temblaban con la cabeza metida entre los codos, se retiraran. Sabían que pronto tendrían otro patrón y confiaban en que el nuevo pagara a los del FLN.

Echaron a correr como si hubieran visto una rata. Pero, antes de que pudieran largarse de allí, me abalancé sobre una de las mujeres y sobre el chico que iba con ellas. A gritos les ordené que se dieran la vuelta. ¡Todos contra la pared! Ya sabes de quién se trataba. Te dije que acabaríamos por encontrarlos. Las mujeres obedecieron. Sólo el chico se rebeló. Se resistió. Me gritó que él no le daba la espalda a nadie. No se volvió, clavó sus ojos en los míos y no los apartó... La voz de Khalîl se quebró. Debía de tener la mirada del chico clavada en su memoria. De repente, el loro, que debía de haberse escondido debajo de la mesa, se puso a revolotear y a chillar por toda la habitación. Apunté al blanco móvil y lo abatí. Tres plumas sueltas habían caído al suelo muy despacio. Hacía tiempo que le tenía ganas, dijo volviéndose hacia Hilal. Odio a los pájaros. A los pájaros enjaulados. A las aves domésticas. Desde el día en que ese loro me hizo esto. Y una vez más se llevó una mano a la mejilla. Hilal no se atrevió a decir nada. Y Khalîl siguió contando. En aquel momento, mientras el loro caía al suelo, él se había acercado hasta el dueño del café, que aún boqueaba. Saqué un cuchillo y le rebané el cuello de un solo tajo. Después le abrí el pantalón y... No hacía falta decir más. Le había emasculado con la misma destreza.

No era más que un lugar de reunión de traidores messalistas, muchos de ellos trabajadores ferroviarios, pero el patrón, además de pertenecer al MNA, el Movimiento Nacional Argelino liderado por Messali Hadj, era un confidente de la policía. Un cerdo messalista. De detrás de la barra habían cogido una escopeta de cañones recortados. Tampoco se olvidaron de las armas de los hombres que habían estado jugando al dominó. Salí de allí limpio, ni una gota de sangre me llegó a salpicar, dijo Khalîl. Pero tuvieron que coger a Rouget, al que habían ido arrastrando entre dos. Eran las 22:50. Se habían dirigido hacia los coches, algo más despacio de lo que esperaban. Lo demás ya lo sabía. A las 22:52 cada uno de los vehículos había tomado una dirección diferente. El Peugeot en el que viajaban Khalîl y Hilal lo aparcaron en otro barrio de Marsella, en el mismo lugar en que lo recogieran horas antes. Llevaban

una manta con la que habían envuelto al herido. Dejaron las llaves en un hueco de uno de los parachoques y después se separaron. Por un lado, Khalîl y Hilal con el moribundo. El cabileño, por otro. Un profesor de universidad cogería el coche por la mañana para ir tranquilamente a trabajar. El dueño. Y estaba estipulado que si no lo encontraba en su sitio, habría de denunciar la desaparición como si se tratara de un robo.

Los nombres de todos ellos eran falsos. Bashir, André, Baoualem, Philippe, Slimane, Rouget, Hilal, Khalîl. Y volverían a cambiarlos. La próxima vez podían llamarse Sputnik, Tarzán, Moustache, l'Ange Blanc, Dadá, Judoka, Petit Boxeur, Dientes Blancos o Lunnettes. Sólo se habían juntado para aquella operación. Sabían que no se volverían a ver nunca, excepto ellos dos. Y ahora tal vez Slimane, aunque él tendría que encargarse de vigilar a su objetivo y, por tanto, no coincidirían mucho. Los demás miembros del comando seguirían otros caminos. Habían ejecutado las órdenes como si se tratara de una operación militar, en muy poco tiempo y con una gran precisión. Khalîl detuvo el coche al borde de la carretera. Se bajaron y fueron a sacar la caja con el muerto. Acercaron el ataúd hasta el acantilado y, tras abrir la tapa, lo inclinaron un poco. El cadáver no tardó en rodar hacia el agua. Ahora sí que parecía un salmonete, con aquel saco que envolvía su cuerpo teñido de sangre, rosáceo y viscoso. En el interior, habían metido unas cuantas piedras para que se fuera al fondo lo más deprisa posible. *¡Muérase! Nosotros nos encargaremos del resto.*

Y, tras golpearse varias veces contra las rocas que sobresalían en aquella pared tan escarpada, el cuerpo se hundió en el agua del mar, desapareciendo bajo las ondas concéntricas cada vez más amplias que provocó su caída. Sin decir una palabra, Khalîl y Hilal permanecieron mirando aquellos círculos hasta que la superficie se quedó otra vez en calma. Después propinaron sendas patadas al ataúd, que fue estrellándose también contra las rocas y se hizo pedazos. Algunos trozos se enredaron en la maleza. Los demás siguieron su carrera hacia el mar. Poco había durado su célula con el número ideal de tres miembros. Pero ellos dos ya se habían vuelto hacia la carretera, formando una visera con las manos apoyadas sobre la frente para protegerse de la cegadora luz del sol. No tenían tiempo que perder con sentimentalismos. Ya le habían dado un funeral de primera. Matar argelinos para conseguir la independencia de Argelia, pensó Khalîl. Matar hombres para salvar a la humanidad. Qué luz más rara. Y en el mismo instante se escuchó un ruido y él miró a su compañero.

¿Les habría visto alguien? No les preocupaba. Si alguna persona tenía la mala fortuna de pillarles en semejante operación sacaban un arma y el infortunado mirón, aunque se tratara de un gendarme, seguía el mismo camino que Rouget. Khalîl metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y acarició el agitador de color rojo. La melena

rizada, la punta de los senos, las piernas, largas y finas. La pelirroja se había convertido en su talismán de la suerte. Una bala le había rozado durante el tiroteo, dejándole tan sólo una línea de un ligero color rojo en la sien derecha. En un par de semanas no quedaría ni rastro. Al final sólo tendría a aquella mujer de bolsillo, roja y fría, muda. La sacó un instante, la observó de cerca. Qué gesto. Los labios prietos, la nariz ganchuda, las cejas encogidas sobre los ojos, huraños. Su agitadora tenía aspecto de estar siempre enojada, permanentemente en guerra con el mundo. Una vez más, se había dejado llevar por la primera impresión. Levantó la vista para mirar el mar y por un momento tuvo la sensación de encontrarse en su tierra, en Argelia.

¿Por qué todo aquello, el sol, el mar, el campo en flor a sus espaldas, la vida más simple y natural, reír, bañarse, pasear, no era suficiente? Esa vida casi animal que tiene algo de profundamente dichosa. Abrazar un cuerpo de mujer. Khalîl se estremeció. No somos nada, dijo de pronto su compañero. Qué frase tan banal, pensó él. Y, sin embargo, qué verdad. Pero, como si le hubiera leído la mente, mientras se dirigía hacia el coche para marcharse ya de allí, Hilal sentenció: Donde quiera que os encontréis, la muerte os alcanzará. Y, de un golpe, cerró la portezuela de atrás, por la que hacía unos minutos habían sacado el ataúd. Todas las borlas de la cortinilla temblequearon. Las bebidas alcohólicas, el juego, los ídolos y las rifas son un sucio trabajo de Satán, le respondió Khalîl con otro pasaje. Mejor dejemos el Corán. Por un instante, se midieron con los ojos, pero enseguida se subieron al coche. Lo abandonarían en alguna ciudad de la costa y robarían otro, más discreto, para volver a Marsella, su centro de operaciones. Hilal arrancó el motor y volvió a poner la radio.

¿Ha sido difícil adaptar *Los poseídos*? ¿Es un libro alejado del teatro? *Los poseídos* es una novela muy próxima al teatro... ¿Cómo es posible? ¿Todavía sigue hablando? Estos tipos no sólo escriben páginas y páginas de arriba abajo, sino que también hablan sin parar. Tal vez se tratara de otra emisora que estuviera transmitiendo la misma entrevista. O tal vez sí. Tal vez durara tanto tiempo. Quizá los escritores, deseando dejar una huella de su paso por esta vida, sufrieran de una incontinencia verbal aún mayor que la del resto de los mortales. Quita la radio, ordenó Khalîl. Y, tras sacar su cajetilla de tabaco, encendió un cigarrillo. Qué extraño todo. Y, sin darse cuenta, lo dijo en voz alta. Desde que salieron por la mañana temprano de Marsella no había dejado en ningún instante de tener la sensación de estar viviendo un sueño. Como si Hilal y él no fueran más que dos actores a las órdenes de un director aficionado al género onírico. Aquella luz, el coche fúnebre, la botella estrellándose contra el asfalto, el ataúd dando bandazos en la parte de atrás, los canturreos de Hilal... No somos más que peones en un gigantesco tablero de ajedrez. Un tablero invisible.

Respiró hondo, estiró un poco los brazos, se arrellanó en el asiento y, apoyando la nuca en el respaldo, cerró los ojos. Llevaban varios días sin apenas dormir. ¿Y si nos

quedamos con el coche?, preguntó de pronto Hilal. Ni hablar. Es demasiado llamativo. Ya has tenido bastante. Lo dejaremos, como te dije, en algún lugar cerca de Marsella, pero antes buscaremos una playa tranquila y nos daremos un baño. ¿Nadar con aquel hombre? La idea le repugnó. Se alejaría. O no se metería en el agua. Llevaban algo de ropa para cambiarse y quemarían la que se había manchado con la sangre de Rouget. O la tirarían al mar. El mar todo lo lava, se dijo Khalîl, que volvió a sacar el agitador del bolsillo y se lo llevó a la altura de los ojos para mirar a través. Gafas de sol en forma de mujer. Y lo vio todo rojo. Mejor dicho, no vio nada. Parecía que un chorro o una cortina de sangre le velara la vista.

Jacques abrió los ojos, se enderezó y estiró un poco los brazos. Se había quedado dormido sobre su mesa de trabajo y había vuelto a soñar con aquel chico que le había escrito una carta para advertirle de que le acechaba un grave riesgo. Creo que corre peligro de que lo asesinen, decía. Un hombre con ojos de halcón y una cicatriz en la mejilla. ¿Y si era una broma de mal gusto? ¿O una equivocación, uno de esos malentendidos que con tanta frecuencia se dan en la vida? ¿Hasta qué punto podía uno prestar atención a una carta como aquella? ¿Y a los sueños? Una voz de hombre canturreando allí fuera acababa de sacarle a él del último. Alguien debía de andar cerca del jardín, por delante de su casa. Un olor a flores y a viento entró por el balcón. *Zim boum-boum: hier au soir et zim boum-boum, dans la rue Bab-Azoun et zim boum-boum, on a trouvé et zim boum-boum...* La misma canción del sueño, y otra voz, muy diferente, desconocida para Jacques.

UN RECUERDO IMPALPABLE

Y el padre de Jacques, muerto en el Marne. ¿Qué queda de esa vida oscura? Nada, un recuerdo impalpable, la ceniza leve de un ala de mariposa quemada en el incendio de un bosque.

Tan sólo se conservaba una fotografía, que no era más que un retrato de grupo. Para poder verle bien, para resaltar aquella figura en blanco y negro, perdida para siempre en mitad de un regimiento de hombres que, como tantos otros, habían ido a luchar a los campos franceses para acabar enterrados en fosas comunes, habría sido necesario recortarla. Cortar con unas tijeras o marcar de alguna forma la silueta de aquel hombre joven vestido de los pies a la cabeza con el vistoso uniforme de los soldados originarios de Argelia. Los zuavos. La chaqueta corta, sin cuello. El chaleco sin mangas. Los voluminosos pantalones bombachos, de color claro. El serouel. Y la faja de lana enrollada en torno a la cintura. Las grebas de piel. El gorro tipo fez del que colgaba una borla. O los turbantes de distintos colores según de donde procediera el batallón. Turbantes hechos con una tela de tal longitud que en ocasiones servían como tienda de campaña.

Todo un destacamento de hombres a los que habían enviado a una muerte segura con un hermoso disfraz. Miles y miles de hombres vestidos como para un baile regional, un objetivo perfecto. Los rojos, blancos y azules de aquellas prendas llamaban la atención del enemigo como lo hace un matador con su capote de color magenta delante del toro. O el espada con la muleta roja. Parecían gallos de pelea que desplegaran sus plumas frente a un adversario al que ni siquiera podían ver. Morían antes de conseguir acercarse lo más mínimo. Jacques imaginó los lamentos de los heridos, tirados en el barro. Pero, ¿qué es esto? ¡Sangre! Muchos de ellos hacía muy poco que habían dejado de jugar.

Era lo único que quedaba de él. Aquella fotografía y el pedazo de obús que le provocó la muerte y que el gobierno francés se tomó la molestia de enviarle a la viuda. Se llamaba Lucien-Auguste Cormery. Medía un metro sesenta y ocho. Tenía los cabellos y las cejas de color castaño. Los ojos, azules. Y su profesión, según rezaba la cartilla, era la de cochero. Herido en la batalla del Marne, le habían trasladado al hospital militar de Saint-Brieuc, donde estuvo agonizando durante una semana con el cráneo abierto. Había muerto el 11 de octubre de 1914. Apenas sabía nada más de él. Hacía un par de años Jacques se empeñó en ir a visitar la tumba que nadie de su familia había podido ver. Era la tumba de un desconocido, pero le había causado una honda impresión, porque su padre al morir era mucho más joven de lo

que lo era él en aquel momento. Fue como si se hubiera encontrado ante la tumba de su hijo.

El cansancio le estaba venciendo. Dejó la pluma junto al manuscrito y se apoyó en el escritorio. Se levantaba cada día alrededor de las cinco de la mañana y se marchaba a dar un paseo hacia el castillo. Después se ponía a escribir. Y lo hacía de pie. Como siempre. O casi siempre, porque en ocasiones se instalaba en la terraza. O en el jardín. Aunque la mayor parte de las veces lo hacía allí, ante aquella mesa de patas altas con la superficie ligeramente inclinada. No podía estar muchas horas sentado. Necesitaba moverse. Además, enseguida notaba el cuello rígido y el dolor se instalaba durante días en aquella parte de su cuerpo. Se había dado un plazo de ocho meses para avanzar en la escritura de la novela y ya había transcurrido una buena parte. Dentro de poco empezarían los ensayos en el teatro y no podría dedicarle mucho tiempo. Pero ahora abandonó el escritorio y se dirigió a la terraza.

Aquella era la luz de su infancia. Una luz, pensó, que no todo el mundo tiene la fortuna de encontrar tan pronto, que muchos andan buscando durante toda su vida, para no dar con ella jamás, tal vez porque no saben siquiera lo que añoran. Esa luz que, en algunos paisajes, en la mirada de algunos seres humanos, nos envuelve en un instante de gloria y nos enseña lo que es la felicidad. Esa luz él la había encontrado siendo niño, la había perdido al marcharse de Argelia y no había dejado de buscarla. La había recuperado alguna vez. En Grecia, en Italia y ahora aquí. En la Provenza. Jacques se acercó al borde de la terraza. Las mariposas allá abajo movían las alas con parsimonia. Sobre las plantas del huerto. Y en los árboles de cada uno de los jardines. O revoloteaban de flor en flor. Una macaón se había posado en la balaustrada de piedra y estaba tan quieta que parecía herida. La gata, apostada entre los tiestos de las rosas y de las buganvillas, la observaba con los bigotes en tensión. A lo lejos se oían los gritos de los niños que corrían por el pueblo, el sonido fresco del agua de la fuente. Y de vez en cuando, las campanas tañían a su alrededor.

Le gustaba quedarse a contemplar aquel lugar vuelto hacia el sur, fumar un cigarrillo a la sombra de la parra que crecía en los aleros del tejado y se enroscaba en torno a las columnas que lo sostenían. Jacques recordó entonces un antiguo proverbio chino que decía que el movimiento de las alas de una mariposa se podía sentir al otro lado del mundo, un proverbio muy parecido a aquella teoría según la cual el más ligero cambio en cualquier lugar del planeta podía provocar grandes cataclismos en otro que se encontrara a miles y miles de kilómetros de distancia. ¿Y en el tiempo?, se preguntó y se puso a imaginar cadenas de hechos absurdos que de alguna forma pudieran estar relacionados entre sí. En 1827, el gobernador de Argel había golpeado con un matamoscas al cónsul francés. Después Francia, sin duda dejándose llevar por el orgullo herido y el deseo de venganza, uno de los impulsos más antiguos y más arraigados en el corazón del ser humano y de los pueblos, había conquistado Argelia.

Por el aleteo de un matamoscas... Una nube de estorninos se refugió en aquel momento en una higuera, saltando sobre sus ramas y alborotando entre las hojas.

Jacques volvió a bajar la vista y miró hacia el pequeño huerto que había delante. Cada una de las casas del pueblo que se encontraban en aquella primera línea tenía enfrente su propio terreno. Un estrechísimo sendero comunicaba todos los huertos y jardines entre sí y las correspondientes casas. Era como un foso de tierra o un pasadizo que, en buena parte oculto por la vegetación, rodeaba todo el pueblo por el sur. En el muro de cada casa y en la verja de cada huerto o jardín había una puertecilla. Allá abajo el sol de la tarde iluminaba los tilos, los olivos centenarios, los laureles, las higueras, que a aquellas horas desprendían un olor maravilloso. Había también lavanda, en flor, y moreras, claro, y santolinas, avellanos, melocotoneros, drácenas... Las palomas, que en aquella comarca tenían el plumaje del mismo color que el de los loros grises africanos, zureaban entre las tejas.

Carina había bajado a regar y a dar de comer a *Pamina*, la burra que un amigo le había enviado a Jacques desde Argelia. Hacía una semana que no había llovido ni una gota y el calor apretaba, aunque los días eran hermosos y las puestas de sol aún más. Antes de que cayera la noche, el cielo adquiriría un tono turquesa tirando a verde que a Jacques le recordaba los atardeceres de su tierra. Aquel paisaje era el que le había decidido a comprar la casa, un antiguo criadero de gusanos de seda que olía a cera y a moho. Y a él le parecía que bastaba con extender la mano para tocar la costa africana. Jacques se perdió en la contemplación de los alrededores. A la derecha, el castillo. Frente al castillo, una iglesia. Un poco más allá, el molino, sin aspas. Al fondo, las estribaciones de las montañas del Petit Luberon, con sus bosques de cedros del Atlas, venidos de África hacía ya mucho tiempo. Enfrente, al sur, el valle de la Durance. Y a la izquierda, las puntas de los cipreses del cementerio. En un par de horas saldrían las golondrinas. Chillando, a cazar mosquitos. Lo hacían por las mañanas y otra vez al caer el sol.

Jacques estaba convencido de que en el arte había que ser realista. O más bien, que había que tratar de serlo, pues no estaba seguro de que el realismo fuera posible. El realismo puro no lo era, desde luego. Se decía que la fotografía era una copia exacta de la realidad, que la pintura, en cambio, escogía, pero hasta la mejor de las fotografías distaba mucho de ser un calco de la realidad. Y ni siquiera con una cámara que grabara noche y día a un hombre, registrando hasta sus más mínimos movimientos, se lograría una reproducción fiel de su vida. Y es que la realidad en la vida de un hombre no se encuentra únicamente donde él está. Se halla también en otras vidas. En las de los seres a los que él ama o aborrece, pero también en las de otros por completo desconocidos para él. De pronto, la gata se apartó de su lado y metió la cabeza entre los balaustres. Un hombre se encontraba en aquel momento a la entrada del jardín. Se había quedado allí detenido y debía de estar contemplando a

Carina, tumbada en la hierba, como solía hacer con cierta frecuencia.

Jacques le había pedido que bajara cuando quisiera a descansar. Le gustaba verla allí tumbada. Bocabajo, había dejado sus sandalias tiradas en el suelo. Cuando se echaba bocarriba, observaba las nubes y descansaba las manos sobre sus costillas. Pero cuando lo hacía bocabajo, como ahora, con la cabeza apoyada sobre sus muñecas, acechaba el mundo en miniatura que bullía entre los tallos. Unos metros más arriba la sangre de Jacques también hervía. Mientras la miraba. Y lo hacía a menudo, admirando cada uno de sus gestos, la naturalidad de sus posturas al no saberse observada, cuando a su vez espiaba a todos aquellos seres insignificantes. Había allí chinitas en su traje de color rojo con lunares negros. Abejas, envueltas en sus abrigo de piel, tiritando sobre las puntas de las flores. Escarabajos con armaduras relucientes. Saltamontes como carpinteros camuflados. Libélulas apareándose en extraños equilibrios. Pulgones, hormigas. Y miríadas de minúsculos caracoles de color blanco que cubrían casi todas las plantas como una lluvia de flores. Al parecer, estaban muertos, aunque seguían aferrados a cada tallo que surgía de la tierra. Había también vilanos, tan grandes que parecían varitas mágicas coronadas por estrellas.

Pamina debía de estar comiendo zanahorias dentro del cobertizo. El desconocido se puso en movimiento. No caminaba, avanzó ejecutando una curiosa danza, dejándose llevar por los ritmos ondulantes de una melodía que debía de sonar en el interior de su cabeza. Casi se podía escuchar la música que le hacía bailar así. Las *darbukas*, el laúd, las flautas, las panderetas. Tan precisos eran los movimientos de su cuerpo, la destreza y suavidad con la que cruzó entre los arbustos. De pronto era una estatua en mudo equilibrio, como si la canción que le empujaba arremetiera en oleadas o en ese instante se hubiera detenido. Cabalgaba, despacio, y parecía que le brotaran crines. O revoloteaba como un púgil. Aquel hombre bailaba la danza de la muerte. ¿De la muerte? Más bien parecía una ceremonia de apareamiento. Jacques no sabía quién era, aunque le había visto en los últimos días por alguna de las calles en cuesta del pueblo. Sin dejar de ejecutar aquella danza silenciosa, y de puntillas sobre sus ágiles tobillos, el intruso siguió acercándose. Sus músculos parecían gomas elásticas. Carina no parecía prestarle atención, aunque tal vez le estuviera atisbando por el rabillo del ojo.

El desconocido volvió a detenerse y, bajando la cabeza, alzó los antebrazos, los observó y después los besó. Primero uno y después el otro. Jacques se acordó del boxeador Marcel Cerdan, el bombardero de Marruecos, nacido como él en Argelia y muerto en accidente de avión hacía casi diez años. En aquel momento el intruso se agachó para recoger la manta de la burra, caída en la hierba justo delante de él. La sacudió, la dejó tersa y planchada, la dobló con cuidado y, apoyando una mano en su cintura, marcó un pase con el que casi rozó a Carina, que seguía tumbada. Un pase de cabeza a rabo. Con elegancia, ritmo y sin prisa alguna, midiendo muy bien las

distancias. ¡Ole!, exclamó él mismo, sacando pecho, con una pierna atrás y la muleta colgando, como si de verdad un toro hubiera metido los pitones por debajo de los vuelos de su capote y él hubiera llevado la embestida del animal prendida a milímetros, sin que le enganchara la tela. El amor imposible de mi vida, dijo entonces, perdiendo la vista en los inmateriales cuernos del aire, al tiempo que tiraba la manta a un lado y se inclinaba sobre el cuerpo de la muchacha.

Carina levantó la cabeza y se ruborizó. Hasta las plantas de sus pies, ahora desnudas, podían arder con unas pocas palabras. Él la contempló desde arriba con un aire de melancolía en los ojos, pero de repente pegó un salto y se tumbó también en la hierba, aunque de forma que sólo sus cabezas se rozaran. El hombre tenía el cabello de color rubio y lo llevaba recogido en un pequeño moño. Sonriendo, parecía estarle murmurando algo a Carina. Entonces se escuchó la risa de ella. Jacques tenía muy buen oído y el silencio a aquellas horas de la tarde era tan completo que sin querer escuchó la conversación. Estoy tan cerca de ti, decía el desconocido en aquel momento, que ya te he dejado mi olor. Y, ¿a qué hueles?, preguntó ella. A zorrillo. A perro callejero. Puso voz de gato salvaje y Jacques a duras penas fue capaz de contener la risa. Por suerte, desde allá abajo, desde el jardín, no se oía lo que alguien pudiera decir o hacer en la terraza. El hormigueo de las hojas, el bullir de los insectos, el aleteo de los pájaros era constante. Desde arriba, en cambio, se podía escuchar cualquier palabra o suspiro que se emitiera allá abajo, a pesar de que la terraza en la que se encontraba Jacques se levantaba cinco o seis metros por encima del terreno. De todos modos, decidió encender un cigarrillo, como posible excusa para el caso de que alguno de los dos levantara la cabeza y mirara hacia donde se encontraba él.

Me voy a ir con la maleta a tu casa, estaba diciendo ahora el desconocido. Tengo hambre. Y necesidades. La muchacha no contestó, se limitó a sonreír con aire de tristeza, y él prosiguió impasible. Yo me quiero quedar en tu casa. Quiero vivir a tu lado. Aquella muchacha atraía a los más pobres, cuando ella misma apenas tenía nada, poco más que su sonrisa, una sonrisa capaz de curar, y unas ganas enormes de ayudar a todo el que lo necesitara. Acuérdate del día de hoy. Algún día no muy lejano serás mía. Aquel hombre podía ser un excelente actor. Se veía que sabía fingir, hacerse entender con todo el cuerpo, cambiar de voz como quien se muda de camisa. Un magnífico d'Artagnan, un intrépido Passepoil, batiéndose con la espada. O un Robin de los bosques inolvidable. Y parecía contener toda una orgía de pasiones. Seguir una regla de juego que, por otro lado, ni siquiera él mismo se tomaba demasiado en serio, lo que le daba también cierto aire de inocencia. De espontaneidad. O tal vez, por el contrario, de premeditación.

Quizá sus gestos, sus palabras, no sean más que las primeras maniobras de una estrategia hábilmente preparada, pensó Jacques y se retiró un poco hacia atrás. Sentía un invencible pudor, aunque no se marchó de la terraza. Tan sólo se apartó un poco

de la balaustrada de piedra y atisbó desde un rincón. Como la gata. A él, que amaba el arte dramático, que escribía piezas y adaptaba novelas de otros escritores para llevarlas a los escenarios, ocupándose incluso de los decorados y de cada detalle de la representación, le resultaba imposible alejarse de un cuadro como aquél. Se sentía como el director de escena que asiste al estreno después de muchos meses de esfuerzo y emociones. Pero ahora, en lugar del director, que conoce cada línea del texto, que intuye uno por uno los aplausos o pataleos que coronarán la función, en lugar de uno de los personajes principales, pues más de una vez él mismo había salido a escena caracterizado bajo una máscara, era un intruso escondido en un palco improvisado frente a un decorado único, espectador de una obra ajena que tan sólo se representaría una vez.

Háblale de mí, oyó que imploraba el nuevo personaje. Quiero salir en su libro. Ser un personaje rudo, sensible. Un hombre apasionado. Carina le debía de haber dicho que trabajaba para un escritor. Estaba muy orgullosa. Y se interesaba por cada insignificancia que él le pudiera contar sobre el progreso de la novela. Cada mañana le preguntaba. ¿Cuántas páginas? Y mientras él respondía, abría mucho los ojos y repetía la cifra sin llegar a pronunciarla, moviendo los labios, como si fuera un espejo. Como en un susurro de admiración. Sabía que hasta en la vida real Jacques se dedicaba a distribuir papeles. Y que los representaba. Su hija era la peste. El niño, el cólera. ¿Y papá?, preguntaba Jacques. Papá es la víctima, contestaban ellos a coro.

Pero, ¿con tu nombre y tu apellido?, le preguntó ahora Carina. Sí, sí. Con mi nombre y mi apellido. Y en el libro, ¿qué te gustaría ser? ¿Un buen hombre? ¿O te gustaría que tu personaje fuera capaz de matar? Al tanto de la trama, parecía empeñada en buscar la inspiración necesaria para seguir avanzando, pero el pequeño coloso no se mostró de acuerdo con el papel que le ofrecía. No. Quiero ser un personaje dramático, alguien que muera de amor. Las españolas siempre me hacen llorar. Pero si soy la primera que conoces. Tú mismo lo has dicho, protestó ella y una sonrisa hizo brillar sus ojos. Me harás llorar, contestó él. La carcajada de Carina envalentonó al seductor. Pero si tú quieres puedo ser el asesino. O desdoblarme. Ser el bueno y el malo a la vez. Sé imitar voces. Acentos de países diferentes. Entablar conversaciones imaginarias hasta entre cuatro personas distintas, sólo con cambiar el tono. O puedo ser el guardaespaldas de tu jefe. Al escritor ni me lo miren ni me lo toquen, exclamó, poniendo una voz grave, de amenaza, y con la mano derecha hizo ademán de ir a disparar con un arma. O les meto un camión de plomo en la cabeza.

Todo comediante acaba por encontrar la tragedia, pensó Jacques. Y, viendo que aquel hombre parecía saber que no hay nada más serio que el juego y que, en consecuencia, seguía adelante con su cortejo amoroso, decidió no continuar al acecho y meterse otra vez en casa a trabajar. La gata, en cambio, se quedó allí y fue inclinando cada vez más la cabeza y las orejas hacia un lado, como si estuviera

persiguiendo el rastro de las risas de aquellos dos, como si sus palabras volaran por el aire y ella pudiera cazarlas. Jacques no la llamó. Dejó que se quedara allí esperando el final del acto. Tal vez también la burra estuviera atisbando por una rendija del cobertizo. O podría ser el enterrador de la comarca, alcanzó a oír que decía el desconocido. Allí estaba. Otra vez. El deseo de inmortalidad. La fascinación del actor por multiplicarse a través de otros destinos. El de cualquier ser humano por convertirse al menos en un personaje de novela. Aquel deseo era a menudo una fuente de alegrías, pero también de muchos males.

Jacques se sumió en su trabajo y se olvidó de todo, del tiempo y del espacio, de aquellos dos en el huerto. Y cuando al cabo de un rato la muchacha subió a la casa con el delantal todo arrugado y algunos hierbajos en el vuelo de su vestido de flores, la miró con un aire entre divertido y severo, pidiendo información sin decir una palabra. Carina se ruborizó. Se llama Édouard. Édouard Buysse. Viene de Flandes. Ha sido matador de toros y ha recorrido el sur de Francia toreando, pero hace tiempo que ha dejado las corridas. La última vez un toro le cogió por la espalda, le rompió la chaquetilla y le abrió una herida profunda. La camisa se empapó. El traje aquel día era de color tabaco y oro. Me ha contado que el albero de la plaza quedó cubierto de sangre y de lentejuelas doradas que brillaban al sol de las últimas horas. Como un reguero de estrellas. Y cuando quiso retomarlos, la herida se abrió. No ha vuelto a una plaza más que para ver torear a algún compañero. Desde entonces lleva una vida errante. Llegó al pueblo hace menos de un mes y no encuentra trabajo.

¿Te gusta?, preguntó Jacques. Reconocía el amor con sólo ver a dos personas juntas durante unos instantes, pero quería que ella misma lo dijera. El pudor la embellecía. Y se veía que el amor también. Se encendió toda por dentro. De golpe. No era necesario que respondiera. Y, sin embargo, con el aplomo de un niño, exclamó: Claro. Fue mi regalo de cumpleaños. Llegó al pueblo justo el día de mi aniversario. Y lo dijo con el mismo tono de inocencia con el que hubiera podido afirmar que aquel hombre había caído directamente del cielo o que había venido de otro planeta. Desde una estrella remota. No he sentido nunca nada parecido. Jacques notó el aguijón de los celos. ¿Y tú a él? Quiero decir, si tú le gustas a él. El rubor en el rostro de Carina subió aún más de intensidad y el vello transparente que envolvía todo su rostro pareció erizarse y brillar con la luz que entraba por el ventanal.

Ten cuidado. Te hará llorar, se oyó decir Jacques. Y reír, añadió enseguida. Un donjuán reconoce a otro en cuanto lo ve, más aún cuando oye hablar de él a una mujer que le ama. Un donjuán sabe que no hay nada peor que perder esta vida y, por tanto, no espera. Además, ella también podía resultar peligrosa. Su belleza se quedaba clavada en el corazón y era difícil apartarla de los pensamientos. No tiene esperanza, añadió Jacques. En eso se parece a ti. Carina le miró con extrañeza. Y a mí, prosiguió. ¿Cómo explicarle que en esta vida tan sólo había un lujo, que era el del

encuentro con otras personas? Dentro de diez o de veinte años estaremos muertos. O mucho antes. El tiempo transcurría a toda velocidad. Carina inclinó la cabeza y se quedó mirando al suelo. Parecía que estuviera llorando. Tal vez sólo pensaba. Quizá lo supiera ya.

Jacques estaba arrepentido de sus palabras. ¿Quién era él para decirle que fuera prudente? Precisamente él. ¿Y esa ropa que lleva?, preguntó, intentando desviar los pensamientos de Carina del abismo al que sin duda acababa de asomarse. Aquel abismo en el que sólo había un pensamiento, el de que al final de todo estaba la muerte. Acechando en cualquier rincón. ¿Es ciclista? ¿Tiene algo que ver con aquel Lucien Buysse que ganó el Tour de Francia en 1926? Una dura carrera. La más larga de la Historia. También era belga, añadió, viendo que Carina seguía sin decir una palabra. No lo sé, contestó por fin. Pero sí sé que, antes de probar suerte en los toros, intentó ganarse la vida como ciclista profesional. No tuvo mucha más fortuna que en el ruedo. Dice que ha nacido tarde. Que ha llegado tarde al toreo. Y a todas partes. Que la vida se le escapa. Que corre delante de él, mientras la muerte le persigue y le pisa los talones.

Jacques sacudió la cabeza. ¿Y si era un fante, un charlatán, un farsante, un embaucador? Pero entonces recordó que al campeón belga le llamaban el pequeño Buysse. De corta estatura, tenía una fuerza y un tesón extraordinarios. Como aquel otro hombre. Y, haciendo un esfuerzo para vencer los celos, quiso conocerle. Le gustaban los deportes. Y aquellos que los practicaban. Como la gente sencilla, que se ganaba el pan con los oficios de siempre. Los que iban al río a pescar. Los que guardaban los animales. Y los aficionados que llenaban los estadios. El boxeo. El fútbol. Los toros. Y todo lo que viniera de España, de donde había salido la familia de su madre mucho antes de que él naciera, buscando alguna oportunidad para no morir de hambre, de donde también se había marchado Carina. ¿Dónde vive?, preguntó. Al principio con los gitanos, cerca del castillo. Ahora un pintor en el pueblo le ha cedido una habitación. Muy pequeña, pero da a un estrecho balcón. Allí mete él su bicicleta. En su cuarto. Dice que es su mujer. Es todo lo que tiene.

Carina encogió los hombros y sonrió. Una cuerda de tender la ropa llena de camisetas, de calcetines y calzoncillos recorre la habitación de lado a lado. Hay un colchón en el suelo, desde donde le gusta mirar a través de la ventana y ver las persianas de color azul o verde de las otras casas. Y los tejados, que hace mucho que no contemplaba desde debajo de un techo. Dice que allí dentro no llueve. Y que en invierno hará mucho menos frío que en la calle, aunque no hay calefacción. El resto de su ropa está tirada sobre la cama, en un batiburrillo. No tiene armario, y duerme encima de todo eso. En aquel instante la muchacha se ruborizó. A veces le llevo algo de comida, añadió, tratando sin duda de justificar aquel grado de intimidad. Y se lanzó a hablar, algo nerviosa. Una vida pasa y empieza otra, dijo. Entonces se acaba

también esa otra y comienza una tercera, y después una cuarta, y así sin cesar. Y cada una termina como cortada de un tijeretazo... De modo que lo sabía. Claro que lo sabía. ¿Cómo no lo iba a saber? Ella, que había perdido a su hermano a los trece años, tenía que saberlo. Mejor que nadie. Y nunca se le olvidaría.

Jacques conocía aquella sensación. La de abrazar a una persona pensando que cualquier día no podría volver a hacerlo. Y, sin embargo, cuántas veces nos falta el valor o, peor aún, las ganas para esbozar un gesto de cariño, para pronunciar unas palabras de aliento. Unos días me abraza entre sus brazos. Otros me asusta su mirada de hielo, confesó de pronto. Jacques se quedó con la boca abierta. ¿Quería martirizarle? Jamás se hubiera atrevido a pensar que escucharía algo semejante de labios de aquella muchacha tan delicada y tímida, pero estaba claro que había ido cogiendo confianza y tuvo la desagradable impresión de que de pronto le veía como a un miembro de la familia, como a alguien mayor. Había soñado con volver a besarla, no una, sino cientos de veces, con lo que ahora se resistía a imaginarla en brazos de aquel tipo musculoso y zalamero.

Dile que suba. Quiero hablar con él. La muchacha se dio la vuelta y se dirigió a toda prisa hacia el jardincillo. Jacques se preguntó si realmente le gustaba el papel de espectador. A medida que avanzaba aquel nuevo episodio le hacía menos gracia el desenlace que parecía venirle encima, aunque desde el principio había intuido que Carina no era para él. Ahora debía poner en práctica su propio espíritu deportivo. La muchacha volvió al cabo de unos minutos tirando de aquella máquina de carne, que al parecer se resistía a entrar en la casa. Aprovecha, amor lindo, oyó Jacques que le decía mientras iban subiendo los últimos escalones que conducían hasta su cuarto de trabajo. Es gratis. Hoy es martes. Abrázame. Bueno, todos los días es gratis. Para ti. Todos los días de la semana. Espera un momento, le interrumpió ella. Estás un poco despeinado. Es que no tengo peine, dijo él riendo, pero en el momento en que vio a Jacques, enmudeció y, con una expresión muy seria, hizo ademán de ir a descubrirse, cuando no llevaba ni gorra ni sombrero alguno.

Jacques fue a su encuentro y vio que unos lamparones de grasa adornaban su camiseta a la altura del pecho. El hombre bajó la cabeza e hizo ademán de ir a cubrir las manchas, pero Jacques le tendió la mano y él, tras comprobar que la vestimenta del dueño de la casa no era mucho mejor que la suya, se acercó y respondió al saludo. Tenía las manos fuertes, ásperas. Después, sus ojos se pasearon tranquilamente por la habitación, cubierta de libros por todas partes. No sólo los había repartidos por las estanterías que tapizaban las paredes. Se amontonaban también en pequeñas columnas sobre cada mesa, sobre cada mueble o sillón. E incluso en el suelo, formando torrecillas en caprichoso equilibrio junto a las paredes. Había también periódicos y revistas. Y tazas de café, ceniceros llenos de colillas y algún que otro vaso. Pero, a pesar del desorden, todo estaba limpio. No había una sola mota de polvo

ni en el suelo, ni en los estantes, ni en los pocos centímetros de superficie libre que quedaba en las diferentes mesas. Obra de Carina, debió de pensar Édouard, pues volvió a mirarla con embeleso. Tenía los ojos pálidos. Y cuando el sol que entraba por la ventana le dio de lleno, se volvieron azules, aunque en realidad eran de un amarillo claro, casi transparente. Tenía ojos de lince. Casi no se le veían de tan claros.

Jacques le tendió la mano. Tenía que reconocer que su rival no era poca cosa. Monsieur Buysse, me gustaría que trabajara para mí. El ex torero le miró sorprendido. Tal vez no estuviera acostumbrado a aquella familiaridad inmediata, pero es que Jacques padecía una inclinación natural hacia la simpatía. Por eso, cuando veía una cara nueva, una voz en su interior hacía sonar una alarma: Despacio. ¡Peligro! Y cuando la simpatía era muy fuerte, sobre todo entonces, sabía que debía mantenerse en guardia. Había sufrido demasiadas decepciones a lo largo de su vida. La gata entró en aquel momento en la habitación y se acercó al desconocido. El belga se inclinó para acariciar al animal, que, tras permitir que durante unos segundos le rascara el lomo, empezó a restregarse contra una de sus piernas. No hay nada que temer, pensó Jacques, que una vez más se dejó llevar por su tendencia a la confianza y desveló al matador retirado cuál iba a ser su cometido. Me gustaría que trabajara para mí. Como jardinero. No tengo ni idea de plantas ni de árboles, contestó él con una sonrisa franca. La única flor que conozco... No terminó la frase, se limitó a mirar a Carina. Una expresión de leve ironía asomó a los ojos de Jacques. Entonces es usted perfecto, afirmó. Justo la persona que buscaba. No quiero un jardín relamido. Prefiero que tenga un aspecto descuidado. Por eso no se preocupe, contestó el ex ciclista. De eso me ocupo yo.

¿Cuándo podría empezar? Hoy mismo. O mañana, si le parece demasiado pronto, contestó y, echándose a reír, cogió a Jacques del brazo y le dio un paseo por la habitación. Jacques se quedó estupefacto. Por cierto, aprovechó para preguntarle en cuanto le soltó, ¿tiene usted algo que ver con el ciclista Lucien Buysse? Sí, claro. Los Buysse son primos de mi padre. Casi todos ciclistas profesionales, aunque ninguno como Lucien. Y yo a mi hija pequeña le he puesto de nombre Luciana Estefanía. En su honor. Los dos hombres vieron cómo Carina se quedaba blanca. Cómo su cuerpo se tambaleaba un poco, como si una ráfaga de viento se hubiera colado en la habitación. Sí, sí. Tengo dos hijas, se apresuró a explicar Édouard, pero hace tiempo que me separé. Y sonrió, halagado por la reacción de la muchacha. Tenía una hermosa sonrisa. Los dientes muy blancos. Los labios gruesos. Ella respiró hondo y pareció recobrar el aliento.

Jacques se puso a hacer cálculos. Debía de tener unos treinta años, aunque aparentaba ser incluso más joven gracias a aquella ropa de ciclista, al pelo rubio y largo que llevaba recogido en la nuca, en un moño algo enredado, y al mucho ejercicio físico que debía de haber hecho a lo largo de su vida. Y recordó una

fotografía que alguien tomó tras una etapa de montaña. Había estallado una fuerte tormenta y el pequeño Lucien Buysse aparecía junto a su bicicleta con toda la cara, las piernas y los brazos cubiertos de barro. Parecía un minero con la piel ennegrecida por el carbón. Llevaba las cámaras de repuesto de las ruedas de su bicicleta embutidas en el cuerpo, en los hombros, debajo de las axilas. Una raza de titanes, pensó Jacques. Monsieur Terrasse, ¿me permite que a mi vez le haga una pregunta? Sé que es usted un escritor célebre. Así que también el belga le llamaba así. En el pueblo todos sabían que quería guardar el anonimato y proteger su intimidad. Y al poco de llegar le habían bautizado con aquel nombre, por las dos terrazas que tenía aquella casa, una encima de la otra.

Hizo un gesto con la cabeza, invitando al diestro a disparar su pregunta. Adelante, le dijo, viendo que no se decidía. ¿Escribe usted todas las tonterías que se le pasan por la cabeza? ¿Todo lo que ocurre a su alrededor? La carcajada de Jacques fue aún más sonora que las de Carina un rato antes en el jardín. Hasta se dobló hacia atrás. Me gustaría leer alguno de sus libros, añadió, tal vez como disculpa por su atrevimiento. Jacques se quedó pensativo, pero enseguida se dio la vuelta y se marchó a la habitación contigua. Volvió con un volumen de color crema y se lo entregó. *El extranjero*, murmuró Édouard contemplando la sencilla portada, sin más adorno que el título, el nombre del autor y el de la editorial en letras negras y rojas. Me interesa. Orgullosa, Carina le cogió de la mano y lo arrastró fuera de allí. De modo que además le gustaba leer. Era un camaleón. Y ella una tonta por haber sospechado que pudiera ser analfabeto. Édouard había estado en todas partes. Parecía saber de todo un poco. Además de que su aspecto cada día era diferente. Nunca parecía el mismo.

Todas las veces que Jacques se lo había cruzado por el pueblo había dudado de si se trataba del mismo hombre. La primera vez le había visto con melenas enredadas y unas barbas como las de Jesucristo sobre un torso desnudo cubierto de sudor y unos guantes oscuros que le daban aspecto de boxeador. Tal vez entonces viniera de trabajar en el campo. O en algún taller del pueblo. En otra ocasión le había visto con un pañuelo de colores en la cabeza colocado a la manera de las campesinas rusas. O como un pirata. Y otra vez con un gorro de lana metido hasta las cejas. O con una gorra con la visera tapándole los ojos. Y hasta con una boina enorme. Y cuando se encasquetaba la pañoleta de colores o el gorro de esa forma, tenía una expresión tan concentrada y a la vez tan perdida en sus ojos transparentes y tal aire de amargura en torno a los labios que Jacques estaba seguro de que esos días apenas debía de ser capaz de decir una sola palabra. Tal vez ni siquiera de emitir un gruñido a modo de saludo. Y ese mutismo terco le había atraído. Era la marca del sufrimiento. El orgullo, tantas veces estéril, de los pobres. ¿O era más bien rencor? Vamos, Edou, dijo Carina. Todos tenemos que trabajar.

Por cierto, monsieur Buysse, la interrumpió Jacques. Tendrá usted que dar de

comer a la burra, pero no vaya a ponerse guantes de color naranja. Carina lo hizo la primera vez y el animal casi le come la mano creyendo que era un racimo de zanahorias. Y otra cosa. ¿Me dejará que trabaje en el jardín? De vez en cuando me gusta escribir ahí abajo. Édouard se inclinó y le hizo una profunda reverencia. Como un actor cuando saluda al público al final de la representación mientras recibe una buena cosecha de aplausos. O el más respetuoso de los silencios, porque Jacques se limitó a contemplarle asombrado. En su vida había visto nada igual. Ni siquiera en el teatro. Ningún problema, dijo el experto en la suerte de matar. Jacques se dio cuenta de que no iba a ser fácil concentrarse con un tipo como aquél rondando por allí, alguien que no paraba de hacer muecas y bromas, de ensayar pases toreros, alguien que se ponía a bailar de manera repentina sin necesidad de escuchar música alguna y que sin duda le bombardearía con miles de preguntas acerca de su trabajo.

E imaginó también a Carina arrojándole saquitos de avituallamiento desde la terraza. Bollos, frutas, golosinas envueltas en algún pañuelo. O regalos para hacerle la vida más agradable. Algún jabón con olor a lavanda. Un peine. Un par de calcetines de Jacques. Pero trató de consolarse pensando en las posibilidades de inspiración que sin duda le brindaría. En aquel momento, Édouard cogió las manos de Carina y se las besó. Primero, una. Después, la otra. Que Dios bendiga estas manos, susurró. Ella volvió a tirar de él para llevárselo de allí cuanto antes. Jacques vio cómo se alejaban.

Tenía miedo de que el ex matador, con aquel talento para la pantomima y el sainete, acabara por hacer daño a Carina. Cuanto más tiempo pasara por allí, en su casa, más podría saber sobre él. Ahora ella le enseñaría qué era lo que tenía que hacer allá abajo y dónde se guardaban los aperos. Mientras tanto, Jacques volvió a su mesa de trabajo para retomar el manuscrito en el mismo lugar en que lo había dejado justo antes de que llegara el nuevo personaje. Es tarde. Demasiado tarde, pensó. Desde hacía unos meses le parecía que no le quedaba mucho tiempo. Tenía que darse prisa. Llevaba treinta años haciéndolo, casi toda su vida, desde que a los diecisiete había escupido sangre y le habían llevado al Mustaphá. Jacques relejó las últimas frases para poder continuar. El padre de Jacques muerto en el Marne. ¿Qué queda de esa vida oscura? Nada, un recuerdo impalpable, la ceniza leve de un ala de mariposa quemada en el incendio de un bosque.

EL PELIGRO DEL QUE NADIE HABLABA

Acababan de llegar a Sens. Durante todo el camino una lluvia fina y blanca había rayado el aire haciendo que pareciera una red de hilos de araña. Ahora había salido el sol. Tienes miedo, le dijo Michel. Sí, tenía miedo, era verdad, no podía negarlo, pero no quería decirlo para que no creciera, para no contagiarlo a sus amigos. Vamos. Me conozco esta carretera como si fuera la palma de mi mano, insistió Michel una vez más, tratando de calmar la ansiedad de Jacques. Bastaba con verle la cara. El gesto sombrío tan distinto de su sonrisa franca de costumbre, de sus ganas de bromear. Conocía el miedo a la muerte que desde hacía años le asaltaba con frecuencia. Tal vez desde su juventud. Lo compartían, como otras muchas cosas. Como la tuberculosis. En varias ocasiones su amigo incluso había caído en una fuerte depresión. Pero los últimos días parecía más asustado. No voy a correr, no te preocupes. Te lo he prometido. Y nunca corro cuando voy con Anne y con Janine.

Jacques le pasó el brazo que le quedaba libre por el hombro, el otro sujetaba la cartera de la que apenas se separaba un instante. Una cartera de cuero negro con el fuelle inflado, las esquinas reforzadas y una cerradura cuya llave no utilizaba jamás. Sísifo, siempre con su roca auestas, le dijo Michel sonriendo. En el interior de aquel maletín Jacques llevaba el manuscrito de su novela y el cuaderno en el que seguía tomando notas. Una novela inacabada es como un recién nacido. Como un enfermo grave o un moribundo, de cuya cabecera no puede uno separarse ni un momento, pensó, mientras caminaban hacia la entrada del Hotel de París et de la Poste, una antigua mansión de estilo colonial convertida en restaurante, donde tenían intención de almorzar. Hacía unos días que habían hecho una reserva a nombre de Jacques desde el teléfono de su casa en Lourmarin. Después de comer, en una hora más o menos, estarían en París. Janine y Anne avanzaban ante ellos, tratando de estirar un poco las piernas antes de ir a sentarse a la mesa.

La parte trasera del coche era tan reducida que Jacques había insistido a menudo en ceder su asiento a Janine. Pero ella había rechazado la oferta con el pretexto de que él tenía las piernas más largas. Además, así se sentiría más cerca de su amigo. *Floc* tiraba con impaciencia de la correa. Debía de estar hambriento y un poco cansado del viaje, a pesar de que durante todo el trayecto había ido con la vista fija en la ventana, intentando verlo todo a través de las largas guedejas que le caían sobre los ojos. Era un perro poco común. Le gustaba el paisaje. Un perro adulto, pensó Jacques. A pesar de su aspecto y de su carácter juguetón. Parecía una bola de pelo blanco. Los niños jamás se extasían con lo que la naturaleza o una ciudad ofrecen a

sus ojos. Enseguida pierden el interés, la concentración necesaria para embelesarse y expresar con palabras la admiración por lo que tienen delante, como suelen hacer los mayores. Y, sin embargo, las imágenes en el cerebro de los niños se graban con mayor intensidad.

La explanada frente a la puerta que daba acceso al local estaba cubierta de plantas. Había algunas flores y pequeñas palmeras de hojas enormes. Dos empleados del hotel vestidos de uniforme, a la hora, les salieron al encuentro. Delgados, de piel cetrina y más o menos de la misma estatura, llevaban una larga chilaba de color claro, babuchas y un fez de color rojo. Su cometido, recibir a los clientes, les obligaba a mantenerse la mayor parte del tiempo junto al portón enmarcado por un par de farolillos. Michel echó una mirada de soslayo a Jacques. Una discreta expresión de disgusto adornaba su rostro. ¿Por qué tenían que mantener aquella tradición?, debía de estar preguntándose. Pero ninguno de los dos dijo nada. Jacques escuchó el ruido seco de sus pasos sobre el suelo frío y el crujido regular del asa de su cartera. Y, en cuanto estuvo a su altura, se dirigió a los dos empleados en árabe. Ellos le devolvieron el saludo. *As-salaam-alaykum*. Y los tres se llevaron la mano desde el pecho a la frente, para alzarla después por el aire. Que la paz sea contigo. Michel le entregó las llaves a uno de ellos, que se encargó de ir a aparcar el coche. El otro tomó a *Floc* de la correa y se lo llevó a la parte de atrás, para darle de comer y de beber. Ninguno de los ocupantes del vehículo había bajado equipaje alguno. Tan sólo Jacques llevaba su cartera de cuero.

Justo en el momento de entrar en el hotel, Jacques se volvió y vio a otros dos árabes vestidos con monos de trabajo, que se dirigían hacia el lugar en el que ahora se encontraba el Facel Vega. El primero llevaba un cubo, una bayeta y varios trapos. El otro, un limpiacristales con un largo mango de madera. Jacques se quedó observándolos unos instantes y su mirada se cruzó con la de uno de ellos, que en aquel momento se volvió hacia la puerta. Un hombre apuesto y joven. Aunque había algo desagradable en aquel semblante. ¿La mirada? Sí. Y no era la primera vez que Jacques veía aquella expresión, pero sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Era la mirada del odio. Uno no se acostumbra jamás a eso. Y se quedó paralizado. Además, había visto aquel rostro en algún otro lugar, pero ¿dónde? ¿En un sueño? Tenía la sensación de conocerle de algo. Aunque conocía a tanta gente sin conocerla de verdad... Era uno de los muchos inconvenientes de la fama. Tenía que dejar que le presentaran a muchas personas que después no volvería a ver nunca más. Estrecharles la mano, intercambiar algunas palabras. A veces, incluso firmar algún autógrafo. Y así con frecuencia hasta los desconocidos le resultaban familiares. Tenía la sensación de no ser él el personaje público, sino todos los demás.

Y, sin embargo, aquella cara... Y, sobre todo, el costurón. Aquella marca que le recorría parte de la nariz y de la mejilla. El hombre había vuelto el rostro, y ahora tan

sólo podía verle de perfil. Tal vez la cicatriz no fuera más que un espejismo. Unas facciones similares, una forma de andar parecida, y ya creía uno ver hasta el rasgo más característico de una persona determinada. Y, sin embargo... Sí, seguía teniendo una extraña sensación. Como cuando ve uno a alguien por la calle y cree estar ante la encarnación del protagonista de un libro que ha leído hace tiempo. Es más, le recordaba a uno de sus personajes, aunque era algo diferente. Tenía el rostro más ancho. La expresión más dura. Y si encontrarse por la calle a un Raskolnikov o a un Mischkin o a Ulrich en carne y hueso podía causar una honda impresión en un lector, para un escritor el hecho de toparse con una de sus propias creaciones rayaba en la locura.

Qué tontería, se dijo. Todo aquello no era más que un producto de su fantasía. Una fantasmagoría. Si se acercaba para verle con más detalle se daría cuenta de que no sólo no tenía corte alguno ni en la nariz ni en la mejilla, sino que no se parecía en absoluto. Pero no, no era posible, tenía que entrar de una vez. Sus amigos estarían esperándole. Dándose la vuelta, subió los escalones que llevaban hasta la puerta y, una vez en el local, avanzó hacia el comedor, aunque su mente se encontraba a kilómetros de allí, recordando aquella sensación de permanente peligro que había percibido allá en Argelia, pero de la que nadie hablaba nunca, porque parecía natural. Una amenaza invisible que se husmeaba en el aire, sobre todo ciertas noches en las que acababa por estallar una pelea. La hostilidad entre franceses y árabes, aquellos hombres atrayentes e inquietantes, que con frecuencia se movían en gran número, sin hacer apenas ruido. En aquel momento, Janine le hizo una seña desde el fondo.

Tiene la mirada de los hombres de la arena, dijo Kassim con los ojos fijos en la entrada del restaurante, aunque Jacques ya no estaba allí. Hadji percibió cierta tristeza en la manera de hablar de su compañero y se inquietó. Son cuatro, dijo. No sólo Golan y su amigo Gilat. Otro *rouget*. Y, para colmo, las dos mujeres. Una de ellas es muy joven, casi una niña. También Kassim estaba impresionado. Eran tan hermosas. Las habían visto bajarse del coche y entrar en el local, y apenas habían podido apartar los ojos de aquellas dos figuras. Con las faldas estrechas hasta la rodilla y sus piernas largas parecían haber salido directamente de una película. Que Gilat fuera pelirrojo a él le traía sin cuidado. No creía en las maldiciones. Le había bautizado así porque tenía una expresión muy risueña. En hebreo, Gilat significaba alegría. Petit Boxeur le había descrito a la perfección. En cuanto a Golan, cuando se había vuelto en el último momento para observarles, Kassim le había sostenido la mirada, clavándola por unos instantes en sus ojos. Son ricos, le dijo a su compañero, consciente de cuál era su más honda debilidad. En su corazón el odio a los ricos y el amor por el dinero se mezclaban a partes iguales. Tremendamente ricos.

No hay vuelta atrás. No, no la había. Cuanto más corra su caballo, pensó para sus adentros, antes le alcanzará la muerte. En cuanto a Hadji, estaba convencido de que a

Kassim le asaltaban las mismas dudas que a él, pero empezaba a estar harto. Cuando no era su mutismo, le fastidiaban sus arrebatos de mal humor. Dime la verdad. ¿Por qué él? Kassim, cansado a su vez de las preguntas de Hadji, no quiso contestar y volvió a sumirse en su silencio de costumbre. Aquel hombre había conseguido lo que él no lograría jamás. La inmortalidad. No se trataba tanto de los bienes materiales, sino de algo mucho más importante. De algo que él no conocería nunca. Ni de lejos. Se trataba de la fama, del respeto de miles y miles de personas, de la posteridad. De la reputación. Debería estar con nosotros. Porque fuera puede hacer mucho daño, aunque no haga nada. Aunque no haga nada más que guardar silencio. Hay silencios acusadores. Y cualquier día puede hablar. Contar lo que ha visto. Publicar la lista. Con todos los nombres.

Los dos sirvientes vestidos a la mora estaban otra vez junto a la puerta del restaurante, aunque ahora cada vez que llegaba otro vehículo tan sólo uno de ellos abandonaba el puesto de observación para recibir a los nuevos clientes. Hadji hundió el limpiacristales en el cubo y después lo pasó por el parabrisas. Un cristal panorámico. Fabuloso. Kassim abrió el maletero, que revolvió durante un rato, a pesar de que en el interior apenas había nada. Hadji se acercó a limpiar el cristal de la parte trasera. Kassim parecía molesto. Debe de estar en el maletín que llevaba consigo. Tendremos que seguirles, tal y como estaba previsto, y volver a buscar. Hadji se dirigió una vez más a la parte anterior, abrió el capó y metió la cabeza. Aquel coche era una maravilla. La caja de las maravillas. Jamás había visto nada igual. Le hubiera gustado quedarse horas y horas comprobando cada detalle, contemplando cada pieza. Desmontó la tapa de los filtros del aire. Tenía todo a su alcance. El carburador, la dinamo, la caja de cambios, el motor de arranque, la varilla del aceite, los cilindros. El corazón de la bestia. 350 caballos. Y ocho cilindros en v. Como el Cadillac El-dorado, exclamó. Y por debajo, los conductos del sistema hidráulico de los frenos, la dirección, la transmisión... Los remos de la bestia. Y se puso a cantar. *Zim boum-boum: hier au soir et zim boum-boum...*

Jacques se había sentado ya a la mesa entre su amigo Michel y Annouchka, frente a Janine. Se trataba de un amplio comedor de estilo borgoñón con una gran chimenea de piedra, manteles rojos bordados y las paredes y el techo revestidos de paneles de madera. Por los amplios ventanales se veían las plantas del jardín. Habían pedido la especialidad de la casa. Pastel de morcilla con compota de manzana. Y una botella de Fleurie. Qué gusto da veros juntos, dijo Janine, sonriendo con complicidad. Hasta vuestros ojos lanzan chispas de alegría. Y ver cómo os pasáis el brazo por el hombro y bromeáis. Jacques miró a su amigo y sonrió. Hasta las pecas en su semblante pelirrojo se iluminaron con la risa que acababa de soltar. Todo un mapa celeste. Le gustaba tanto que Janine disfrutara cuando le veía disfrutar. Jacques no la había visto jamás enfadada, ni tan siquiera molesta.

La dueña del restaurante se acercó a la mesa para ver cómo iba todo. Una mujer de unos treinta años, con unos intensos ojos azules y una media melena rubia. Vestía un ceñido traje de seda de Indochina, de un color azul muy pálido, metalizado, con dibujos negros minúsculos. Michel y Janine solían ir por allí con cierta frecuencia. Halagaron el pastel de morcilla y Michel pidió la receta. Janine sacó una hoja de papel y un bolígrafo. Se necesitan 250 gramos de morcilla de arroz y otros 250 de morcilla de cebolla, mejor sin tripa. Además, 150 gramos de cebolla, un ajo, 50 gramos de manteca de cerdo, 150 gramos de pasta de hojaldre, una pizca de canela, comino, nuez moscada y pimienta. Si la morcilla no se ha conseguido sin tripa, hay que quitársela. Se pone a fundir la manteca y se saltea la cebolla, hasta que esté bien cocida. ¿Voy demasiado deprisa? Janine levantó la cabeza y sonrió. No. Estoy acostumbrada a tomar notas a toda velocidad.

Bien. Entonces se agrega la morcilla y las especias y se deja rehogar unos cinco minutos. Se pasa toda esta mezcla por una trituradora hasta que esté bien fina y se prueba de sal. Se unta un molde para empanada con la manteca, se forra con la masa de hojaldre y se cubre con la pasta de morcilla. Se tapa con otra capa de hojaldre, que puede uno decorar a su gusto. Se mete al horno fuerte, 175 grados, hasta que esté dorada, y se sirve caliente, acompañado de puré de manzanas bien fino. Su amigo apenas come, dijo de pronto la rubia y miró a Jacques con una amplia sonrisa. Es que quiere vivir doscientos años, le explicó Michel. Y en plena forma. Además, tiene tanto miedo a la muerte que tal vez hasta haya pensado en la posibilidad de que el pastel estuviera envenenado. No te preocupes, añadió, guiñándole un ojo a su amigo. Es la mejor cocinera del mundo. La dueña rió satisfecha y, disculpándose, se alejó para ir a atender a otros clientes.

Ciertamente. Estaba todo exquisito, aunque Jacques comía poco y muy despacio. No era un hombre ávido con la comida, como tampoco lo era con el alcohol. Nunca lo había sido. Y los lugares como aquél le intimidaban. Prefería una taberna o una tasca, con sillas y mesas de madera deslucidas por el uso y las paredes desconchadas, con manteles a cuadros, una vajilla descabalada y vasos de vidrio grueso, en lugar de aquellas copas en forma de globo. Un poco de embutido, queso, pan. O un cuscús de verduras. Lo importante era la compañía, la conversación. Y recordó los restaurantes de Argel, sucios, ruidosos, llenos de árabes y obreros, de prostitutas. Quiero dedicarme al teatro, dijo de pronto Anne. Michel protestó. No me parece una buena idea. Eres muy joven. Aún tienes que estudiar. Janine no dijo nada. No quería interponerse, aunque en realidad era hija suya. Michel no era más que su tío segundo y el hombre de la casa, pero Anne desde ayer era mayor de edad y debía aprender a defenderse sola, a luchar por sus ideas.

Jacques intercedió en favor de la muchacha. Yo la ayudaré a abrirse camino, con la condición de que siga estudiando. Tal vez incluso pueda colaborar en mi próximo

proyecto. Quiero escribir una pieza sobre Julie de Lespinasse, desarrollar la teoría del amor doble. ¿Doble?, se preguntó a sí mismo de inmediato. Doble, triple o múltiple, añadió al pensar en las muchas mujeres de las que se había enamorado. La tentación de la ternura. Y si es cierto que acabo encargándome de dirigir un teatro y ella demuestra lo que es capaz de hacer, podría trabajar directamente conmigo, ser mi mano derecha. Janine le dio las gracias y, con cariño, le apretó el antebrazo izquierdo. He visto que tú también has tomado notas. ¿Es que vas a hacer el pastel? Jacques sonrió y sacudió la cabeza. Hace unos días iba conduciendo y un gendarme me paró y me pidió los papeles. Al ver mi profesión, me preguntó qué tipo de libros escribía. Novelas, contesté. ¿Rosas o policíacas? Frente a semejante alternativa, no tuve más remedio que contestar que mitad y mitad. De modo que, como mis libros no tienen nada de policíacos, aunque tampoco de novela rosa, he pensado que podía incluir una buena receta de cocina, como hacen algunos autores del género negro.

En aquel preciso instante uno de los camareros se acercó hasta la mesa y, en voz muy baja, casi al oído, le dijo a Jacques que tenía una llamada telefónica. Que era urgente. Él se puso en pie, se disculpó y, abandonando el comedor, fue hacia la cabina acristalada donde se encontraba el aparato al que, según le dijeron, le iban a pasar la conferencia. Era Francine, su ex mujer. Desde París. En cuanto le dijo lo que ocurría, la piel de su rostro perdió todo el color. Lo vio reflejado en el cristal. Su propio rostro como el de un muerto. Apenas fue capaz de decir nada. No le había llegado a hablar de su miedo y tampoco lo hizo ahora, pues no quería que se alarmara más de lo que ya lo estaba. Édouard había aparecido en un bosque del Petit Luberon con todo el cuerpo cubierto de golpes y heridas. Al parecer, estaba muy grave. A punto de desangrarse, lo había encontrado un pastor, que había ido a avisar al pueblo más próximo. Y desde allí le habían trasladado a un hospital de Aix-en-Provence. No entendían cómo no había muerto. Carina estaba ya con él.

Jacques recordó el aire triste de la muchacha cuando él se marchó del pueblo. Parecía moverse como en trance, sonámbula. Y él nada más verla había creído que se había presentado a trabajar en camión. Parecía venir de dar un paseo por el limbo. Estaba claro que un mal sueño la había tenido despierta durante buena parte de la noche, aunque se había ido tranquilizando a lo largo de las horas, mientras trajinaba de acá para allá por las distintas habitaciones de la casa, eso sí, tropezando una y otra vez con los muebles y en los escalones. Hasta se le había caído alguna cosa al suelo, algo poco común en ella. Mientras, él había ido recogiendo sus papeles y había tratado de poner algo de orden en su cuarto de trabajo. Y a ella la pesadilla se le debió de ir de la cabeza por completo, para emerger una vez más en su memoria en el instante en el que se escuchó el claxon. Su amigo, que venía de dejar el barco en Cannes tras una de sus travesías, acababa de llegar. Carina, asomándose por la ventana, había visto el coche aparcado allá abajo junto al portón de madera que,

desde la calle, daba paso a la parte baja de la vivienda y al patio que la rodeaba.

Reprimiendo un grito, se había llevado las manos a la cara. Dos cajones de muerto, había dicho. Y después enmudeció. Jacques se había acercado a ella para ver lo que ocurría. Él conocía ya el automóvil de su amigo, pero al mirar hacia abajo el corazón en su pecho dio una voltereta. Negro, reluciente, el Facel Vega de Michel parecía un furgón de pompas fúnebres, a pesar del lujo que irradiaba. O tal vez precisamente por eso. Y desde allá arriba su propio coche, negro también y bastante nuevo, aunque de diseño anticuado y sucio, podía parecer también la calesa de una funeraria. O un ataúd. Michel se había bajado del automóvil. Anne y Janine venían a pie desde el pueblo. Silbando, su amigo había levantado la cabeza y los había visto a los dos en la ventana. Carina había dado un brinco y, asustada, había exclamado: ¡Un pelirrojo! Hasta las pestañas son rojas. Jacques la había mirado sin comprender. Dicen que trae mala suerte que un pelirrojo entre en casa. No te preocupes, no le dejaré subir, le había dicho él riendo. Es que... Carina había enmudecido en mitad de la frase. Jacques, con una sonrisa, la había animado a exponer todos sus miedos.

Es que también se lo lleva a uno el diablo si se encuentra a un pelirrojo cuando va a emprender un viaje. Ay, madre mía. Con hombre pelirrojo o barbirrojo, ten mucho ojo. Lo dice el refrán. De tal pelo, ni gato ni perro. Y tras soltar aquella curiosa retahíla, se había vuelto a quedar como en trance. Como si una luz temblorosa la iluminara por dentro y sus brillos asomaran a sus ojos. El delirio es contagioso, había pensado Jacques y en un primer momento había querido quitarle aquellas ideas de la mente, pero sospechaba que debían de estar muy arraigadas y él no disponía de mucho tiempo. Lo haría a la vuelta. En cuanto volviera de París hablaría con ella seriamente. No es necesaria la presencia de un pelirrojo ni de una pelirroja para que ocurra algo terrible. Los accidentes y las desgracias se producen por otros motivos. Le hablaría de la casualidad. De la fuerza de la naturaleza. O de la mala voluntad de otros seres humanos.

¿Has tenido un mal sueño?, se había limitado a preguntarle, tratando de disimular su propia preocupación, a pesar de que no era supersticioso. ¿Cómo sabe que he tenido una de mis pesadillas?, había respondido ella y había levantado una mano, como para protegerse o para rechazar un mal pensamiento. Tranquila, no hay de qué tener miedo, le había dicho él. Carina le había mirado sin decir una palabra. Y en su rostro Jacques había leído la duda torturante. Había visto cómo la idea que su mente se esforzaba por ahuyentar cruzaba por sus ojos. Y ella tan pronto había bajado los párpados como le había rozado con una mirada rápida. No me digas lo que has soñado esta noche, acabó por suplicarle. No me lo digas. No quiero saberlo. Y haciendo un esfuerzo por apuntalar una vez más su formación racionalista, se había dicho a sí mismo que daba igual. Que Carina podía soñar algo terrible cualquier día. Cada noche. Y que eso no tenía por qué significar nada. Y aun así...

Sí, aun así había creído que en sus sueños era él el que estaba en peligro. No se le había ocurrido pensar que podía tratarse de otra persona. Y menos aún de Édouard. Tanta aprensión sentía ante la inminencia de aquel viaje en coche a la capital. Por culpa de las amenazas que había recibido en los últimos años y que unos días antes de salir de Lourmarin se le habían venido encima una vez más. Aunque era también la idea de tener que volver a París, de estar de nuevo cerca de los círculos intelectuales que tanto le repugnaban, en aquella ciudad que había acabado por resultarle tan extremadamente inhóspita. Al despedirse, Carina había bajado los párpados una vez más, y sus pestañas negras habían brillado de una manera extraña, como un cielo nocturno en el que miles de estrellas se hubieran encendido de golpe. Tal vez había llorado hacía poco y aún las tenía húmedas. Tal vez también ella pensó en él, y no en Édouard.

Al final, la muchacha había conseguido esbozar una sonrisa, pero Jacques se había estremecido, pues no pudo ahuyentar el presentimiento de que aquella sonrisa que iluminó su rostro era una sentencia de muerte. Aunque sabía que siempre que se separaba de alguien a quien quería, aunque fuera tan sólo por un día o incluso por unas horas, Carina lloraba desconsoladamente, lo que hacía que ella misma acabara por romper a reír, consciente del absurdo de su propio sentimentalismo. Soy una tonta, decía, riendo y llorando. En absoluto, le aseguraba Jacques. Lo que la hacía llorar así debía de ser la idea de la muerte. La muerte de los demás, nunca la suya, que no parecía preocuparle, como quien se cree inmortal y sólo con la edad se va dando cuenta de que le espera el mismo final irrevocable que a todos los demás. Como si no tuviera tiempo para pensar en sí misma. O no se le ocurriera. Sí, tal vez se creyera inmortal. Y a él le gustaba la idea de que alguien como Carina pudiera serlo.

Jacques recordó la tarde en que le había contado que Édouard tenía propósitos. Hacía pocos días de aquello. Mejor dicho, proyectos para el nuevo año, le explicó, aclarando a su vez las palabras del belga. Que aquellos proyectos la incluían. Ella no se había atrevido a preguntar en qué consistían, pero al cabo de unos días lo había hecho. Le había preguntado. Y él había dicho que iba a pedirla en matrimonio y a empezar una nueva vida. Hasta a la plancha se le había caído la baba. Eran las palabras que Carina le había dicho a Jacques. La plancha había escupido mares sobre la tabla y ella se había echado a reír. Así se lo había descrito ella misma a Jacques. Tenía gracia al hablar. Y concedía atributos humanos a los objetos, a los paisajes. Como tantos escritores y poetas. Para ellos, los árboles se estremecen y acogen los pavores de las abejas, las flores merodean los rostros, el viento habla.

Y, como los personajes de corazón puro en los libros de esos mismos escritores, aquella muchacha lo comprendía todo, o al menos trataba de entenderlo. Antes que pensar que otra persona era mala creía que sufría de una manera insoportable o

incluso que padecía algún trastorno. Siempre se esforzaba por buscar una razón para no odiar, para comprender qué era lo que a aquella otra persona le había llevado a actuar de una determinada manera. Ya casi nadie en el pueblo le quería. A Édouard, le había contado hacía poco. Dicen que es un salvaje, que está chiflado. Por sus cambios de humor, porque es impredecible. Por esa mirada de loco que se le pone algunas veces. Muchos días ni siquiera contesta a quienes le saludan por la calle. Y es capaz de pasarse una semana entera sin pronunciar una sola palabra, con el ceño fruncido. Hay quienes dicen que puede ser peligroso. Que tiene mirada de asesino cuando los ojos se le vuelven aún más transparentes y él parece perderse en el infinito. Ahora le llaman monsieur Danger y se preguntan si no se habrá escapado de una cárcel. O de un psiquiátrico.

Por suerte, la mayoría de la gente aún le trata bien, le había dicho, porque otras veces les hace reír. Cuando se enteró de que le habían puesto ese apodo, el de monsieur Danger, se había fabricado él mismo unas alas con plumas de paloma, blancas, grises, de color sepia, algunas verdes o moradas, de la parte del cuello, plumas que encontró por el jardín y por los caminos de los alrededores. Se había pasado varios días confeccionándolas y una tarde se las plantó a la espalda para irse a pasear por todo el pueblo, con una ramita de olivo agarrada entre los dientes. Los niños se habían vuelto locos de contento y le habían aplaudido, suplicando que les regalara aquel complemento de su disfraz de hombre de paz. Sé que está como una cabra, le había dicho Carina, pero sigo convencida de que es un hombre bueno, incapaz de hacerle nada malo a nadie. Sólo a veces rebosa de furia, de dolor. Y así pasa de la broma constante a la más absoluta seriedad, como si en su interior de repente se hubiera roto una de las cuerdas que hasta entonces le permitían hacer de la vida un juego.

Me escapo de la gripe, le había dicho Jacques a Carina al marcharse. En broma. Dentro de ocho días estaré de vuelta. Ella le había dado un beso. Todavía podía ver sus labios acercándose a él. Entonces recordó lo que acababa de ocurrirle a Édouard. E imaginó el lugar de los hechos. La lluvia del día anterior habría cesado, pero el bosque sin duda seguiría húmedo y sacudido por el viento. Vio las copas de los árboles susurrando en rápidas oleadas, los troncos crujiendo hasta las raíces, y las nubes, bajas, amenazadoras, corriendo unas en pos de las otras por un cielo frío. Un triste mediodía. Un decorado digno de un duelo como los de otra época. Sólo que allí no había habido ninguna regla que observar. Ni la elección de las armas, ni los pasos que había que dar antes de apretar el gatillo. Allí sin duda alguna varios individuos se habían abalanzado sobre uno solo, al que habrían llevado hasta allí en contra de su voluntad, tal vez maniatado, amordazado incluso, para poder ensañarse con él.

Pero, si no iba atado, seguro que Édouard había hecho todo lo posible por defenderse. Demos la bienvenida a su Majestad el Dolor, habría gruñido lleno de

rabia al tiempo que se protegía el rostro con ambos puños. Una frase muy propia de él, y que habría podido dedicar no sólo a sí mismo, a su situación en aquel momento, sino también a sus atacantes, decidido sin duda a enfrentarse a dos o tres hombres a la vez. Y, adoptando una postura de púgil, con las piernas semiabiertas y el cuerpo ligeramente encogido tras los puños para protegerse la cara lo mejor posible, habría repartido unos cuantos buenos golpes a quienes le habían arrastrado hasta allí. Era mejor imaginarlo así. Combatiendo hasta el final. Veo a los muertos, le había dicho una tarde Carina a Jacques mientras contemplaba el cielo tumbada bocarriba en el jardín. Son las nubes. Juegan a hacer espuma. Se abrazan. Se persiguen. A veces se ponen vestidos de colores, cuando el sol se esconde detrás de ellas. Amarillos, azules, verdes, violetas, rojos, naranjas.

¿Le habrían torturado, sin darle siquiera la oportunidad de hacer nada? Jacques se estremeció. Aquélla era una de las mayores afrentas que se le podían hacer a un ser humano. Y de pronto recordó una tarde en la que él había estado escribiendo varias horas seguidas en el jardín. Había subido un momento a la casa para consultar un libro y buscar un paquete de tabaco. Al asomarse un momento al balcón antes de bajar, había visto a Édouard allá abajo ojeando sus papeles. Tal vez había llegado a leer alguna página, tratando de encontrar pasajes en los que apareciera él. Al menos es lo que Jacques pensó entonces. Le preguntaba tantas veces por los progresos del nuevo libro... Como Carina. ¿Cuántas páginas tiene ya? Los dos parecían conmovidos con lo poco que él les contaba. Y cuando Jacques aquella tarde volvió al jardín para retomar el manuscrito, Édouard le había guiñado un ojo. Puedo sentir el miedo. Puedo olerlo, había dicho, haciéndose cruces delante de la cara y dejándose caer al suelo de rodillas. Ante él.

Después, riendo, se había erguido y se había apartado de la mesa en la que Jacques escribía en el jardín, para ir a coger su rastrillo. Cuando de pronto, dándole la vuelta, le había disparado una ráfaga invisible, simulando que el largo mango de madera era una ametralladora. Ta-ta-ta-ta-ta. Se había pasado toda la tarde inmerso en uno de sus números de muecas y cabriolas, interpretando gestos de amenaza cada vez que Jacques levantaba la cabeza y apartaba la vista del manuscrito. Tan pronto había hecho como que desenfundaba una pistola y apretaba el gatillo como se había llevado la mano a la garganta imitando el movimiento que se hace para degollar a una persona. Primero lentamente, sin apretar. Después de un tajo. A Jacques aquello no le había hecho ninguna gracia. No era la primera vez que le veía realizar un número de mimo. Aquellas actuaciones repentinas en mitad del trabajo eran frecuentes. Como tampoco era raro escucharle hablando solo. O con las flores.

Cuando no brindaba las tijeras o el paletín con el que plantaba bulbos y escarbaba la tierra, girando el cuerpo muy despacio con la ofrenda en la mano en alto y el brazo estirado como si se encontrara en mitad del coso, al tiempo que soltaba un saludo en

interminable retahíla a un público inexistente, señoras y señores, damas y caballeros, niñas y niños, viejas y viejos, republicanos y no tan republicanos, le pegaba un gruñido a un árbol en el momento de ir a podar. Esto te va a doler, decía, poniendo una voz tan áspera que retumbaba en el interior de su garganta. Jacques no sabía si así expresaba un profundo respeto por la naturaleza, a la que no tenía más remedio que dañar, o si simplemente aprovechaba para dar rienda suelta a su rabia, porque otras veces movía las tijeras a toda velocidad delante de una flor y decía: Te voy a partir las piernas. Y había escuchado también cómo una tarde conminaba a unos arbustos que tenía que fumigar: Si se me soliviantan, me los llevo a la Jefatura. Aunque enseguida se apartó, para exclamar, sonriendo: Tranquilos. Sólo me llevo a las chicas. ¡Que tiemblen las flores!

No había que prestar demasiada atención a cada una de sus manifestaciones, casi siempre descabelladas, pero Jacques empezó a hartarse de aquel talento natural para el teatro. El silencio es la muerte, había murmurado en otra ocasión. No, le había respondido él con decisión, pues aquel día tenía dificultades para concentrarse en su trabajo. El silencio puede ser la muerte. Pero también una forma de felicidad. ¿Y si se había ido de la lengua en algún momento? Sin duda alguna Édouard se codeaba con mucha gente del hampa. ¿Sería aquél su verdadero nombre? ¿Sería cierto que pertenecía a aquella familia de campeones del ciclismo? Al parecer, había trabajado durante una temporada en los muelles del puerto de Marsella. Y conocía todos los garitos de los barrios pobres de la ciudad. Los prostíbulos y los cafés, tanto árabes como franceses. Tal vez alguien supiera que estaba trabajando para él. Tal vez le hubieran ofrecido dinero y él había caído en la tentación. Jacques lo había pensado por unos instantes aquella tarde en que le descubrió leyendo sus papeles a escondidas, pero había hecho un esfuerzo para ahuyentar aquella idea. Los niños le querían. No sólo Carina. O la gata. Y sin embargo...

La celebridad estaba llena de incomodidades. Y de peligros. Ya habían tenido un tiempo trabajando en su casa en París a una mujer que resultó ser una periodista que no buscaba más que información succulenta para sus lectores. ¿Y si Édouard era un espía, un agente pagado por una organización terrorista? ¿Le habrían exigido que revelara algún dato bajo amenaza? ¿Y si se había negado a decir una sola palabra y por eso le habían querido matar? En los últimos años no era raro encontrar en los periódicos la noticia de que un argelino, aunque a veces se trataba también de algún francés, había aparecido muerto en un bosque o en un lugar algo apartado con unas palabras escritas en la palma de la mano con un bolígrafo de tinta azul: Por orden del FLN. No, no. Aquello era imposible. De ser así, también Carina podía estar en peligro. Como también su ex mujer. Y sus hijos. No sólo Édouard. No sólo él, Jacques, que desde hacía un rato se sentía como un condenado a muerte. Como un reo que acabara de tomar sus últimos alimentos y repasara su existencia camino del cadalso. Puede

que tan sólo le queden unas horas de vida, había observado Francine.

Al parecer, el policía que investigaba el caso había dicho que allí no había nada de extraordinario, que una carrera como la de aquel hombre tenía que acabar así. Qué manera de hablar tan estúpida. Cuántas simplificaciones en cuanto se abre la boca. Nunca he robado, había afirmado en una ocasión Édouard mientras cepillaba a la burra y él escribía en el jardín. A Jacques ni se le había ocurrido pensar que pudiera hacerlo. Nunca he delatado a nadie, había proseguido. Jacques entonces pensó que debía de estar diciéndolo para que le oyera Carina, porque a continuación había añadido: Y jamás he engañado a una mujer. La muchacha se había reído a carcajadas. Como si hubiera dicho que a sus treinta años aún era virgen. Sin duda, la última afirmación, la de que nunca había engañado a una mujer, no se la creía. Y en cuanto a las otras dos, tal vez le parecían demasiado serias. Demasiado dramáticas. *Excusatio non petita*, se había dicho Jacques, al que le había dado la sensación de que Édouard trataba de confesar algo más que una simple infidelidad.

Para escapar de uno mismo, del juicio de los demás, de la vida que llevamos, no basta con cambiar de nombre, de ciudad, de profesión, recordó que había dicho poco después. Y a Jacques una vez más todas las amenazas que había recibido en los últimos tiempos se le vinieron encima. Las que le habían llovido en su última visita a Argel, porque nadie o casi nadie parecía estar de acuerdo con su propuesta de tratar de buscar una tercera vía, la de la conciliación entre los diferentes pueblos que vivían en aquel país, para evitar que hubiera más víctimas, sobre todo mujeres y niños inocentes. Moral de Cruz Roja, le decían con desprecio. Alma bella, con sorna. Y aquellas otras, absurdas, de hacía tantos años. Las que había recibido de algunos oraneses por describir en uno de sus libros su ciudad de una manera que no les había gustado. Uno no quiere que en su ciudad, aunque sea en las páginas de una novela, suceda nada malo, cuando en la realidad el mal no deja de presentarse en todo momento. En cualquier rincón del mundo.

Todas aquellas frases e imprecaciones le rondaban la cabeza desde hacía varios días. Y al final no había cogido el tren para volver a París, como había previsto en un principio. Michel le había llamado cuando ya tenía el billete y él había aceptado su oferta de ir con ellos en el Facel. Jacques recordó unas palabras que escribiera uno de sus antiguos amigos, aquel al que algunos consideraban como el máximo representante de las letras francesas del momento o incluso de todo el siglo xx, aquel al que él, tras una fuerte polémica, había bautizado con el nombre de monsieur Néant. El rey, el papa, el juez supremo. El gran inquisidor. El Alfa y el Omega para tantos papanatas que se enorgullecían de no tener religión alguna y, sin embargo, la tenían. Vaya si la tenían, con los mismos defectos y las mismas virtudes que todas las demás, tal vez sin Dios, sí, y tal vez también sin verdadero amor a los hombres, pero con una Iglesia que excomulgaba y que últimamente parecía tener un solo mandamiento:

Mentirás.

Hacía unos cuantos años de aquello. Se trataba de una frase aparentemente sin intención en medio de una larguísima carta pública que había supuesto la ruptura entre ellos dos. Un coche se puede quedar sin frenos... La frase estaba allí, incrustada en su mente. Y él paralizado en el interior de la cabina. Jacques recordaba de memoria párrafos y párrafos de aquel texto. El tono personal, insultante, amenazador, autosuficiente. Si hubiese usted dedicado algunos minutos a reflexionar sobre el pensamiento ajeno, le había escrito el que se suponía que aún era su amigo, habría observado que la libertad no puede tener freno. ¿Qué podría frenarla? Y, ¿qué necesidad tiene de que la frenen? Un coche se puede quedar sin frenos, porque está construido para tenerlos. Pero la libertad no tiene ruedas. Ni patas, ni mandíbulas a las que se les pueda poner trabas... ¿Era tan sólo una frase estúpida, banal? Era la frase de un cínico que, disfrazado de filósofo infalible, cree que el marxismo es una ciencia capaz de dominar la Historia. La frase de un hombre convencido de que la Historia es un oso y su doctrina el aro que ellos han conseguido ponerle en la nariz. Estuvo a punto de reírse.

Por otro lado, habían transcurrido ya ocho años de todo aquel asunto. Monsieur Néant al final de su carta le había brindado la oportunidad de volver a expresarse en su revista, aunque al mismo tiempo le había advertido que se negaba a responderle y que esperaba que su silencio hiciera olvidar aquella polémica. Y él, en efecto, había guardado silencio, pero no por obediencia, no por miedo, sino por puro cansancio, por desesperación. Porque uno no discute con las alcantarillas, pensó. Y porque se había propuesto no atacar a nadie. Y hasta eso acabaron por reprocharle. Que se hubiera callado. Alguien golpeó el cristal de la cabina, sacando de sus cavilaciones a Jacques, que se encogió con un movimiento espasmódico, como si allí en aquel instante se hubiera producido una explosión. Sintió un frío de acero detrás de las orejas, como un condenado a la guillotina al que estuvieran preparando para el acto final y una tijera le hubiera rozado la nuca. Pero no era más que Michel.

Entonces se dio cuenta de que llevaba un buen rato allí dentro, meditando, aunque ya hacía mucho que había colgado el teléfono. Jacques salió de la cabina, se disculpó por la demora y se marchó con su amigo en dirección al coche. Ya habían terminado de comer. Janine, Anne y *Floc* esperaban fuera. Las dos mujeres le sonrieron y el perro se acercó hasta él moviendo la cola. ¡Estás temblando de frío!, le dijo su amigo. ¿Todo bien? Jacques esbozó una sonrisa no del todo convincente, pero Michel, sin duda pensando que se trataba de algún problema con su ex mujer y que no tendría ganas de hablar, le puso una mano en el hombro y le abrió la puerta, para que entrara en el coche, que relucía, recién lavado.

UNA AMENAZA INVISIBLE

En cuanto estuvieron todos dentro, Michel arrancó el motor y se alejó del restaurante. La mañana húmeda, oscura, envuelta en lluvia y neblina, que hacía que el mundo pareciera un decorado en grises y negros, había ido dando paso a la luz y a sus colores. El sol seguía semioculto tras las nubes, pero la espesa cortina blanca se había ido abriendo y poco a poco aparecía el verde de los campos, el marrón de la tierra, el de los troncos de los árboles, los azules de las rocas aún mojadas. Sin embargo, Jacques seguía sumido en sus recuerdos. Hacía tiempo que tenía la sensación insoportable de avanzar paso a paso hacia una catástrofe desconocida, una catástrofe que lo destruiría todo a su alrededor y dentro de él. El ruido en el cristal de la cabina de teléfono le había transportado a Argel, cuatro años atrás. Había ido allí para pedir una tregua que protegiera la vida de los civiles, árabes y franceses. Y lo había hecho a pesar de que alguien de confianza había pedido con urgencia que le disuadieran de ir allí. Que le iban a asesinar, decía. Temían algún tipo de atentado y, por eso, habían reforzado las medidas de seguridad. Después, una amiga le había escrito en una carta: Todos querían matarte.

Eran las cuatro y media de la tarde y la sala estaba llena. Al entrar, flanqueado por dos amigos de su hermano Luden, en broma, con la intención de borrar de todos aquellos rostros y del suyo la expresión de gravedad, aunque sólo fuera por unos instantes, los había presentado, diciendo: Aquí, mis gorilas. Mientras, allí fuera, un millar de personas se agitaba, vociferante. Lanzaban consignas para enviarlos a todos ellos al paredón. Y amenazas de muerte, como si aún estuvieran en la Edad Media. Algunas directamente contra él. Los gritos de odio pedían su cabeza y la de Mendès France. Él no había ido allí para dividir, sino para unir. Había querido dirigirse a los dos campos y situarse al margen de cualquier política, pero en Argel todo era política. Jacques apoyó la frente contra el cristal de la ventanilla del coche. Estaba helado, aunque a él se le antojó de fuego. Tal vez porque su cabeza desde hacía un buen rato parecía arder. Estaba convencido de que para llegar a una comunidad de esperanza se necesitaba el diálogo y, por tanto, la tregua civil.

Encerrados en el rencor y en el odio, había dicho, nadie puede escuchar al otro. Toda proposición, se haga en el sentido que se haga, es acogida con desconfianza, inmediatamente deformada y convertida en inútil. Entramos poco a poco en un nudo inextricable de acusaciones antiguas y nuevas, de venganzas enquistadas, de rencores incansables, como en esos viejos procesos familiares en los que los agravios y los argumentos se acumulan durante generaciones. Nos resignamos fácilmente a la fatalidad, había seguido diciendo. Aceptamos con demasiada facilidad la teoría de

que, después de todo, sólo la sangre hace avanzar la historia y que el más fuerte progresa sobre la debilidad del otro. En aquel momento unas piedras habían golpeado los cristales de las ventanas de la sala. Habían tenido que echar las persianas a toda velocidad. Jacques se había quedado pálido, pero había proseguido con su discurso. No era la seguridad lo que le preocupaba, su propia seguridad, sino la idea, contra la que luchaba desde hacía tiempo, de que la vía que, estaba convencido, brindaba una posible solución se cerraba definitivamente.

Terminó hablando de los hombres libres, aquellos que se negaban al mismo tiempo a ejercer el terror y a padecerlo. Aquellos que no querían ser ni víctimas ni verdugos. Le habían aplaudido, pero en el fondo sabía que no había contentado a nadie, aunque no se trataba de eso, sino de decir la verdad. De buscar la conciliación por encima de todo. De tratar de salvar vidas, aunque sólo fuera una. Aquel día, sin que él lo supiera entonces, unos cuantos hombres del Frente de Liberación Nacional, armados, habían protegido la suya. La política es un juego macabro y paradójico, pensó Jacques. Entre los franceses de Argelia había muchos que creían que no era más que un independentista cualquiera, mientras que otros tantos árabes le consideraban un defensor del colonialismo. Para unos, era un humanista ingenuo, un izquierdista que traicionaba a su país y merecía la pena de muerte. Para otros, un reaccionario, amante de la esclavitud. Paradojas de la guerra. Queriendo unir, se había convertido en el enemigo de todos. Los comunistas le acusaban de servir al imperialismo americano. Y los gaullistas, de estar al servicio del ruso.

¿Cuánto tiempo es necesario que transcurra para que una persona pueda quedarse en un país, para que se convierta en su patria, para que no se le considere un extranjero?, se preguntó casi con rabia. Hacía más de diez años los dirigentes de un movimiento nacionalista árabe le habían confesado que los franceses como él eran sus peores enemigos. Los conciliadores. Los defensores del diálogo. Mucho peores que los colonialistas, habían dicho, porque les debilitaban en su voluntad de lucha. ¿Tú en qué bando estás? No estás en el lado que deberías. Aquella pregunta y aquella acusación eran continuas. Y si no entrabas en el juego, te convertías en el enemigo tanto de los unos como de los otros. En un desertor. Jacques se quedó mirando el cristal de la ventanilla del automóvil. Le parecía que todos los cristales del mundo acabarían por estallar en pedazos. Y no tuvo más remedio que abrirla. Necesitaba respirar.

¿Qué había podido leer Édouard? ¿De verdad había tenido tiempo para llegar a descubrir algo comprometedor? Tal vez algún nombre en clave, aunque no lo habría entendido. Las siglas lo más probable es que no le dijeran nada. Pero, ¿y si no era la primera vez que lo hacía? ¿Y si en algún otro momento había aprovechado para copiar la lista que Jacques había hecho con los nombres de toda una serie de personas involucradas en la trama del terrorismo argelino, comprometidas con una causa de la

que tan sólo eran sensibles a una parte, empeñados en no ver las más que probables consecuencias de una independencia precipitada, en apoyar unos medios que bajo ningún concepto podían justificar el fin, en ignorar la masacre de tantos franceses y árabes inocentes?

Se trataba de nombres sobre todo de ciudadanos franceses. De la metrópoli. Nombres de artistas, de intelectuales, de hombres y mujeres. De muchas mujeres. Jacques sabía de profesores, periodistas, historiadores, abogados y jueces, de hijos de ministros y de generales, de jefes sindicales, actores, seminaristas e incluso de sacerdotes y frailes que estaban a sueldo del FLN. Setenta y cinco mil francos mensuales para los más implicados. A las órdenes de O.B., el cabileño llegado en junio de 1957, del que se burlaban por su ropa estridente y que ahora les dominaba con mano de hierro. Como se habían mofado de Jacques en más de una ocasión por sus orígenes humildes, por su aspecto de golfillo mediterráneo, como le bautizaron con una mezcla de una parte de cariño y dos de desprecio. Dictando órdenes y más órdenes, el cabileño tan sólo se dignaba consultar a F.J., el cabecilla de la red, cuando decidía eliminar a alguien de su entorno. Y cada vez les costaba más salir de aquel ovillo de ideas.

F.J., el filósofo enredado, y H.C., el financiero que odia el capital, por supuesto, pero también J.D., su J.D. Y también O.T., F.T., F. S., con su jaguar, S.S., los abades D., U., B., S. y C., A.M., P.M., E. y P.B., P. y C.CH., F.M., J-M.D., A.F., G.S., y un largo etcétera. También S.R., su S.R., que cedía el local de su compañía cinematográfica. ¿Y J.P.S. y S. de B.? Quizá, quizá. Aunque él no era un hombre de acción. Lo suyo era el pensamiento. O su perversión, más bien. La hoja en la que los tenía apuntados, una entre tantas de las que usaba como apoyo documental para escribir la novela, y que tenía intención de destruir cuando estuviera terminada, la encontró aquella tarde fuera de su sitio. Pensó que él mismo la debía de haber movido sin darse cuenta. No se le ocurrió preguntarle y después lo olvidó por completo. No le dio mayor importancia. Tan sólo hacía un rato había empezado a darle vueltas, después de saber lo que le había ocurrido a Édouard. Y ahora siguió repasando mentalmente aquella lista, que se sabía de memoria. También J.V., C.M., E.B., R.B., R.D. y D.D., claro. Y el Guardián de los Sellos, sí, el Ministro de Justicia, E.M. Y su consejero, G.G. ¿Y el alcalde de Argel, J.CH.?

Toda una organización puesta en marcha para facilitar papeles falsos, transporte y albergue, el paso de fronteras, cobertura legal y médica, el abastecimiento de dinero y de armas, el apoyo a los presidiarios, además de la propaganda difundida por medio de linotipias clandestinas o periódicos de gran tirada, pero sobre todo el blanqueo y la evasión del impuesto revolucionario. El pulmón financiero del FLN. Quinientos millones de francos mensuales, recaudados entre ciento cincuenta mil cotizantes con la amenaza como principal argumento. El Frente había conseguido montar en Francia

todo un Estado paralelo, con sus propios tribunales de justicia, sus regiones militares o *wilayas*, y hasta una especie de Seguridad Social. Y con importantes tentáculos en Alemania, Suiza y Bélgica. Todo gracias a esos sacos de billetes que olían tan fuerte como para hacer vomitar a sus portadores. Miles y miles de billetes manoseados hasta dar náuseas. Gasolina para el terror.

Y allí estaba otra vez una de sus pesadillas habituales. La de la ejecución. Siempre bajo formas diferentes, pero siempre la misma. En una ocasión, no hacía mucho, se había vuelto a ver a sí mismo marchando hacia el suplicio en compañía, entre otros condenados, de Scotto Lavina, un amigo de Argel, al que veía ya muy raramente, pero por el que sentía un gran cariño. Scotto le decía al oído: Mi mujer me habló ayer de X. y de X. Jacques le advertía: Nada de nombres propios. Sobre todo, nada de nombres propios. Y enseguida su amigo, en un tono de voz muy dulce, como si estuviera hablando con un enfermo, se disculpaba: Oh, perdóname. Alguien del grupo, al que rodeaban los guardianes, le preguntaba a Jacques por qué y él, en el momento en que llegaban al pie de una imponente escalera, respondía: Quiero quedarme en los nombres comunes. Esa frase la repetía después para sus adentros, con lo que le embargaba cierta sensación de paz. Entonces veía a sus hijos al final de la escalera por la que él empezaba a ascender con las manos atadas a la espalda y muy deprisa, consciente de que en todo momento alguien le empujaba. Jacques los abrazaba a los dos y lloraba, por primera vez. Ellos le decían adiós como de costumbre. O al menos eso le parecía.

No. Jacques no tenía intención de delatar a nadie. El fin supremo del arte es confundir a los jueces, suprimir toda acusación, se dijo, recordando algunas de sus propias palabras. Sólo quería escribir algo fuertemente enraizado en la verdad, una realidad bárbara y violenta que no hacía sino generar sufrimiento e injusticia. Su oficio no consistía en acusar, ni en condenar, sino en tratar de entender. A unos y otros. En hacer que la comprensión fuera posible. Pero, no. Édouard no había hablado. Tal vez hubiera trabajado en algún momento para el FLN, tal vez incluso se había metido en su casa por ese motivo, pero sin duda el trato con Carina y con el propio Jacques le había hecho cambiar de idea. Quizá ésa fuera la razón de que le hubieran torturado. Carina no podía estar equivocada. Pero, ¿y si Carina...? Jacques sintió que se ahogaba, que se le erizaba el cabello en la nuca y en los antebrazos.

¿Y si Carina había servido de enlace? ¿Y si ella lo sabía y por eso al despedirse de él se había comportado de aquella manera tan extraña? ¿Y si sabía que podía ocurrirle algo, no como un presentimiento, sino como una certeza? Entonces ¿todo lo que le había contado de sí misma era falso? ¿Y la historia de su hermano también? ¿La habría inventado para que él confiara? ¿Se habría inspirado en aquella canción del caballito muerto por un rayo? ¿Era una buena actriz? ¿Una impostora? No. Carina, no. ¿Cómo iba a fingir el rubor? No. Ella no podía estar mezclada en algo así. Pero,

¿y si realmente le ocurría algo a él? Entonces jamás llegaría a saber la verdad. Como en tantos otros asuntos que nos conciernen y que ni siquiera alcanzamos a imaginar. Y, sin embargo, aquella nueva sospecha, aunque había cruzado la mente de Jacques tan sólo por un instante, dejó un reguero de amargura y la sensación, torturante, de la culpabilidad.

No, no, se dijo, tratando de ahuyentar aquellos fantasmas. Los dos son inocentes. Soy yo quien les está haciendo daño. Y recordó algunas de las palabras que él mismo dijera cuando le concedieron el premio. Las palabras y las frases, incluso las más simples, se pagan con la libertad y con la sangre. Por eso, un escritor debía aprender a manejarlas con medida. Por eso, hacía tiempo que había decidido sumirse en el silencio, no hacer declaraciones públicas y limitarse a escribir narrativa. Nada de artículos de prensa. Ni de discursos. Había querido alejarse para siempre de la política. Pero también las palabras en los libros de ficción podían llegar a matar. También aquellas palabras podían resultar peligrosas. Se desharía de algunas páginas. Las arrancaría. Tal vez bastara con quitar algunos párrafos. O con eliminar algún capítulo. Lo haría. En cuanto llegara a París. Estaba ansioso. Ahora de pronto tenía prisa por llegar, y casi estuvo tentado de pedirle a Michel que pisara el acelerador. Se habría quedado perplejo.

Aunque tal vez... Sí, si algo le llegaba a ocurrir a él, tal vez alguien lo haría en su lugar. Alguien se encargaría de arrancar esas páginas. Alguno de sus enemigos, que cada día eran más numerosos. Los había con mucho poder. Otros, con saña suficiente como para hacerle desaparecer de la Tierra, no sólo para destruir un manuscrito. O tal vez lo hiciera su ex mujer. Tal vez fuera ella quien acabara arrancando aquellas páginas. Para protegerle. O algún amigo asustado por lo que había escrito Jacques. O alguien de la policía. O incluso algún representante de las más altas instancias. Cada vez que pensaba en todo aquello una bomba parecía estallar en el interior de su cabeza y miles de papeles volaban en torno a él. Entonces ¿no estaba equivocado? ¿Había motivos para tener miedo? Entonces aquellos dos tipos con monos de trabajo, en el restaurante... ¿Qué haríais si fuerais invisibles?

Y la carta que aquel chico le había enviado desde Marsella... De pronto recordó las dudas que siempre había tenido con respecto a Saddok. Como con respecto a tantos otros que él creía moderados y que al final resultaron ser también del Frente. Querer la independencia a toda costa, sin reconocer los mortales errores a los que conducía una política semejante... Tal vez debía hablar con Maurice Papón, el prefecto de policía de París. No, estoy loco, se dijo. ¿Cómo iba a hablar con aquel hombre? Y, sin embargo, imaginó a Georges Loubet, director del gabinete de André Malraux en el ministerio de Asuntos Culturales, o a su adjunto, Paul Maillot, en definitiva, a un representante del gobierno de Francia, encerrado durante horas y horas en una sala del ayuntamiento de un pueblo cualquiera a lo largo de la ruta entre

Lourmarin y París, cerca ya de la capital, en cuyo término municipal él habría encontrado la muerte apenas una hora antes.

Los gendarmes le llevarían todas sus pertenencias, todo lo que encontraran junto a su cadáver o esparcido por los alrededores. Su cartera negra de cuero con el pasaporte, algunas fotografías personales, el manuscrito de su novela, su diario y los libros que en aquel momento llevaba consigo. *Otelo* en una edición escolar y *La gaya ciencia*. Un escalofrío recorrió la espalda de Jacques, al tiempo que imaginaba todos y cada uno de los detalles de su propia muerte. Y mientras comunicaban la noticia a Francine, pensó, y a sus más íntimos amigos, mientras ella conseguía llegar hasta allí y comprobaba, tal y como le había pedido él tantas veces que hiciera, que de verdad estaba muerto, que no iban a enterrarle vivo, aquel alto representante del gobierno no se dedicaría a leer a Nietzsche ni a Shakespeare. Ya los habría leído hace tiempo y probablemente hasta se sabría de memoria algunos pasajes. O no. En cualquier caso, tal vez no tuviera intención de hacerlo nunca.

No. Aquel hombre se concentraría en la lectura de su manuscrito. Aun así, tal vez la mayor parte de su nuevo libro, *El primer hombre*, que quedaría inacabado, se salvara de la rapiña. Tal vez no le quitaran ninguna página o casi ninguna. O tal vez sí, tal vez perdiera bastantes. Sobre todo del final. Y las notas. Sin duda muchas desaparecerían. Eso siempre que aquellos papeles, después de su muerte, no acabaran desperdigados por el campo, entre los árboles, en una carretera cualquiera. Manchados de barro, el viento jugaría con ellos y se pudrirían con la lluvia. En cualquier caso, estaba seguro de que, si algo le pasaba a él, el libro no llegaría a publicarse. Ni siquiera mutilado. En el mejor de los casos, tardaría años y años en aparecer. Muchas cosas tenían que cambiar antes de que pudiera hacerlo. A nadie le interesaba que todo aquello saliera a la luz. Nadie parecía dispuesto a hacer un esfuerzo. A no mentir. A decir la verdad. A no generalizar. La imposibilidad de hablar en un mundo en el que no era precisamente el silencio lo que imperaba resultaba cada día más dolorosa.

Mis ejecutores intelectuales tarde o temprano serán mis ejecutores físicos, pensó Jacques. Quienes pretenden saberlo y regularlo todo acaban por matarlo todo. Francis Jeanson, el esbirro intelectual de monsieur Néant, había progresado hasta llegar a ser el sicario de Omar Boudaoud. Se había burlado de él por empeñarse en defender la tercera vía, convencido como estaba de la necesidad de la no violencia y habiendo creído que la izquierda no podía estar en contra de algo semejante. Jacques había sido un idealista, un ingenuo. Sí, tenían razón. Y mucho poder, demasiado, y no dejarían de tenerlo durante mucho, muchísimo tiempo. Tal vez nunca lo perdieran. Habían conseguido convertirle en una especie de apestado, aunque por ahora tan sólo había sido víctima de la violencia verbal. Y había pensado que lo peor, al retirarse lo más posible de la vida pública y dejar de escribir en los periódicos, ya lo había dejado

atrás, pero ahora de pronto le asaltaba la idea de que lo peor, la verdadera violencia, la agresión física, más allá de la simple amenaza, podía alcanzarle. Y que además podía afectar a otros. No sólo a él.

Una persona que piensa, sin sentir vergüenza, o tan poca que sin duda alguna no tardaría en imprimirlo con su firma, que la violencia comunista no sólo es necesaria en cuanto que representa el «humanismo proletario», sino también digna de admiración... Aquella manera de jalearse a los unos contra los otros, en lugar de reconocer el sufrimiento tanto del que muere como del que mata, le resultaba repugnante. Cada vez que recordaba alguna de aquellas frases que hacía tiempo escuchara de labios de su amigo, frases que después iba publicando sin que siquiera la reflexión, tan necesaria para el oficio de escribir, le impidiera hacerlo, se estremecía de asco y de tristeza. En los primeros tiempos de la rebelión es necesario matar, le había oído decir refiriéndose al drama que vivía un país como Argelia. Matar a un europeo es matar dos pájaros de un tiro: suprimir a la vez a un opresor y a un oprimido. Quedan un hombre muerto y un hombre libre. Se lo había oído decir en más de una ocasión y, con su monumental soberbia, seguro que lo acababa publicando. La prudencia no se contaba entre sus virtudes.

Hacía un buen rato que a Jacques le dolía la cabeza. Sentía también frío en los riñones y la frente al rojo. Trató de acomodarse en el asiento y miró a su amigo. Michel iba al volante, atento a cada detalle del camino, disfrutando de la conducción de aquella máquina que tanto placer parecía darle y por completo ajeno a los terrores que asolaban a Jacques, más allá de su conocido miedo a la velocidad. No estoy hecho para la política, pensó. No lo he estado nunca y jamás lo estaré, porque soy incapaz de desear o de aceptar la muerte del adversario. Michel debió de sentir la mirada de su amigo sobre él, pues en aquel mismo momento se volvió ligeramente y le guiñó un ojo. ¿A qué viene esa cara de condenado a muerte? Enseguida llegamos, le dijo sonriendo. Jacques se esforzó por responder a su sonrisa, empeñado en no perder la calma, en no olvidarse de la buena realidad, para no alarmar a los demás.

¿Se estaría volviendo loco? Le pareció que la sangre le golpeaba las sienes con fuerza, que el cráneo le iba a estallar. Encendió un cigarrillo y aspiró profundamente. No tardó en quedar envuelto en una nube de humo y se sintió un poco mejor. Al final, si le llegaba a ocurrir algo, si perdía la vida en aquel viaje o en otro similar, porque lo mismo podía suceder en cualquier sitio, cualquier otro día, al fin y al cabo no se trataba más que de una hipótesis, tan válida como su refutación, acabarían por decir que el motivo de la muerte era una bobada sin importancia. Pero si le ocurría ahora, durante aquel viaje, en aquel coche, pensó, tal vez le echarían la culpa al pelirrojo. Dirían que conducía a demasiada velocidad. O que había bebido. Hasta serían capaces de recurrir a algún invento, incluso al más estúpido, echando mano de un pretexto cualquiera, inaceptable, como que un gato negro se había aproximado al

coche por la izquierda.

Era un tramo recto, diría alguno. El firme estaba seco. Y la carretera, desierta. ¡Fue el destino! Se hablaría de escándalo, de abolición del orden de los hombres por lo inhumano, afirmarían que se trataba de una muerte imprevisible, venida de lejos. Que había en ella un absurdo insoportable. Otros insistirían en que estaba escrito. En las estrellas. Que tenía que ocurrir, cuando tal vez alguien lo había hecho con sus propias manos, manejando el curso de la historia.

VENÍAN A BUSCARLO A ÉL

Ya hacía algo más de cinco minutos que el Facel Vega había salido del aparcamiento del restaurante. Ahora avanzaba por la Nacional 5, una carretera de más de nueve metros de anchura. El terreno era llano. La calzada estaba desierta. Y el firme a aquellas horas del mediodía se había secado gracias al tímido sol que había sucedido a la llovizna de la mañana, una lluvia fina y helada, de la que Jacques había llegado a pensar que tal vez duraría más que él. En cuanto a la visibilidad, era total. Y la velocidad a la que discurría el automóvil, reducida, a pesar de tratarse de un coche potentísimo. Un FV 3B de 1958 con carrocería francesa y un motor americano a la altura de su magnífica estampa, un Chrysler v8. De ocho cilindros en v. En cuanto aquel vehículo se había internado en el pueblo para ir hasta la casa de Jacques, todo el mundo se había arremolinado a su alrededor. Se había formado un enjambre de niños y de hombres. Realmente, aquel coche era una estrella.

Jacques bajó la vista y se fijó en el llavero. La estrella de la casa Chrysler se bamboleaba en medio del manojito de metal. Vega o Alfa Lira es una estrella de primera magnitud, pensó. Y recordó que su nombre venía del árabe, *waqi*, que significa «que cae». Comparado con aquel vehículo, su Citroën parecía una lata de sardinas arrugada. En un coche como el de su amigo, tan potente, resultaba extraño, cuando no ridículo, cruzar el país a aquella velocidad. Más que un automóvil parecía un trasatlántico surcando con precaución los hielos del polo norte. O el ballenero noruego llamado también así, *Vega*, en su lentísima travesía de regreso hacía ochenta años, meses después de haber forzado el helado paso del noreste.

¡Oye, oye, que no tenemos ninguna prisa!, había exclamado Jacques cada vez que le parecía que su amigo pisaba levemente el acelerador. Detrás, Janine y Anne acechaban el cuentakilómetros en el salpicadero de metal pintado a mano, a imitación de un elegante tablero de nogal. De madera de raíz, que tiene más nudos. Cada Facel Vega era distinto a los demás. Sólo el cuadro de mandos lo convertía en una pieza única. Jacques, nada más verlo, había pensado en el ataúd de la madre de Meursault en *El extranjero*. Y un escalofrío le había recorrido la espalda. Un ataúd pintado de nogalina, colorante que se obtenía de la cáscara de la nuez y que se usaba como tinte para hacer pasar cualquier madera por la de nogal. Siempre le había sorprendido el lujo de los ataúdes que elegía la mayor parte de la gente para enterrar a sus familiares. O para sí mismos. A menudo, a costa de arruinarse. Con aquellos crucifijos y herrajes de plata, aquellas maderas nobles y aquellas telas mullidas, brillantes, que revestían el interior. Cuando todo eso no serviría más que para pudrirse y oxidarse debajo de la

tierra. Otra ostentación ridícula. Pero, ¿acaso había alguna que no lo fuera?

Antes de emprender el viaje lo había vuelto a repetir: No hay nada más escandaloso que la muerte de un niño y nada más estúpido que morir en un accidente de coche. Se lo había dicho también a su amigo Emmanuel Robles durante un viaje a Sidi Ferruch y le había pedido que redujera la marcha. No hay nada más estúpido que morir en un accidente de automóvil. Y eso que él estaba convencido de que todo en esta vida era absurdo. Pero en cuanto pronunciaba aquella frase, sus amigos aflojaban el acelerador. No te preocupes, le había calmado Michel. Iremos despacio. Haremos el viaje en un par de etapas. Pararemos a dormir, a comer, a cenar, y celebraremos el cumpleaños de Anne. Llegaremos el lunes, un día tranquilo, pasadas las fiestas. Jacques no había podido negarse. Era razonable. Pero su miedo, no. Y Anne, Annouchka, a la que él consideraba casi como su hija, había cumplido ayer los dieciocho. Lo habían celebrado durante la cena, en el Chapón Fin de Thoissey, aunque se habían acostado pronto. Ahora él iba en silencio. Pensaba en Édouard. En si debía volverse en cuanto entraran en París.

Quedaban pocos kilómetros para llegar a Fontainebleau. Intentaría ponerse en contacto otra vez con Francine. Podía coger un tren y marcharse a Aix-en-Provence. Tenía varias citas en París, pero las cancelaría. Bastaba con hacer un par de llamadas telefónicas, con poner un par de telegramas. No puedo dejarles solos, pensaba. Una y otra vez. Se volvió hacia la ventanilla y vio su rostro reflejado en el cristal. El color de la piel había cambiado. El miedo actúa como un ácido, se dijo. De pronto Michel se puso a hablar de un seguro de vida que había querido hacerse. Como si en su silencio, en su expresión, hubiera leído los pensamientos que ensombrecían su ánimo. También él pensaba a menudo en la muerte. Jacques comentó que con lo agujereados que tenía él los pulmones no le iba a resultar fácil contratar un seguro. Pero también Michel los tenía destrozados. Yo quiero morirme antes que Janine, confesó al tiempo que la buscaba en el espejo retrovisor. Porque no podría vivir sin ella. Yo, en cambio, protestó ella con una sonrisa, quiero seguir viviendo. Contigo, claro, pero, si es necesario, también sin ti. No te preocupes, le dijo Jacques volviéndose hacia ella. Podrían embalsamarnos y colocarnos en el salón de tu casa para que te hagamos compañía. Y se echó a reír. ¿Qué te parece, Michel? Me mudaría a otra casa, exclamó Janine, que no soportaba la idea de ver un cadáver.

¿Qué es lo más conveniente? ¿Un embalsamador o un taxidermista? Ni idea, contestó Michel. Aunque el taxidermista es sólo para animales. Y hoy en día encontrar un buen embalsamador no debe de ser nada fácil. En el antiguo Egipto sacaban el cerebro con un punzón a través de los orificios de la nariz, se lanzó a explicar Jacques. Extraían también las vísceras, los intestinos, los pulmones, el hígado, y los guardaban en unos jarros... Calla, calla, protestó Janine. No, yo quiero que lo cuente, pidió Anne. Tal vez sea mejor un taxidermista, prosiguió Jacques.

Deben de ser buenos peluqueros. Y en vez de colocarnos en mitad del salón, nos puedes poner a la entrada de la casa con las palmas de las manos extendidas hacia arriba para que coloques tus llaves al entrar y no las olvides cuando vayas a salir. Como si fuéramos dos trofeos de caza. Janine ni se molestó en contestar. Jacques enseguida volvió a sumirse en sus sombríos pensamientos, en aquella sensación insoportable de marchar hacia una catástrofe desconocida. Detrás, a lo largo de la calzada, y sin que nadie lo advirtiera, iba quedando un reguero de gotas brillantes sobre el asfalto seco, como de sangre oscura, una larga constelación aceitosa. La sangre de la bestia. Tic-tac, tic-tac. Como un reloj líquido, silencioso y espeso.

¿Acaso el ser humano estaba siempre huyendo de la muerte para acabar encontrándola de frente? Recordó cuando hacía casi veinte años habían escapado de París ante la llegada de los alemanes. Habían huido de la Gestapo montados en bicicleta. Pierre, Michel y Janine le habían llevado consigo, porque él había tomado parte en la dirección de una revista de la Resistencia. Su nombre entonces, para los camaradas, era Bouchard. Algunos redactores habían sido fusilados. Después le proporcionarían documentación falsa. Bajo el de Albert Mathé. Se habían refugiado en el campo. Ellos tres se habían ido turnando para llevar a Janine en la barra de su bicicleta. A él se la habían dejado menos tiempo porque a menudo tenía problemas para respirar. En aquel entonces la tuberculosis que había estado a punto de matarle en el 31 se había vuelto a recrudecer. No dormía lo suficiente. No comía bien. Y no paraba de fumar. Pero a él le gustaba llevar a Janine, percibir el aroma de sus cabellos y el de su piel en medio de los olores de la campiña.

Ella se había casado poco después con Pierre, y habían tenido a Anne, pero el matrimonio no duró mucho, y Janine, después de separarse, se había vuelto a casar, esta vez con Michel, primo de Pierre. ¿Estaban entonces los tres enamorados de ella? ¿Y ella de los tres? Entonces Jacques era feliz. Ahora el vigor de aquellas piernas jóvenes pedaleando campo a través había sido sustituido por la potencia de un coche de lujo. Y Pierre por Anne, la hija de Janine y de Pierre, otra mujer que olía muy bien. Se había comprometido a ayudarla, así que en cuanto estuviera en París se pondría manos a la obra. Jacques recordó todas las citas que tenía allí. Con María. Con Catherine. Con Mi. Antes de salir de Lourmarin, había escrito una carta a cada una. A las mujeres debía muchas de sus emociones más hondas. Ellas, se dijo, son el verdadero lujo. Al menos lo eran para él. El amor y la amistad. Aunque estaban también los niños, el sol, el mar. Y las estrellas. Jacques confesó a sus amigos que creía haber hecho felices a todas sus mujeres, incluso habiéndolas amado a la vez. Michel sonrió. Janine no necesitaba decir nada. Estaba convencida.

La muerte es lo único seguro, se dijo entonces Jacques para sus adentros. Por eso no había que asegurar nada. Ni siquiera el amor. Sólo amar. Amar sin medida alguna. La carretera discurría en aquel instante junto a un enorme descampado cubierto de

carromatos y carretas enlazados entre sí por cuerdas de tender llenas de ropa de todos los colores. Era un campamento gitano que ocupaba una gran extensión. Jacques recordó la que en Lourmarin llamaban la maldición del castillo. Al reformarlo, para crear una fundación cultural, que pretendía estar a la altura de la de los Médicis en Florencia y que acabó por tener su sede en aquel edificio, la misma que había atraído en otro tiempo a su maestro, Jean Grenier, y con la que él mismo estaba en contacto, habían desalojado de allí a varias familias gitanas, que llevaban viviendo años y años entre las ruinas.

Todo el que entre en relación con el castillo morirá en terribles circunstancias. Al menos, eso era lo que decían. Que la reina de los gitanos había lanzado aquella maldición contra el historiador que compró el castillo y se dedicó a restaurarlo para que acudieran allí cada verano pintores, escultores y literatos. Había muerto cinco años después, en un accidente de coche. Se había estrellado contra un pilón. O eso decían. Cuando la gente se empeña en dar pábulo a una superstición, no sólo se cree cualquier cosa, sino que a veces incluso se la inventa. Y en el pueblo se hablaba de quienes le habían seguido. Uno, fusilado. Otra, en su bañera. Un tercero, de una crisis cardíaca. Y otro más, en un nuevo accidente de automóvil. Muertes por completo normales en las que se empeñaban en buscar algún misterio.

Jacques no sólo no era supersticioso, sino que no le parecía lógico que tantas personas siguieran siéndolo en pleno siglo xx y en Europa. Sin embargo, no pudo evitar que un estremecimiento le recorriera la espalda al ver a todas aquellas gentes pululando entre la ropa. El mundo estaba lleno de pobres. Y nunca dejaría de estarlo. Allí además no tenían el sol y el mar que a él le habían hecho feliz en medio de la más extrema pobreza. Pero tal vez conocieran el amor, como lo había conocido él gracias a su madre. Un amor silencioso, sin apenas gestos. Una niña de unos seis años se quedó mirando el coche mientras pasaba por la carretera. De pie junto a un caballo, llevaba una muñeca calva y sucia bajo el brazo y el pelo negro le llegaba hasta la cintura. De repente levantó la mano y, sonriendo, les dijo adiós. Jacques abrió la ventanilla y respondió al saludo con la mano. *Le petit cheval blanc*, recordó él. *Mais un jour dans le mauvais temps, un jour qu'il était si sage, il est mort par un éclair blanc. Tous derrière et lui devant...*

Janine y Anne se habían vuelto a mirar hacia atrás. La niña sacudía la muñeca en el aire y daba pequeños brincos de alegría. ¿Veis? Es un seductor, comentó Janine. Irresistible. Hasta las más pequeñas se vuelven locas por él. No sólo es guapo. Sabe escuchar. Y esa atención concentrada es uno de sus mayores atractivos. Como su vitalismo razonado. Su amistad contagiosa. Su buen humor. Su honestidad y su ecuanimidad, mucho más tierna y más justa que la de un Salomón. Su amor por la libertad. Para, para, protestó Michel. No creo que todo eso lo haya podido ver esa niña. Jacques respiró aliviado al ver que su amigo salía en su defensa. No. Es para

que Anne vaya aprendiendo a buscar un buen hombre. Caramba, mamá. Va a ser difícil, bromeó la joven. Y esa mirada triste, como su sonrisa, insistió Janine. Jacques hizo un esfuerzo para tratar de sonreír, pero sus pensamientos, cada vez más sombríos, de nuevo le alejaron de allí.

Se había topado con la guadaña. Acababa de recordar que sobre su mesa un libro de su amigo René había quedado abierto por la página en la que aparecía un poema titulado «La guadaña alzada». Fuera de allí, en ningún lugar, la desgracia está en todas partes. Eran las palabras del último verso. René había venido, a visitarle unos días antes de que él partiera hacia París. Habían hablado de un libro que se proponían publicar juntos. Un libro sobre la Provenza. Con fotografías de distintos lugares y textos de ambos. Al despedirse, Jacques le había pedido que, pasara lo que pasase, no abandonara el proyecto. Enarcando las cejas, René le había puesto la mano sobre el hombro. ¿Otra vez con el síndrome del condenado a muerte?, le había preguntado. Otra vez, había respondido Jacques. No vayas a París. Quédate aquí. No tengo más remedio que ir. Entre otras cosas, me espera una reunión en la que se decidirá lo del teatro. Se suponía que iban a darle la dirección de un teatro nacional y toda la compañía estaba pendiente. Si se lo concedían, a partir de entonces tendrían más libertad para hacer lo que querían.

Sí. A René no se le escapaba nada, aunque hubiera transcurrido mucho tiempo desde la última vez que se vieran. Otra vez el síndrome del condenado a muerte. Sólo podía hablar de aquello con él. René era el único con el que podía expresar abiertamente su miedo. De izquierdas por naturaleza, como él mismo, era de los pocos capaces de ver la viga en el propio ojo. Y de reconocerlo con todo el coraje que se espera de un hombre. Jacques se reía a carcajadas de la inquina que le tenía a monsieur Néant. A todos aquellos profetas de pacotilla, intelectuales de café, muchos de ellos con apellidos aristocráticos. Y de pronto le vino a la memoria el accidente que había sufrido a finales del 48. Con su mujer y sus dos hijos. Bidasse y Mandarme tenían entonces tan sólo tres años. A él le había dado un ataque de fiebre provocado por la tuberculosis, aunque en un principio había creído que se trataba de una gripe. Llovía torrencialmente, perdió el control y se salió de la carretera, con el otro Citroën, el primero que había tenido, también de color negro. Por suerte, no les había pasado nada.

Jacques rebuscó en el bolsillo de su chaqueta, sacó una cajetilla de Gitanes y se inclinó para prender un cigarrillo con el encendedor que había empujado en el salpicadero del Facel. Dio una calada fuerte, profunda, y, antes de expulsar el aire, abrió la ventanilla para no molestar a los demás con el humo. Michel hizo ademán de ir a poner la radio y Jacques le recordó que estaba en huelga. Habrá música y pequeños boletines informativos. Sonaron unos acordes fantásticos. Mozart. Era el Réquiem, la secuencia más lacrimosa, y Michel giró la ruedecilla. Una obra

inacabada para un funeral, debió de pensar. No parecía lo más apropiado para animar a su amigo. Noticias de última hora. Siguen las muertes en Argelia. No lo quites. Déjalo. Y al hacer un gesto con la mano para impedir que su amigo volviera a cambiar de emisora, a Jacques le cayó un poco de ceniza sobre los pantalones. El alcalde de Changarnier y su mujer, en la región de Djelfa, han sido asesinados esta mañana. En Kroubs, en la región de Constantina, ha estallado una granada en una tienda. El balance es de un muerto y trece heridos. Este nacionalismo feroz hace tiempo que ha perdido la razón, dijo Jacques. Desde el momento en que se volvió contra los desheredados de uno y otro bando, sin importarle siquiera que se trate de los propios.

Se oyó un graznido. Posado sobre una cruz de piedra, un pájaro negro y brillante aleteó y echó a volar. Toda una bandada de cuervos, hasta entonces encogidos sobre la tierra oscura, se elevó tras él. Era tal el silencio en aquel paraje y tanta la suavidad del motor del coche que se podía escuchar hasta el ruido de las plumas. Y volando en círculos en aquel cielo de un blanco sucio, todos los pájaros se pusieron a gritar a la vez. La miseria en la que vive allí la mayoría es escandalosa. Jacques necesitaba hablar. Y siguió pensando en voz alta. Hace años que se perdió la que tal vez fuera la última oportunidad para conseguir una convivencia pacífica. Y desde entonces entramos en una rueda imparable. La venganza, ese deseo tan arraigado de castigar al otro, en el mejor de los casos, no es más que una pérdida de tiempo. Jacques recordaba las emisiones antifrancesas de la radio de El Cairo, azuzando contra los que aún consideraban colonos: Matadlos a todos. Que no escape ni un solo francés... El primer ministro egipcio había declarado que no habían hecho más que retomar lo que decía buena parte de la opinión pública francesa. Era un estilo demasiado familiar.

Y una vez más pensó en lo necesaria que seguía siendo una revolución. La revolución de las almas. Pero, ¿cómo llevarla a cabo? Bien sabía él que toda revolución acababa por resultar peligrosa, de modo que tal vez fuera mejor hablar de la revuelta de las almas. Una revuelta constante, tenaz, sin un momento de respiro. Pero sí. Quizá la única revolución posible fuera ésa precisamente. La de las almas. En la radio hablaban ahora de la muerte de Fausto Coppi. Hacía tan sólo unos días que había muerto de una enfermedad tropical. Asimétrico y de origen humilde, como el propio Jacques. Dos mujeres se disputaban el primer papel en el entierro, como habían peleado en vida por su corazón. A Jacques le había impresionado la imagen del ciclista junto al féretro de su hermano Serse, nueve años atrás. Dos hombres idénticos. El uno, vivo. El otro, acostado en el ataúd. El mismo rostro. Idéntica expresión. El mismo cuerpo embutido en una chaqueta también idéntica. Era como verse sin vida en un espejo. Algo imposible. Como describir la propia muerte en un libro.

Dicen que la gente célebre es particularmente golpeada por el destino. Era Janine la que hablaba. Desde el asiento de atrás. Allí estaba de nuevo. El destino. Siempre a la espera. Esta vez, en el caso del ciclista, en forma de malaria. Jacques quiso puntualizar. Y, ¿no será que cuando lo es un pobre apenas nadie se da cuenta o a nadie le parece que tenga interés alguno? ¿Quién, salvo Carina o su mujer, la ex mujer de Jacques, se iba a preocupar por lo que le pudiera ocurrir a alguien como Édouard? Tal vez las dos hijas que tenía allá en Bélgica, aunque quizá su madre no les dijera nada. Tal vez no se llegaran a enterar nunca. Ni siquiera saldría en un periódico. No podía dejarlos solos. Tenía que volver. Hacía rato que le dolía la cabeza y el cuello se le estaba empezando a agarrotar. No conseguía apartar todos aquellos pensamientos de su mente. La imagen de Édouard golpeado, herido, tal vez a punto de morir. Y Carina junto a él. Debía estar con ellos. Y de pronto recordó el horóscopo que le hiciera Max Jacob. Siendo él muy joven. Le había predicho una muerte prematura, brutal. Pero no. Él no era supersticioso. Y sin embargo...

Jacques acarició el billete de tren que no había llegado a utilizar y que llevaba en el bolsillo. Había tenido miedo. Una corazonada le había impedido hacer aquel trayecto, a él, que no creía en la dictadura de las estrellas. Su maleta viajaba en aquel tren, rumbo a París. La había enviado por delante, porque el maletero del Facel Vega era minúsculo. Tenía que pensar en otra cosa. Se estaba ahogando. Abrió la ventanilla para poder respirar un poco de aire puro. Se sentía como si le arrastraran, como un hombre tumbado en un ataúd en estado de letargo, que no pudiera moverse ni gritar, pero que comprendía que le iban a enterrar. O un condenado a muerte al que, cargado de cadenas, estuvieran conduciendo en un coche celular hasta la Conciergerie, el palacio en el que se encontraba la antigua prisión de París, para, pocas horas después, cortarle la cabeza. La gente se arremolinaría alrededor del coche. Muchos se asomaría con curiosidad para observarle como a un bicho raro. Necesitaba bajarse de aquel vehículo infernal.

Un coche se puede quedar sin frenos, repitió otra vez para sus adentros. La dialéctica de Jean Paul y de Francis, J.P.S. y F.J. Y recordó a los dos hombres que había visto ocupándose del coche de Michel en el restaurante en el que acababan de almorzar. ¿Y si lo habían manipulado? ¿Y si habían tocado la dirección o los frenos? ¿Por qué de pronto le invadía aquella angustia? Era una angustia recurrente, una angustia ante lo desconocido y, sobre todo, ante la noción de la muerte. Una vieja amiga, que desde niño le había asaltado cada tarde a la misma velocidad a la que la oscuridad devoraba la luz y la tierra. Pero a aquellas horas era una sensación absurda. Faltaban tan sólo unos minutos para que fueran las dos del mediodía. Era una hora de luz, por más que el cielo ahora estuviera blanco, espeso, como una puerta cerrada. *Nunca hacia buen tiempo en aquel pobre paisaje. Nunca había primavera ni detrás ni delante.* Jacques miró por el retrovisor. Tenía la impresión de que un coche les

seguía. Pero no vio ninguno allí detrás. Qué sensación de impotencia y de soledad no poder hablar con sus amigos de lo que le acongojaba.

Echó un vistazo a su alrededor. Hacía horas que ya no llovía. El firme estaba seco. Recta, la carretera discurría entre dos filas de árboles hermosísimos en su austeridad, las ramas sin una sola hoja. Eran plátanos. Panteras del invierno, había escrito en el libro que preparaba con su amigo René, junto a la fotografía de un tronco que con todos sus músculos se esforzaba por alcanzar el lejano sol. Había un sudor de escarcha seca en cada pliegue de su piel. En aquel momento el aire se volvió a iluminar con una tímida sonrisa del sol. Y por fin, gracias a aquella luz, consiguió olvidarse de todo lo que le preocupaba y se perdió mentalmente en la espalda de Mi. Pasó la mano por su cuello, apartando la melena rubia, el cabello liso y brillante, y fue descendiendo poco a poco hasta llegar a la cintura, donde se entretuvo acariciando el conjunto de lunares que en su piel reproducía aquella constelación de siete estrellas que en el cielo guiaba a los navegantes. De repente el coche emitió un ruido sordo. ¡Mierda!, gritó Michel y el vehículo dio un bandazo.

Jacques recordó cuando era niño y, montado sobre la espalda de su tío Ernest, se alejaba de la costa. Aún no sabía nadar. No tienes miedo, ¿verdad?, le preguntaba su tío. Sí, tenía miedo, pero no lo decía, fascinado por aquella soledad, entre el cielo y el mar, igualmente vastos. Y, cuando miraba hacia atrás, la playa le parecía una línea invisible. Un miedo ácido le apretaba el vientre y en un arranque de pánico imaginaba bajo él las profundidades inmensas y oscuras en las que se hundiría como una piedra sólo con que su tío lo soltara. Entonces el niño apretaba un poco más el cuello musculoso del nadador, que de inmediato le decía: Tienes miedo. No, pero vuelve. El coche se salió de la calzada y, a través del cristal de la ventanilla, Jacques, en lugar de a su abuela, con su largo vestido negro de profetisa, repitiéndole una vez más que acabaría en el cadalso, vio a su madre, que le sonrió, como cuando una vez al año le acompañaba en el tranvía camino del liceo para asistir a la ceremonia de la entrega de los certificados de estudio.

Y en ese mismo instante Jacques reencontró el espacio y la luz, mientras el coche iba a chocar contra un plátano en el margen izquierdo de la carretera, para estrellarse después contra otro árbol, a unos trece metros de distancia del primero y en el lado contrario, golpeando justo en la puerta de su asiento. ¿Era una pesadilla? ¿El sueño recurrente en el que venían a buscarlo para cortarle la cabeza? ¿O la realidad? Trató de prestar atención a lo que desde hacía unos segundos estaba ocurriendo en el interior del coche. El esfuerzo de Michel por dominarlo, los gritos de Janine y de Annouchka en la parte trasera, cada uno de los impactos contra los árboles, pero un cansancio invencible se fue apoderando de todo su cuerpo y al final cerró los ojos. Apenas se movía nada a su alrededor. Tan sólo una rueda seguía girando en el aire y la estructura del coche crujía de vez en cuando, como si estuviera vivo y se quejara.

Pero eso Jacques ya no lo podría percibir.

Al cabo de unos instantes se oyó un frenazo y otro automóvil se detuvo en la carretera, a poca distancia de donde se encontraba el Facel, que se había partido en dos. El tablero de mandos, el morro y las dos puertas delanteras se encontraban unos quince metros más adelante. El resto, como si fuera una serpiente, un pedazo de chicle inmenso o un *boomerang*, estaba enroscado en torno a uno de aquellos plátanos sin hojas que enmarcaban la carretera. Al otro lado de la calzada, más allá de los nueve metros de firme, el prodigioso motor yacía solitario, y tan absurdo como una escultura urbana. También había salido volando una de las ruedas, la delantera izquierda, que se había llevado con ella parte del trapecio, arrancándolo de cuajo. Un individuo se apeó y echó a correr hacia allí. Pocos segundos después, le siguió otro. Ninguno de los dos prestó auxilio al conductor, al que vieron tirado en el suelo a unos metros del automóvil, en medio de un charco de sangre, ni a las dos mujeres que yacían inconscientes en el barro, junto a la cuneta. A su lado, el perro gimoteaba con el cuerpo pegado a tierra.

El copiloto había salido despedido contra el cristal trasero, y su cabeza lo había hecho añicos, pero su cuerpo seguía atrapado en el interior del coche. Uno de los dos individuos se acercó hasta allí y observó al muerto. Tenía el cuello roto. El cráneo, fracturado. Aunque no había perdido ni una sola gota de sangre. La línea que recorría su frente estaba limpia. Toda una línea de color oscuro. Un trazo definitivo, una larga tachadura. Como si un rayo hubiera caído del cielo y le hubiera quemado todo por dentro. Kaddour contempló el cadáver durante unos instantes. Una honda impresión se apoderó de todo su cuerpo. Había llegado a admirar a aquel hombre, después de leer algunos de sus escritos, una serie de artículos en los que hablaba de la miseria en la que vivía el pueblo cabileño, de la necesidad de la convivencia entre árabes y franceses. ¿Y si tenía razón? Recordó algunas de las frases del doctor Rieux: Hay que intentar curar todo lo que se pueda. Evitar la condenación absoluta. Sintió que se ruborizaba frente a aquella nueva víctima, pero Hishâm no tardó en sacarle de sus pensamientos. ¿Lo tienes? Sólo entonces Kaddour se agachó sobre el muerto, para buscar el maletín. No está. Andará por ahí tirado. El coche se ha partido en dos y casi todo lo que había dentro ha salido despedido.

El skye terrier, furioso, empezó a ladrar y corrió hacia ellos. Gruñendo, mostrando los dientes, se detuvo a pocos centímetros de donde se encontraba Kaddour. Hishâm sacó su pistola. Ni se te ocurra, le gritó Kaddour, pero en aquel mismo instante el perro se lanzó sobre él y le mordió la pantorrilla. Hishâm le descargó un tiro. ¡Imbécil! No es más que una rata peluda. Una patada habría sido suficiente. Y ¿ahora qué? ¿Y si alguien ha escuchado el tiro? Hay una gasolinera muy cerca. ¡Cógelo! Tenemos que llevárnoslo de aquí corriendo y tirarlo en algún sitio. Vamos. Oigo un coche. Viene alguien. ¡Cógelo!, volvió a gritar. Van a sospechar

igual. Ningún perro se separa de su amo en una situación así. Hishâm parecía paralizado. Cógelo o te mato, le amenazó Kaddour, que ya corría hacia el coche. Hishâm se agachó para coger al perro y echó a correr también. ¿Y el maletín? No podemos perder ni un segundo buscándolo. Hemos hecho todo esto para nada, se lamentó Hishâm. Para nada, no. Tenemos un enemigo menos. Hishâm metió el cadáver del animal en el maletero. Y se montaron en el coche a la carrera.

Además, dijo Kaddour, Petit Boxeur vio cómo llevaba su maleta a la estación de Avignon para facturarla hasta París. Tal vez el documento esté ahí. En ese caso, nuestros hermanos se habrán hecho con él. Hishâm ya había arrancado y se alejaron de allí. Por cierto, tienes el dedo muy ágil... Mira quién habla. La arrogancia en el tono y en la mirada de Hishâm no le gustaron. Sin duda se refería al chico al que acabó por encontrar en aquel café de Marsella. No lo maté. Sólo disparé contra el loro. Respeto la inteligencia y el valor. A Kaddour le gustaba creer que el ingenio y el coraje bastaban para hacer que el destino fracasara, para darle la vuelta y ponerlo patas arriba. Para él, un valiente desde el momento en que se rebelaba se volvía en cierto modo invulnerable, por más precaria que fuera su victoria. Y, dándose cuenta de que estaba siendo demasiado explícito, pasó a la ofensiva. ¿Eres idiota? ¿No sabes contar? En el comunicado que escuchamos en la radio dijeron que habían muerto seis personas. Y, además, ¿te crees que tú estás limpio? A éste lo has matado tú, y no me refiero al perro. Con tus hábiles manos. Con tus conocimientos de mecánica. Y lo más probable es que muera alguno más. Quizá todos.

Hishâm contraatacó. Y tú te estás volviendo muy blando. No remataste a Slimane, tu Petit Boxeur. Y ni siquiera me dejaste hacerlo a mí. Kaddour le miró fijamente, pero al ver las marcas que su compañero tenía en la cara sonrió. Los puñetazos que Slimane le había propinado en el bosque no habían hecho más que aumentar su odio y su amargura. Kaddour sacó la pistola del bolsillo de su chaqueta y se la incrustó a su compañero en la barriga. Mientras se alejaban, un camión frenó junto a los restos del coche. El reloj del Facel Vega se había detenido hacía unos minutos. Marcaba las 13:55 cuando ya eran las dos del mediodía del lunes 4 de enero de 1960. El cuentakilómetros se había quedado a cero, y así lo fotografiarían en el centro de un tablero de mandos absurdamente varado en un campo de labranza. El lugar del accidente no tardaría en llenarse de coches y de personas que empezarían a pulular por los alrededores, observando los restos del Facel, que había quedado hecho pedazos. Eran tantos los trozos que la gente al principio pensaría que se trataba de varios coches. O del resultado de una explosión.

Gendarmes, curiosos que vendrían de los pueblos de los alrededores, médicos y enfermeros se arremolinarían bajo aquellos árboles. Y todos se pondrían manos a la obra. Cada uno a lo suyo. Los policías irían recogiendo todo lo que encontraran esparcido en un radio de unos cien metros, la extensión de varios campos de fútbol.

Un bolso, algunos zapatos, prendas de vestir, desperdigadas como el contenido de una piñata, varias maletas pequeñas de formas curiosas, pues se adaptaban a las curvas del Facel, el volante del coche, una cámara fotográfica y un neceser yacían tirados por el campo, entre los restos desparramados de dos toneladas de chatarra, plástico y cuero. Además de un maletín oscuro, con documentos, una libreta de apuntes, un manuscrito y un par de libros en su interior. Y papeles, que parecían estrellas brillando en medio de la tierra empapada. O las miríadas de minúsculos caracoles de color blanco que en la región de Lourmarin cubrían casi todas las plantas como una lluvia de flores.

Dos periodistas se habrían detenido allí muy poco tiempo después de que se produjera el accidente. Serían ellos los que dieran la voz de alarma. El muerto, que yacía en el asiento del copiloto con una fina herida en la frente, era un personaje célebre, un escritor conocido en todo el mundo. Un premio Nobel. Tardarían horas en sacar el cadáver de entre los restos del vehículo. Y mientras tanto llegarían las autoridades. No tiene lógica. ¿Y si se trata de un atentado? Por las marcas en la calzada no parece que fuera tan rápido. Mis hombres han visto claros indicios de sabotaje. En los frenos, en la dirección. El delegado del gobierno de la República miraría fijamente al comandante de la gendarmería local. Ni hablar, exclamaría, y después sacudiría la cabeza a un lado y a otro. Ni hablar. Mantened alejado de todo este asunto a Papón. Y al general Salan. Ni el prefecto de la policía de París ni el jefe de la región militar debían meter allí las narices. Y a las familias de unos y de otros, ni una palabra. No ha sido más que un accidente. ¿La causa? El estallido de un neumático. El exceso de velocidad. Que iba a 180, o mejor, no tanto, a 145 es suficiente, y que el cuentakilómetros marcaba eso. Un dato científico. Estaba a cero, señor. ¿Eres idiota?

Tal vez el firme estuviera húmedo. Por la mañana llovió. Y dentro de un rato volverá a llover, añadiría. El delegado del gobierno de la República levantaría la vista. El cielo estaría cubierto, aunque no oscuro, tan sólo de un triste y espeso color blanco, sin ninguna fuente de luz detrás. No cabe ninguna duda, sentenciaría con aplomo. Lo que quieras. Si hace falta hasta te inventas toda una teoría. Que un ratón o una rata, buscando un nido caliente, se había alojado en el interior del motor y se había ido comiendo algunos de los cables. Es factible. Los roedores se meten por todas partes. Especialmente en invierno. Y se comen lo que encuentran. Me da igual. Cualquier cosa, por absurda que parezca. Señor, los frenos de este coche son hidráulicos... ¿Qué quieres decir? Que no funcionan con cables. Bueno, pues échale la culpa al conductor. Que iba borracho. Que se durmió. Que estaba enfermo y se desvaneció. O al coche. A los neumáticos. Un reventón. Son muy traidores. A la velocidad.

Lo que sea. O todo a la vez. Pero que quede claro que no ha sido más que un

accidente. Asumo toda la responsabilidad. Tras dar estas instrucciones a su hombre de confianza en la policía, el delegado del gobierno de la República se alejaría de allí sumido en sus pensamientos, sin preocuparse lo más mínimo de si era cierto que la carretera en el momento en que se había producido el accidente estaba húmeda o no. Si los neumáticos estaban desgastados o, por el contrario, casi nuevos. Tenía otras prioridades. No les convenía un mártir que pudiera ser utilizado para la causa de los franceses de Argelia. Aún retumbaban los ecos de la voz de De Gaulle en la declaración de septiembre. En cuanto a los periodistas, ya tenían bastante carnaza. No necesitaban más. Nadie debía llegar a saber nunca la verdad. Realmente, se iría preguntando a sí mismo, ¿se encontraba frente a un atentado más? Estaba convencido de que sí.

Después, Paul Maillot se encerraría durante horas y horas en una de las salas del ayuntamiento de Villeblevin con todos los papeles que habrían encontrado diseminados alrededor del coche, incluido el manuscrito de la novela en la que Jacques, alter ego de Albert Camus en aquel libro, había estado trabajando en los últimos tiempos y que había aparecido intacto dentro de su maletín de cuero en las inmediaciones del accidente. Entre tanto, el cadáver del escritor iría a parar a un ataúd sencillo, sin crucifijo alguno, un ataúd de madera que colocarían en otra de las salas del ayuntamiento de aquella pequeña localidad, una sala austera y triste, con un suelo frío de baldosas en ajedrez y sin más adorno que un retrato de Marianne, personificación de la República francesa, en una de las paredes y un pequeño ramo de clavelinas sobre el féretro. Poco a poco irían llegando los familiares, algunas personalidades del mundo de la cultura y de la política francesas y más curiosos. Después, lo harían las coronas de flores. A Maillot pocos metros más allá se le caería el mundo encima ante las dimensiones de la responsabilidad que había asumido y que no había llegado siquiera a sospechar.

Allí, en aquel manuscrito, encontraría algunos de los nombres de los *porteurs de valise* que servían de apoyo al terrorismo argelino en Francia, lo que permitiría que el gobierno de la República consiguiera desarticular la trama en poco más de un mes. El autor no había tenido tiempo de borrar las pistas, de ocultar a algunos de los personajes que aparecían en su novela bajo nombres falsos, de destruir la lista, de arrancar él mismo algunas de las páginas más comprometedoras de su libro. Cuando la policía se pusiera manos a la obra, Jeanson lograría escapar. Sus colaboradores, no. Por su parte, los argelinos franceses, sintiendo que el general De Gaulle los había traicionado al reconocer poco tiempo antes el derecho a la autodeterminación para los argelinos árabes, no tardarían en rebelarse. Y poco después miles de hombres, mujeres y niños serían acribillados o degollados. *La valise ou le cercueil*. La maleta o el ataúd. Los que pudieran escaparían de allí, arrastrando un baúl, un cochecito de bebé lleno de bultos o un colchón enrollado sobre sí mismo y atado de cualquier

forma. O con un hatillo bajo el brazo. Atiborrarían las salas de los aeropuertos, los muelles junto al mar. Otros huirían atravesando a pie alguna de las fronteras del país. El éxodo que se repite sin cesar en algún punto de la Tierra.

Un coche se puede quedar sin frenos, pero la libertad no tiene ruedas... Jacques siempre se había preguntado si se podían escribir libros como la mayor parte de los que él había publicado, si no debería haber compuesto únicamente un canto al amor y a la amistad. ¿Qué sería ahora de su mujer, de sus hijos, de su madre, analfabeta, anciana y sorda, allá en Argelia? Los había dejado solos. Como desamparado se quedaría su libro. Hasta la muerte me será disputada, había escrito unos años antes. Y, sin embargo, lo que hoy deseo en lo más hondo es una muerte silenciosa, que deje tranquilos a aquellos a los que amo.

APÉNDICE DOCUMENTAL

«LE FIGARO», *martes, 5 de enero de 1960.*

ALBERT CAMUS MUERTO EN UN ACCIDENTE
DE AUTOMÓVIL CERCA DE VILLEBLEVIN (YONNE)

El coche que Michel Gallimard conducía a gran velocidad se ha estrellado contra un árbol, al parecer como consecuencia del estallido de un neumático. El conductor está gravemente herido. Su mujer y su hijastra sufren contusiones.

[*De nuestro enviado especial*] Sens, 4 de enero. El gran escritor Albert Camus, de 46 años de edad, premio Nobel de Literatura, ha encontrado la muerte hacia las 14:00 horas de este mediodía en un terrible accidente de automóvil ocurrido entre Sens y Montereau, en el límite de los departamentos del Yonne y Seine-et-Marne. Michel Gallimard, su mujer Janine y la hija de esta última, de 18 años de edad, han resultado heridos y están hospitalizados en Montereau...

«COMBAT», *edición especial del 5 de enero de 1960*

El coche circulaba a 180 km/h por la Nacional 6, entre Sens y París. Parece que el neumático trasero izquierdo reventó...

«L'HUMANITÉ»,
Órgano central del Partido Comunista Francés,
martes, 5 de enero de 1960

EL ESCRITOR ALBERT CAMUS
MUERE EN UN ACCIDENTE DE AUTOMÓVIL

El escritor Albert Camus, que obtuvo el premio Nobel de Literatura en 1957, murió ayer en un accidente de automóvil en la Nacional 5, no lejos de Champigny. Tenía 46 años.

«FRANCE-SOIR», *martes, 5 de enero de 1960*

El escritor Albert Camus (premio Nobel) muere en accidente de automóvil en Petit-Villeblevin (cerca de Sens). Tenía 47 años. Michel y Janine Gallimard, sobrino y sobrina del gran editor, están heridos. Su hija Anne ha salido ilesa.

«PARIS-PRESSE», L'intransigeant,
martes, 5 de enero de 1960

Premio Nobel y el más brillante portavoz
de la generación de la posguerra

EL ESCRITOR ALBERT CAMUS MUERE
EN UN ACCIDENTE DE AUTOMÓVIL CERCA DE SENS

Sens, 4 de enero El escritor Albert Camus, premio Nobel de Literatura, ha encontrado la muerte este mediodía en un accidente de coche que se ha producido en Petit-Villeblevin, cerca de Villeneuve-la-Guyard (Yonne), en la Nacional 5.

El automóvil en el que viajaba Camus lo conducía Michel Gallimard, sobrino del editor Gaston Gallimard, al que acompañaban su mujer, Jeanne Gallimard, y la hija de un primer matrimonio de ésta, Anne.

Por alguna razón que las investigaciones aún no han determinado, el vehículo — un Facel Vega— se salió de la carretera en una recta y fue a chocar contra un árbol. Eran las 14:10.

Albert Camus, que viajaba en el asiento del copiloto, murió en el acto. Michel Gallimard, de 42 años, director de la colección La Pléiade, resultó gravemente herido y fue trasladado al hospital de Montereau. Jeanne Gallimard y su hija Anna, de 18 años, sólo sufren contusiones.

El novelista y sus amigos regresaban del Midi, donde habían pasado las vacaciones de Navidad.

Albert Camus tenía 47 años.

«LE MONDE», *miércoles, 6 de enero de 1960*

En la más estricta intimidad
LAS EXEQUIAS DE ALBERT CAMUS
SE CELEBRAN EN LOURMARIN

Los restos de Albert Camus, mortalmente herido el lunes a mediodía en un accidente de automóvil, reposarán en Lourmarin, en la orilla derecha del Durance, al pie del macizo del Luberon, cerca de su propiedad. Michel Gallimard, que conducía el coche, resultó gravemente herido, aunque su estado mejoró el martes por la mañana...

MICHEL GALLIMARD, ¿MATÓ ÉL A ALBERT CAMUS?
POR ÉTIEMBLE

El lunes 4 de enero de 1960, a las catorce horas, un Facel Vega reventó de manera repentina en la Nacional 5, no lejos de Sens, cerca de Petit-Villeblevin. De la carrocería, aplastada contra un plátano, se extrajo el cadáver de Albert Camus, muerto en el acto. En el campo había tres heridos, uno de ellos grave, Michel Gallimard, el conductor, quien, tras una operación en la que le fue extirpado el bazo, murió en París de una embolia el sábado día 9 muy temprano, dos horas después de un examen médico que dio algunas esperanzas.

Después del 5 de enero, rivalizando en insinuaciones y calumnias, la mayor parte de los periódicos y también la radio presentan a Michel Gallimard como el asesino de nuestro premio Nobel. Una emisora consagrada a divulgar «informaciones» anuncia que el conductor será sin duda alguna inculcado de homicidio por imprudencia. Hay que justificar el agravio. Y se emplean a fondo. Uno invoca «el desgaste» de los neumáticos, lo que, al parecer, explicaría el accidente. Otro, tal vez el mismo, señala que el «bólide» rodaba a una velocidad «terrorífica». Más hipócritas aún los que de alguna manera buscan una pobre excusa para el conductor: un «enfermo grave», usted comprenderá, pudo sufrir una indisposición. El rumor comenta estos datos, los adorna. Alguien me dijo que Michel Gallimard circulaba a 150 kilómetros por hora por una carretera húmeda. Que se había llevado a Camus de Lourmarin a la fuerza. Un Camus que detestaba cualquier viaje en coche y que había sacado un billete de tren. Más aún, he oído decir que había recorrido el trayecto Lourmarin-Sens de una tirada. Otros remarcaban que el accidente se produjo justo después de comer, como por azar. Al cabo de algunos días, es cierto, el tono cambia. El asunto se vuelve «inexplicable» o «banal». Como si, conscientes de su torpeza, quienes difundieron las primeras mentiras trataran ahora de reducir a su justa medida una catástrofe, en efecto, excepcional, y no sólo porque ha supuesto la muerte de Camus.

No podemos aceptar ni las insinuaciones de los primeros días, ni las excusas recientes. Han dicho ustedes demasiado, señores. Den a conocer sus pruebas, o bien, para comenzar, presenten sus disculpas en todos los periódicos, en todas las emisoras que atacaron el honor de un hombre tan duramente golpeado que ya no se pudo defender. Michel Gallimard está muerto, y nadie sabrá jamás cómo explicaría el accidente este experto conductor. Pero sus amigos velan, porque tampoco ellos podrán vivir mucho tiempo en paz mientras no se haga justicia. ¿Por qué me entrometo? Porque es mi deber. Conozco a Michel Gallimard desde hace treinta años. Fui su preceptor durante siete. Cada año viví muchos meses junto a él, durante las

vacaciones. Después, seguimos siendo amigos. Que se me perdone esta declaración que en las presentes circunstancias viene al caso: me convertí en un miembro de su familia, un poco en su colaborador en esa colección de clásicos del Extremo Oriente, para la que me brindó todo su apoyo. Conozco bastante bien sus ideas, su carácter, sus angustias, sus manías. En cierto modo yo le formé, le quise mucho, le admiré no menos. Es necesario que hable.

Sin prejuzgar el dictamen de los expertos y contraexpertos, puedo aportar un testimonio basado en certidumbres.

Hablemos, en primer lugar, de los neumáticos. Al periodista que los ha descrito como desgastados, aquellos que saben a qué atenerse le preguntarían si los ha visto de cerca. No los ha visto, no, pero ha repetido exactamente lo que le han contado. Como he escrito a *France-Soir* que los neumáticos de Michel Gallimard tenían hace unas pocas semanas menos de diez mil kilómetros, probablemente entre 6500 y 7000, otro periódico me replica que deliro y que me paso de listo por hacer, de un primer vistazo, una estimación que los hombres de Dunlop y de Michelin no emitirían más que tras un profundo examen del neumático desmontado. ¿Acaso afirmé haber evaluado el desgaste de los neumáticos al «primer vistazo»? Me limité a decir lo que sabía, porque lo hablé con Michel Gallimard: que hace pocas semanas los neumáticos del Facel Vega no tenían diez mil kilómetros. En todo caso, en absoluto piensen que Francine Camus les va a creer cuando acusan ustedes al conductor de haber arriesgado la vida de su pasajero. Amante de sus coches, secundado por los mecánicos que se ocupan del parque móvil de la editorial Gallimard, ¿habría aceptado Michel poner en peligro, además de su vida, que él sabía única, la de su mujer, la de su hijastra, la de un escritor de su casa, que fue además como un hermano de elección? Era tan prudente, tan meticuloso, que siempre llevaba consigo un juego completo de neumáticos nuevos, para poder cambiar los suyos al primer síntoma de desgaste. Pero como aquellos que han visto con sus propios ojos los neumáticos en cuestión han podido constatar la excelente condición en la que se encontraban, habrá que buscar otra cosa.

Entonces, ¿la velocidad? Se ha dicho que era «terrorífica». Se habla de «bólide». Los unos, de 130 kilómetros por hora. Los otros, de 150. El cuentakilómetros marcaba 145, denunciando al asesino. Una ligera vibración de la aguja, todo el mundo lo sabe, modifica sensiblemente la velocidad inscrita en el cuentakilómetros. ¿Quién me asegura que, en el momento en el que el cuadro de mandos fue arrancado del vehículo, la aguja se fijó en el punto exacto en el que se encontraba poco antes del accidente? Supongamos que, en el momento en que el coche se desintegró, viajaba a 145 kilómetros por hora. Eso no me obliga a aceptar como cierto que en el preciso instante en el que todo se decidió circulara a esa misma velocidad. En fin, y sobre todo, 145 kilómetros por hora en un Facel Vega y en línea recta, sólo un demagogo

pretendería que se trata de una velocidad límite para la seguridad. Se ha repetido innumerables veces el testimonio de un automovilista al que Gallimard habría adelantado a una velocidad «terrorífica». El buen conductor, cuando adelanta, debe hacerlo lo más rápido posible. ¿Es un hombre peligroso el que pilota un Porsche que adelanta a un 4 CV, que «deja clavado» a un 2 CV? El hombre peligroso es el conductor de un 2 CV que se obstina en adelantar a un 4 CV o el que en un 4 CV se pica con un Aronde, en suma, aquel que adelanta por la vanagloria del dominguero. Se engaña quien imagina participar activamente en la lucha de clases adelantando a un vehículo dos veces más potente que el suyo. Por lo demás, lo que ocurre casi siempre es lo siguiente: irritado por la petulancia de la que se cree víctima, en cuanto el conductor del 4 CV ve a su altura al del 2 CV, aprieta el acelerador y se pone a 103. El tribuno del pueblo, quiero decir, el hombre del 2 CV, se lanza a una emulación que, a pesar de las apariencias, no tiene nada de socialista y que me recuerda siempre la escena de *El gran dictador* en la que Hitler y Mussolini van levantando alternativamente su sillón en la peluquería. Supongamos que un coche potente aparece entonces en una curva. Si por casualidad el piloto es Michel Gallimard, nuestros dos cretinos saldrán bien librados. Si no, peor para ellos. Terrorífica, en efecto, ¡y cuánto!, su lentitud. Cuando un Jaguar me adelanta, y lo mismo si se trata de un 403 o incluso de un 2 CV, reduzco la velocidad de mi Grand Large para ajustarme al código de la circulación. Y si por desgracia dos kilómetros más allá me encuentro los restos del coche que me acaba de «dejar clavado» esparcidos en la carretera, no creo, en absoluto, que cometiera la baja de vengarme asegurando a los gendarmes que esos locos del volante se han merecido el accidente. Hay que acabar con esa concepción un tanto ingenua de la democracia, según la cual el sentido de la justicia es inversamente proporcional a la potencia de los motores. Armand Salacrou me confesó el otro día que conduce un coche rápido. ¿Eso le convierte en un fascista? Dudo mucho que los millones de mentecatos que votan a Pierre Poujade circulen en un Alfa Romeo.

Por lo demás, desde el momento en que fabricamos e importamos coches deportivos, ¿se puede exigir que quienes compren esas máquinas esperen pacientemente de París a Cannes tras una hilera de pequeños vehículos? Diré aún más. Es por prudencia por lo que los conductores experimentados, desde el momento en que disponen de los medios necesarios, adquieren esas máquinas que la demagogia califica de «bóolidos». Como le pregunté no hace mucho si los atascos en nuestras carreteras todavía justificaban la compra de un Facel Vega, Michel Gallimard me respondió: «Sí, justamente, un vehículo de este tipo permite adelantar con toda seguridad. Sin ningún riesgo para los demás y tampoco para mí, puedo, en una hermosa línea recta, pasar a tres, cuatro o incluso a cinco o seis de esos coches que se pegan los unos a los otros y que, consecuentemente, impiden que se les adelante de

uno en uno. Es por eso sobre todo por lo que, hoy en día, sigo siendo fiel a la gran cilindrada».

Todas esas personas que azuzan en contra de Michel Gallimard olvidan que la velocidad, en un coche, no es un concepto absoluto. A 145 kilómetros por hora en un Porsche, si se conduce bien, resulta usted menos peligroso que un conductor de un 4 CV que se mantiene a 100. Todo lo que uno debería pedir a un hombre al volante de un supuesto bólido es que lo sepa controlar. Tal y como se exige a los camioneros un permiso para conducir vehículos pesados, se debería imponer un permiso para ir a «más de 100». Este permiso, desde los veinte años, Michel Gallimard lo había adquirido en la práctica. Condujo más de un millón de kilómetros sin tener un solo accidente. A Camus, lo sabemos, no le gustaba viajar en coche. Y él mismo añadía: Salvo con Michel. Con él nunca tengo miedo. Por mi parte, he viajado mucho con Michel Gallimard. Con él, he sabido lo que es un reventón. No he tenido miedo. Un reventón a 140 kilómetros por hora, e incluso a más, no podía desconcertar a un piloto con su experiencia, tras veinticinco años habituado a coches muy rápidos.

Pero, ¿y la fatiga, la enfermedad? Después de que le extirparan el riñón tuberculoso, este «enfermo grave» se portó de maravilla. Interroguen a sus médicos. La fatiga tampoco explica nada. Habían abandonado Lourmarin el domingo a media mañana, comido en Orange (88 kilómetros), cenado en Thoissey (250 kilómetros). Y como siempre que sabía que debía conducir, Michel Gallimard se había acostado temprano: a las 22:30. El lunes por la mañana, a las 9:00, partieron de Thoissey. Tres horas y media más tarde, se detuvieron en Sens para almorzar. Hagamos el cálculo: 306 kilómetros en tres horas y media, lo que da una media de 86 kilómetros por hora. ¿Es «terrorífica» esa velocidad cuando circula uno en un Facel Vega? No insinúen que había comido muy bien. Una comida completa con un vaso de vino o dos, ése era, al cabo de los años, el régimen del conductor. Ágil, despierto, bromeaba con Camus. Desde el momento en que el coche perdió el control, durante la breve carrera hacia la muerte, su mujer y su hijastra le vieron luchar contra el destino. Aquellos que conocen el invencible horror que le inspiraba la muerte pueden suponer cuánta energía infundió ese pensamiento a su experiencia como piloto.

Ni el desgaste de los neumáticos que se ha alegado, ni la velocidad, inventada, ni la incompetencia con la que osan incriminarle, ni la fatiga, ni la enfermedad, ni la buena comida me sirven como explicación de la catástrofe. No. Michel Gallimard no ha matado a Albert Camus.

¿Por qué entonces esa campaña de calumnias? ¿Por qué entonces esas falsas razones? ¿Porque la imagen de un niño rico que mata al hijo del pobre seduce? ¿Porque en un asunto como éste hacían falta, para ilustrar a Camus, una víctima y un verdugo? De hecho, al mismo tiempo que intenta apropiarse del premio Nobel, de disfrazarlo de «cristiano que ignoraba serlo», la gran prensa lo convierte en semidiós,

incluso en dios de nuestras letras. Ahora bien, los dioses, es sabido, aspiran con placer el olorcillo de las víctimas, pero todo Camus rehuye una apoteosis en la que padeciera Michel Gallimard. «Qué desastre», me dijo un amigo de Albert el día que enterraron a Michel. Ahí está la palabra. El 4 de enero en la Nacional 5 yacían dos cuerpos fraternales, dos víctimas *ex aequo*. Falta saber hasta qué punto las muertes son inexplicables y si todo este «desastre» es realmente tan banal. Creería uno más bien que quien mató a Michel Gallimard y a Camus se esfuerza por deshonorar al primero para hacerse perdonar por haber asesinado al segundo. Bajo el pretexto de venerar al dios Camus, veo sobre todo a personas que sin escrúpulo alguno sirven a algún avatar del dios Mammón. Tal vez llegue el día en el que a ese avatar se lo pueda llamar por su nombre. Dudo que sea el Absurdo.

La verdadera causa del accidente en el que perdieron la vida Albert Camus y su amigo Michel Gallimard no ha sido aclarada hasta hoy. El tramo de carretera en el que se produjo fue descrito como recto, ancho, seco y desierto. *Floc*, el perro de Janine Gallimard, desapareció para siempre, así como la maleta del escritor, que él mismo había facturado el día anterior para que viajara en tren hasta París. Como él, nunca llegó a su destino. Paul Maillot, delegado del gobierno, custodió durante varias horas en el Ayuntamiento de Villeblevin las pertenencias de Albert Camus, incluido el manuscrito de *El primer hombre*.

Poco a poco, la polémica fue amainando y sólo quedó la noticia: Albert Camus, premio Nobel de Literatura, perdió la vida el 4 de enero de 1960 en un absurdo accidente de coche en un lugar llamado Petit Villeblevin, entre Sens y Fontainebleau.

Después, los almanaques seguirían recogiendo datos:

El 3 de febrero de 1960 fue sofocada, en parte gracias a un discurso radiofónico del general De Gaulle, la revuelta de los argelinos franceses que había comenzado con una manifestación de estudiantes el 24 de enero.

El 20 de febrero la red de Jeanson (el autor de la «crítica» de *El hombre rebelde* de Camus en *Les Temps Modernes*) de apoyo al FLN fue desmantelada y la mayoría de

sus componentes, encarcelados. El desarrollo del consiguiente juicio, en el que se habló más de tortura que de terrorismo, confirmó la victoria propagandística del independentismo argelino. En enero de 1961, los ultras franceses fundaron la OAS (Organisation de l'Armée Secrete), cuya campaña de bombas y asesinatos enfrentó aún más a las dos comunidades.

El 20 de marzo de 1962, Francia reconoció la independencia de Argelia. Tras las matanzas de colonos ante la inacción del ejército francés acuartelado, un millón de argelinos franceses huyó de su tierra y fue recibido con hostilidad en Francia. Mientras tanto, los *harkis*, argelinos partidarios de la convivencia con los franceses, fueron masacrados.

Total de agresiones en suelo francés atribuidas oficialmente a militantes argelinos entre el primero de enero de 1956 y el 23 de enero de 1962: 11896. Con el resultado de 8813 heridos y 4176 muertos. De ellos, 3957 argelinos y 219 europeos. No se contabilizan los desaparecidos ni las víctimas de sucesos que la policía hubo de calificar de accidentes.

Aunque las cifras siguen siendo objeto de discusión, se estima que en los ocho años que duró la guerra de Argelia (del primero de noviembre de 1954 al 20 de marzo de 1962) murieron en aquel país unas trescientas o cuatrocientas mil personas, de ellas unas treinta mil de origen europeo. Entre los musulmanes, alrededor de cien mil sucumbieron a manos del FLN.

Durante los años noventa del siglo pasado una nueva guerra civil no declarada se desató en una Argelia que llevaba ya treinta años siendo independiente. El Frente Islámico de Salvación (FIS) se alzó contra el gobierno militar heredero del FLN. Más de doscientos mil argelinos de toda condición murieron bajo el fuego cruzado del terrorismo y la represión.

NOTA DE LA AUTORA

Los pasajes con los que se inician y en ocasiones terminan algunos de los capítulos (primero, tercero, quinto, séptimo, octavo y noveno), aquellos en los que el protagonista está escribiendo, son transcripción de algunos párrafos de *El primer hombre* (Tusquets, Barcelona, 1994; traducción de Aurora Bernárdez), la novela póstuma de Albert Camus, así como de dos de las notas que aparecen en el apéndice del mismo libro. También los fragmentos que se reproducen en las páginas siguientes: 40 (el párrafo en el que se habla de la ejecución a la que asistió su padre) y 206 (el pasaje en el que habla de cuando era niño y se bañaba con su tío en el mar). Y algunos otros que son fáciles de identificar, pues en el texto siempre se reconocen como obra del mismo autor.

Asimismo, los fragmentos de frase que constituyen los títulos de los distintos capítulos se han extraído en su mayoría de *El primer hombre*. Los demás, tanto de artículos del propio Camus como de su ensayo titulado *El hombre rebelde*.

BERTA VIAS MAHOU

Lunes, 4 de enero de 2010



BERTA VIAS MAHOU, es una escritora y traductora de alemán nacida en Madrid (España) en 1961. Licenciada en Geografía e Historia (especialidad de Historia Antigua).

El 25 de noviembre de 2011 obtuvo el premio Dulce Chacón de Narrativa Española, en su octava edición, por su obra *Venían a buscarlo a él* (Acantilado). El galardón fue concedido por unanimidad del jurado, según declaró la presidenta, Rosa Regàs, quien calificó la novela de “comprometida, con una gran calidad y perfecta desde el punto de vista literario”.